



3/94 (1-6)

Despues viendo que su amigo le reprochaba sus palabras, le tendió la mano y replicó:

—Dime que es feliz y que se conduce bien; dime que su mujer le ama. Es cuanto necesito saber.

—Es dichoso, vive honradamente y su mujer le ha hecho padre de dos niños. Desde nuestra partida de Europa recibo de cuando en cuando noticias tuyas. Lee esta carta.

Marta cogió la esquila y la devolvió sin leerla. Medió un instante de silencio. Harker parecia desear hacer una última pregunta.

—Me has asegurado un dia—dijo, mirándola tiernamente—que querias vivir para que si sir Ricardo quedaba viudo pudiera contraer segundas nupcias. Supon que se muriera su mujer.

—Te seré siempre fiel—contestó Marta con el acento más cariñoso.—El pasado no es más que un sueño para mí.

FIN.

4
E. CONSCIENCE.

LOS DOS OBREROS.



CORUÑA:

Establecimiento tipográfico de LA VOZ DE GALICIA.

1883.

LOS DOS OBREROS

I

Ese gran edificio, con cien ventanas, que se ve sobre el puente del Molino en Gante, es la fábrica de algodón de M. Raemdonck. Todo en ella está aún en plena actividad, á pesar de lo avanzado de la hora. El pesado edificio tiembla hasta sus cimientos bajo el movimiento de las máquinas á que da impulso el vapor.

En primer lugar el *diablo*, esa poderosa máquina en la cual el algodón es batido, sacudido y batanado hasta despojarle de todo cuerpo extraño. Luego las cuerdas, los instrumentos de tension, las linternas ó pucheros giratorios, que todos á la vez transforman la lana vegetal en ampos de nieve, la mezclan, la dividen y preparan para ser convertida por las máquinas de hilar en una hebra delgada como un cabello. Despues las cardas, y finalmente los telares de los tejedores y los mástiles de los hiladores con sus brocas y canillas innumerables.

De arriba abajo todo se mueve, corre y agita con rapidez febril. Son una infinidad de ejes que descepan, de ruedas que giran, de engranajes que rechinan, de correas desplegadas, de telares que se agitan y de husos que zumban. Cada movimiento produce un ruido que se mezcla á los demás ruidos para formar una especie de rodadura de trueno, un estrépido enervante, tan intenso y tan continuo que absorbe por completo el pensamiento del visitador á quien la casualidad conduce á esos sitios, y le aturde como el silbido de los vientos des-

encadenados en una mar enfurecida.

Mientras el hierro y el fuego lo llenan allí todo con su vida y su voz, el hombre vaga como un mudo fantasma por entre las gigantescas máquinas creadas por su génio. Hay allí una masa de hombres mujeres y niños; vigilan la marcha de los rodajes, reanudan los hilos rotos, colocan algodón en las canillas y sin cesar alimentan al monstruo de cien brazos, que con avidez insaciable parece devorar el material.

Vedlos á todos, hombres y mujeres, cual van y vienen, ca i sin precaucion entre los rodales! ¡Ved á los niños, cual pasan arrastrando e por debajo de los molinos de hilar! Y, sin embargo, que una correa, un diente, una de esas cosas que se mueven to- que su blusa..... y el hierro despiadado arrancará sus miembros ó truchará su cuerpo y no le soltará sinó para arrojarlo á lo lejos como una masa informe. ¡Ah! ¡cuántos obreros imprudentes han sido devorados por esa fuerza brutal y ciega, que no distingue del algodón la carne humana!...

¡Pero ha sonado una campanada!... El fagonista pára la máquina, quita á la maquinaria la respiracion y la vida... y al ruido formidable, al estrépito ensordecedor, suceden el silencio y la soledad del reposo...

Era una velada de verano de 1832; los obreros de la fábrica de M. Raemdonck, advertidos por el sonido de la campana, cesaron de trabajar y se reunieron en un patio interior, para esperar en él, delante de la rejilla practicada en una ventana del despa-

cho, el pago de los salarios de la semana que acababa de terminar.

Aunque mezclados, formaban no obstante algunos grupos. Podía notarse que las mujeres, los niños y los hombres se sentían inclinados á formar grupos aparte; hasta los tejedores y los hiladores se hallaban en distintos lados del patio.

Antes que á nadie, se pagó á las mujeres, porque había entre ellas muchas madres cuyos hijitos aguardaban tal vez hacia horas su sustento. Pobres niños, confiados durante días enteros á manos extrañas; viviendo desde su nacimiento en la aflicción y la necesidad, víctimas de un vicio social que, contra la naturaleza y la voluntad de Dios, arranca la mujer al cumplimiento de sus deberes de madre, suprema ley de su existencia sobre la tierra!...

Reinaba entre los obreros cierta animación; parecían alegres, porque la larga semana había terminado y les sonreía el descanso del día siguiente.

Un risueño mocetón se distinguía entre los hiladores, por su conversación ruidosa. Groseros gestos y canzonetas salían de sus labios hasta el extremo de haber provocado más de una vez las carcajadas de sus compañeros.

En aquel momento distinguió á un obrero, quien sabiendo de la fábrica, se acercaba á la extremidad del grupo de los que reían; se dirigió á él, le indicó por señas que tenía que hablarle, le arrastró á algunos pasos de sus camaradas y dijo:

—Con que, Adriano, esta noche eres de la partida, ¿no es así? ¿cómo nos reiremos, cómo vamos á divertirnos!

—¿De la partida, Juan? Yo nada sé, respondió.

—¿Cómo! ¿ignoras que Leon Leroux celebra esta noche su jubilación!

—¿Qué jubilación?

—¿Es hilador hace veinte años!

—¿Tanto tiempo hace ya que trabaja Leon?... Imposible, ese hombre no es bastante viejo todavía.

—¿Bastante viejo dices, Adriano? Ataba hilos en la hilandería de Liéven Bauwens, sin disputa la primera fábrica establecida en Gante. Era en 8100 y Leon contaba entonces quince años. Todavía lo recuerda al dedillo, como si tuviera metido un almanaque

en la cabeza. Llegó á ser hilador en 1807, en casa de M. Devos. Con que cuenta por lo dedos; de treinta y dos, quita siete, quedan veinticinco.

—En efecto, nadie lo diría; Leon no representa cuarenta años.

—Eso consiste en que comprende la vida y sabe tomar las cosas como vienen. Si se hubiera dado malos ratos, hace tiempo dormiría en el cementerio. Un buen azumbre de cerveza, una tajada de tocino y alguno que otro trago de ginebra, rejuvenecen la sangre, amigo mío. ¿Con que, vas á ser de la partida? Medio franco de cuota; cantamos, bebemos, reímos hasta media noche. Además, mañana es domingo. Por otra parte, habrá cuatro soberbios conejos que masticar; un festín extraordinario en la *Cabra azul*, en casa de nuestro camarada Lambin.

El otro obrero reflexionó un momento, meneó la cabeza y respondió:

—No estoy de humor para ello, Juan

—¿Qué significa eso? exclamó su camarada estupefacto. ¿Rehusarás dar cincuenta céntimos para celebrar la jubilación de un antiguo amigo?...

—No es por los cincuenta céntimos, Juan. Apenas conozco á Juan Leroux, y lo digo con franqueza, beber durante la mitad de la noche, no me seduce eso; ya no puedo hacerlo, me pongo malo.

Estas palabras, pronunciadas con acento un tanto tímido, hicieron prorrumpir á Juan en una loca carcajada; asió ambas manos de su amigo y dijo:

—Dambout, Dambout, amigo mío, te compadezco. En otros tiempos tú eras siempre el iniciador de la bulla: para ti nunca era hora de recogerse; pero, después de tu matrimonio, lo he observado, te vas escondiendo poco á poco detrás de las faldas de tu mujer; no te atreves á moverte, te vas volviendo chocho, avaro, capuchino. ¡Cuerpo de tal! olvidas que eres un hombre, y como un niño te dejas gobernar por tu mujer. Con mucho gusto serías de los nuestros; bien lo sé; pero necesitas antes el permiso de la señora Dambout y sabe Dios si te atreves á pedirselo!

—Wildenslag, no quiero incomodarme, balbuceó Dambout. Sé que no tienes mala intención, á pesar de tu injusticia para conmigo.

—Pues bien, niega que rehusas á causa de tu mujer!

—Al contrario, lo reconozco así; pero si fuese por amor á ella y á mis hijos?

—Sí, Damhout, sus hijos; valientes mirlos harás de ellos! Vístelos solamente como á pequeños propietarios; déjales que vayan á la escuela: durante su larga juventud te costarán más de lo que puedas ganar. Se darán aires de señoritos y de holgazanes, mientras que tú, pobre diablo, después de trabajar toda la semana como un negro, ni siquiera podrás beber un azumbre de vino en compañía de tus amigos. Dales tu sudor y tu sangre, quebranta tu salud y abrevia tu vida, y cuando serán mayores, ya no querrán conocer ni mirar á su padre, al pobre y gastado obrero.

Estas palabras no dejaron de impresionar á Adriano Ambout. Pareció triste y reflexionó un momento. Luego dijo vacilando:

—Con todo, Wildenslag, la instrucción es un tesoro, un poder que proporciona al hombre todas las aptitudes; y una vez que no podemos dejar otra herencia á nuestros hijos...

—¡Cuentos, quimeras de tu mujer! Dime, por Dios, ¿qué quieres que un hilador ó un tejedor, haga de la instrucción?... ¿has ganado menos porque tú, como yo mismo, no distingues una A de una B?... Vaya, vaya, eso no es más que orgullo y tontería. Nuestros padres han trabajado desde sus más tiernos años, nosotros les hemos imitado y nuestros hijos no tienen más remedio que trabajar también: con que, no hoy más que hablar. ¿Tu crees que yo educaré á mis ovejitas con mi sudor para acostumarlas á la ociosidad? Alto ahí! ya una de ellas está en la fábrica y no tardarán en seguirla las demás. Eso da lastre á los bolsillos, amigo mío y entonces se pueda beber algún azumbre de vino y permítase de vez en cuando alguna diversión... ¿Y bien, qué es lo que dices?... ¡Celebras en nuestra compañía la jubilación de Leon Leroux?... Ea, no debes temer tanto á tu mujer: déjala que gruñe un poco; y si insiste demasiado, demuéstrale que eres hombre y hombre de corazón.

Adriano Damhout echó mano al bolsillo, sacó de él una moneda de cin-

cuenta céntimos y la entregó á su camarada.

—De suerte, que esta noche, á las nueve en punto, en la *Cabra azul*, en casa de Pedro Lambin, dijo Wildenslag. Eso nos animará, propiciándonos un placer del que hablarás aún en tu vejez!

—Procuraré asistir, pero no estoy seguro de ello, balbuceó el otro.

—Si tal, no serás tan tonto para dejar que otros beban tu dinero. Entonces, con seguridad podré decir que has quitado los pantalones á tu mujer... Imposible, Adriano, todavía no has llegado á tal extremo.

En este momento, llamaron desde el despacho á algunos números y los dos amigos comprendieron que les había llegado el turno de recibir su salario.

Juan Wildenslag recibió antes su dinero; pero aguardó todavía para salir con su camarada. Cuando Adriano Damhout llegó á la rejilla, le dijeron que debía quedarse con otros con objeto de ayudar á levantar un eje.

Wildenslag le estrechó la mano una vez más y dijo al salir:

—Hasta la noche, pues. Si no vienes, te cruzo la espalda. ¡Cuidado, cuidado, amigo mío! todos deben participar de la vida en este mundo. Sacrificate por tu mujer y tus hijos, te despojarán y te fatigarán sin compasión, hasta haber alterado por completo tu salud. Navega á todos vientos, después de nosotros el fin del mundo!... ¡Hurra! ¡viva el buen humor!

Soltó una carcajada, hizo una cabriola y se lanzó á la calle, seguido de los jóvenes hiladores á quienes debía distribuir su salario á la luz del primer farol.

II

Al extremo de una estrecha callejuela, en el cuartel situado más allá del puente Nuevo, se elevan unas treinta casitas de forma parecida y evidentemente construidas para ser alquiladas á obreros ó otra gente pobre.

En una de esas casitas, una mujer se hallaba ocupada en lavar ropa blanca y trajes de niño en un barreño.

Parecía hallarse aún en toda la fuerza de la edad. Sin duda había sido

hermosa; tal vez lo era todavía; pero la suciedad de su traje, el descuido y la negligencia de que todo en ella y en torno de ella llevaba el flagrante sello, no podían despertar otros sentimientos que la tristeza y el disgusto. Trabajaba con gran priesa, sumergía sus brazos desnudos en el barreño, sacudía y retorcia la ropa con tanta brusquedad y rudeza, que el agua se derramaba á borbotones por el suelo y formaba como un mar en torno de ella.

El vapor fétido de la legía llenaba la estancia, y la lámpara colgada en la chimenea daba tan solo una luz débil y casi nociva.

A su lado, sobre la sarten, se cocía la cena en una cazuela de barro. De vez en cuando sacaba sus manos del barreño, cogía una enchara de madera y meneaba con ella el contenido de la cazuela, con objeto de que la cena no se requemase.

Cuatro niños, varones y hembras, descuidados y con los vestidos rotos, se hallaban sentados ó echados sobre el pavimento en un rincón. Se divertían jugando. Con frecuencia se tiraban de los cabellos, se pegaban, chillaban, ó pronunciaban palabras groseras que daba asombro oír de los labios de tiernos niños.

Hasta aquí la mujer les había prestado poca atención; pero llegó un momento en que la camorra insoportable de los niños y los gritos de «Madre, socorro, socorro!» le hicieron perder la paciencia. Se arrojó hácia ellos, dió al primero que encontró á mano un puntapié, al segundo un puñetazo, y á los restantes algunos sonoros bofetones.

Entonces se dirigió de nuevo á la sarten, meneó una vez más las patatas y estalló indignada contra los niños en un lenguaje tan grosero, que los pobres no podían aprender en el más que una lección de brutalidad.

He aquí vuestros crecidos adelantados, malditos bribones! gritó la mujer. Las patatas se han quemado. Luego vuestro padre gritará como un endemoniado y arrojará sobre mi cabeza una lluvia de palabras duras. Vosotros y él me creéis vuestra esclava y que solo vivo para trabajar y ser insultada desde la mañana á la noche. Pues bien, sí! Si no le gusta

eso, puede buscar otro árbol donde ahorcarse. ¿En dónde está vuestro famoso padre? En la *Cabra azul*, en casa de Pedro Lambin seguramente. Ha recibido ya su paga y el muy borracho se halla ya dispuesto á derramar el dinero en el gazzate. Esperad un poco, voy á conducirle aquí. No toqueis la cazuela durante mi ausencia, de lo contrario, os rompo la crisma á todos, tormento de vuestros padres!

Apenas la madre hubo abandonado la casa, cuando los niños principiaron á bailar descalzos por la lejía derramada en el suelo; de suerte que los muebles y la pared quedaron enteramente cubiertos de manchas oenagosas. Echaron á correr asustados cuando su padre apareció de repente en el umbral. El olor de las viandas quemadas le hizo exhalar un gruñido de descontento; y el vapor de la lejía y del agua fangosa, derramadas por el suelo, le hicieron estremecerse y su semblante tomó una expresion de disgusto y tristeza.

—¿Dónde está vuestra madre?—preguntó.

—En la *Cabra azul*, en casa de Pedro Lambin, respondieron los niños.

—¿En casa de Pedro Lambin?

—Ha ido por usted, papá.

—¡Ah... ¡sois vos, sucia carroña! dijo viendo entrar á su mujer. ¿Qué significa esta cuadra? ¿Por qué lavais esta ropa sucia por la noche cuando vengo yo á casa? Sin duda habeis estado de paseo todo el día y á charlar con las vecinas como de costumbre?...

—Tiste, ve á llamar á tu hermana Godeliva, dijo la mujer á uno de los niños, sin que al parecer hiciera caso de las reprensiones de su marido.

—Ma da calentura desde que pongo el pié en tu porquera, prosiguió éste. Me dan ganas de echar á correr y no volver jamás. Trabajad toda la semana, mataos y sudad sangre y agua para traer á casa algunas monedas: luego, durante el sábado encontráis patatas quemadas y un lodazal infecto que os vuelva el corazón de asco. ¿Me vas á replicar?

—¡Bah, replicar! profirió la mujer con acento zumbón: me río de cuanto estás diciendo. ¿Se te figura haberme tomado para servirte y que yo soy tu criada? Si las viandas te disgustan no

las comas; si la casa no está bastante limpia como tú deseas. límpiala tu mismo, si así te place, estúpido chcho!

El hombre levantó la mano con gesto amenazador.

—¡Hola, hola! dijo ella, con que quieres camorra. Ea, querido Wildenslag, ten un poco de paciencia... ¿Deseas volver de nuevo á la fábrica con el rostro lleno de arañazos? No tienes más que decirlo; estoy dispuesta si te gusta que te peine. Cállate y come en paz: las patatas no están sino un poco reguamadas; además, los gritos, las injurias y los golpes no las mejorarán.

En este momento entró lenta y suavemente en la estancia una jóven de siete años. Estaba flaca y parecía enfermiza; pero sus ojos azules brillaban como perlas, y su fina y diminuta boca tenía una expresion singular: algo de doliente y suplicante, cual si la niña fuese una oracion viviente. Aunque de ordinaria hechura y de grosera tela, su traje estaba sumamente limpio y derramaba en la sucia casa una especie de perfume de inocencia y de pureza virginales.

Se dirigió al hombre, con un gesto cariñoso, cogió sus manos entre las suyas, le contempló con una sonrisa muda, pero profunda, y murmuró:

—Buenos dias, querido padre!

El sonido argentino de esta voccecita y la mirada amante de su hija melancólica, conmovieron al obrero.

—¡Buenos dias, mi buena Godeliva! respondió estrechando á su hija contra su corazon. ¿Te sientes algo mejor? ¿Estás enferma todavia?

—Todavía un poco, papá, respondió la niña. La señora Damhout me ha dado á beber tisana, lo cual me ha refrescado.

—¿El señor Damhout ha venido ya de la fábrica? preguntó Wildenslag.

—No, papá, todavia no.

—Ven, Godeliva, siéntate y come, hija mia, porque ya esos glotonos han principiado á hacerlo, y nada te dejarían.

La niña se sentó á la mesa, hizo la señal de la cruz y rezó en silencio; despues de lo cual, principió á comer con notable continencia y modales excelentes.

Wildenslag halió las patatas suma-

mente malas; comió sin apetito, refunfuñó en voz baja y puso mala cara; pero refrenó su cólera y no se desahozó en insultos, cual si la presencia de su hija hubiera despertado en él el instinto de la urbanidad. Finalmente dijo suspirando:

—Dime, Lina, sin reñir por ello, ¿no podrias tener tu casa un poco más aseada, y dar á tus hijos mejores ejemplos? Mira como sabe arreglarse las la señora Damhout. Su marido es un obrero como yo; no posee más que su salario á jornal, y no obstante, en su casa se podría comer en el suelo, tal es la limpieza que hay en ella.

—¿Qué estás diciendo de la señora Damhout? respondió la mujer con aspereza. Es una buena y guapa mujer, no trato de negarlo; pero los Danhout no son gentes como nosotros. Créelo, Wildenslag, poseen bienes ó dineros colocados, por más que lo oculten.

—No, no, nada poseen. No entra en la casa un céntimo sin que Adriano Damhou no le haya ganado en la fábrica. Tienen, al contrario, menos recursos que nosotros, pues nuestro muchachogana ya cuatro francos semanales.

—¡Gentil sujeto! Siempre está en la taberna. Es digno hijo de tal padre; hará carrera, te lo prometo

—No, no, se ha corregido ya. No lo dudes, Lina, la señora Damhout cuida de su casa con menos dinero que tú. Y tú puedes arreglartelas como ella.

—Vaya, vaya, Wildenslag, cada uno sabe donde le aprieta el zapato, genio y figura hasta la sepultura. No hablemos más del asunto, porque de nada serviría. ¿Sabes lo que dice el casero de la señora Damhout? Pues dice que es hacendosa y limpia porque sabe leer.

—El casero dice eso de broma. La señora Damhout no sabe leer sino en un almanaque y en su devocionario. De fijo que esos libros no le enseñarán el gobierno de la casa.

—¡Consiste, pues, en que Damhout gasta menos y se queda en casa, mientras tú te pasas noches enteras en la taberna bebiendo y jugando?

—Es muy posible, respondió Wildenslag, meneando la cabeza con aire impaciente. Quién te dice á tí que yo no pertenecería en casa, al menos

durante la semana, si todo aquí no fuese asqueroso como una cuadra, y si al menos hallara en ella un semblante cariñoso; pero tú, con tu brutalidad y desaseo, echarías á un ángel de aquí.

La mujer, ofendida, puso sus brazos en jarras y se disponía á dar una contestacion furiosa, cuando se abrió la puerta con estrépito, y un muchacho de catorce años, con el traje lleno de copos de algodón, entró bailando; estaba concluyendo el mote de una cancion obscena, á pesar de tener una pipa encendida entre los labios.

Se sentó á la mesa inmediatamente y principió á comer patatas resque-madas; pero despues del primer bocado, arrojó sobre el plato el tenedor, refunfuñando, y se deshizo en ásperas injurias contra su madre.

El padre le defendió en vez de reprehenderle.

—Hé aquí mi paga, dijo el muchacho echando tres francos sobre la mesa. Las patatas están quemadas y saben á lejía. Me voy; iré á comer á otra parte en donde uno no corra peligro de ser envenenado.

Hubo violentas disputas, porque el hijo se habia guardado un franco de su paga; esta escena se repitió al entregar el padre su dinero. Con todo, se calmó la tempestad despues de muchas palabras duras y groseras.

—Buenas noches, dijo el muchacho con alegría, voy á la *Cabra azul*, á comer una tajada de jamon.

—Espera Alejandro, te acompaño, dijo el padre. No se está bien aquí. Despues de trabajar una semana entera, bien podremos divertirnos algo.

—¡Ah! ¿creen que voy á embrutecerme en casa toda la noche mientras van á divertirse á la *Cabra azul* y ensanchar allí su corazon?... murmuró la mujer cuando hubieron salido su hijo y su marido. Es necesario que tambien yo me divierta; tambien á mí me gusta el jamon. Godeliva, ve á pasar una hora en casa de la señora Damhout. Mandaré por tí.

Con el gancho removió violentamente la sarten para apagar el fuego; pero como tardase en extinguirlo á medida de su deseo, derramó una palangana de lejía sobre las brasas, de manera que un humo infecto llenó la estancia.

—¡Eh! abajo, tunantes, gritó dirigiéndose á los niños, cuidado con tocar la lámpara y jugar con el fuego, de lo contrario os rompo la escoba en las costillas!

En el mismo momento vió que el mayor de los niños tiraba de los cabellos á una de sus hermanas, y oyó un ruido semejante al de una tela que se desgarraba.

—¡Acaba de una vez, verdugo!... gruñó la mujer. Espera un poco, miserable holgazan, poco te falta que holgazanear aquí. La próxima semana vas á la fábrica. Cuando vuelva te repasaré los huesos de modo que no te rías; esto te enseñará á romper otra vez el vestido de tu hermana.

—No es cierto, gritó el muchacho.

—Yo lo he visto, contestó la madre.

—¡Mentís! berreó el hijo.

Y, cual si nada de particular tuviera esta monstruosa insolencia, la mujer pareció no oírlo ó no fijar en ella su atencion, porque salió corriendo de la casa y cerró ruidosamente la puerta detrás de sí.

—Pobres niños! ¿qué podia ser de ellos con el proceder de semejante madre? Seguramente nada más que seres salvajes é incultos, desprovistos de todo sentimiento de dignidad humana. No era culpa suya; pero en verdad la era de su madre.

Esta mujer, tambien ella cuando niña, habia pasado sus tiernos años bajo la vigilancia de una vieja ignorante y grosera, entre niños abandonados, cuyas madres debian como la suya, trabajar en la fábrica todo el día. Allí sólo habia aprendido un lenguaje brutal y descortés; habia crecido sin la menor nocion de los deberes que el hombre debe cumplir con Dios, con la sociedad y sobre todo consigo mismo. Como quiera que sólo habia cumplido entonces la edad de nueve años, todavia era de esperar que recibiera algunos reflejos de la luz de la civilizacion; que ántes de ser mujer sintiera nacer en ella el instinto de la dignidad personal y de la modestia virginal. Pero ántes de principiar su décima primavera, estaba ya en la fábrica, atada á una máquina que daba vueltas sin cesar, entregada á una sociedad de hombres y mujeres aún más ignorantes y groseros que ella. Más tarde, contrajo matrimonio,

después de nacer su tercer hijo, permaneció en el hogar, en donde dió á sus hijos la única instruccion que habia recibido: ignorancia, grosería, envilecimiento y depravacion de la naturaleza.

¡Y nosotros, los que hablamos de la perfeccion moral del obrero, damos á sus hijos semejante madre! Y nosotros, los que censuramos al obrero, porque huye de su casa, porque bebe y frecuenta las tabernas, le damos semejante compañera!

¡Si los progresos gigantescos de la industria son uno de los fenómenos más sorprendentes y saludables de nuestro siglo; pero el pensador, el filántropo, no verán sin un terror secreto este progreso irresistible, mientras arranque á la mujer, á la madre, del seno de la familia, y haga del hijo el esclavo de la materia, en la edad destinada á su desarrollo moral é intelectual.

Si se quiere civilizar y perfeccionar á la clase obrera, es necerio empezar por la mujer. Esta es una ley inflexible. Si el hombre reina en el mundo material, y ella reina en el corazón y el espíritu de la generacion naciente, con todo el poder del ángel ó del demonio, según la elevacion ó bajeza de su alma.

La humanidad principia á comprenderlo así. Desde el fondo de las conciencias se eleva un grito de angustia, una voz profética que dice: «¡Salvad al mundo del envilecimiento moral, por medio de la mujer! ¡Instruid á la mujer! ¡Educad á la mujer! ¡De lo contrario, tinieblas, envilecimiento, injusticia y sangrienta venganza en el mundo futuro!»

III

Mucho más lejos, en la carrera de casas para los obreros, veíase una casita notable por su aseo.

El suelo estaba cubierto de arena blanca hasta la calle. Tres ó cuatro tiestos de flores esparcian su aroma en las ventanas, detrás de unas cortinas blancas como la nieve. Adornaba la chimenea una imagen de la Virgen entre dos papagayos de yeso, cuyo plumaje encarnado, amarillo y verde, agradaba á la vista. Los pequeños utensilios del hogar, los platos

y las tazas estaban colocados en un armario y brillaban y resplandecían cual si estuvieran orgullosos de su limpieza. Las toscas sillas de junco no tenían una mancha; la mesa de madera blanca estaba lavada, la sartén frotada con plombegina.

Esta habitacion obrera era tan pobre como las demás; los objetos más flamantes no habian costado sino algunos céntimos... y á pesar de ello, reinaba allí una apariencia de paz, de alegría y bienestar, el aire era allí tan puro, tan sonriente todo, que el aspecto de esta humilde casita bastaba para hacer comprender cómo un obrero puede amar su hogar de la misma manera que un opulento enorgullecido de su palacio.

En una habitacion del piso bajo una mujer se hallaba ocupada en trabajar junto á un candil. Cosía una blusa azul, y como hubiese muchas más blusas por el estilo, dobladas sobre una silla, era de suponer que trabajaba para un almacén. Contaría unos veintiocho ó treinta años; su vestido de algodón, ordinario y descolorido á fuerza de lavarlo, estaba sumamente limpio y hasta compuesto con una sencillez que no carecia de cierta elegancia.

A su lado, junto á una mesa, se hallaba sentado un muchachito de ocho años, de cabello negro y grandes ojos expresivos. Tenía delante un libro abierto y meneaba los labios, al mismo tiempo que con la punta de un bastoncillo, señalaba las letras que se esforzaba en leer.

En un rincón, sobre taburetes de madera, se hallaban sentadas dos tiernas niñas de tres á cuatro años. Jugaban con unas muñecas y se divertían en silencio, levantando de cuando en cuando la voz para refir á las muñecas, riendo suavemente entre ellas.

Hacia un momento que el muchachito parecía turbado; su bastoncito no se movía ya, y sacudía la cabeza con impaciencia.

—¿Qué es eso, Bavon? preguntó la mujer. ¿No marcha eso, hijo mío?

—¡Ah! madre, el maestro me ha señalado una leccion en la cual hay una palabra tan difícil, tan difícil!... Me he calentado los cascos, pero no salgo del atolladero. Con que, madre, léela tú.

Se acercó á ella, le puso el libro á la vista y señaló la palabra que le detenía.

Pero la mujer, despues de un grande esfuerzo, tartamudeó con desaliento:

—Ab... be... ne... abné... ga... Tampoco yo salgo del atolladero, Bavon. ¿Son palabras esas para un niño como tú?... No tienes más remedio que pasarlo por alto y preguntársela mañana á tu maestro.

El niño tenía la mirada fija en el libro: sus facciones se contraían, sus ojos estaban inmóviles y evidentemente usaba de todas las fuerzas de su imaginación.

—No, déjalo, hijo mio, dijo la mujer; no te rompas en vano la cebeza: la palabra es demasiado difícil.

—¿Demasiado difícil?... baluceó el muchacho. Es necesario que la lea, lo quiero... ¡Ah, madre, victoria, victoria! tú me has ayudado, esto marchará... Abé... ne... ga... cion... cion... Mira, mira, madre mia, la palabra es abnegacion.

La mujer dejó escapar un grito de admiración; tomó á su hijo entre sus brazos y depositó sobre su frente un prolongado beso. Lo que si la conmovia era la perseverancia precoz y casi viril que en su hijo creía descubrir. ¿En qué pensaba al darle este beso?... Lo ignoraba, y sin embargo, daba gracias á Dios desde lo más íntimo de su corazón.

El niño, alentado por la tierna aprobación de su madre, había tomado de nuevo el libro; pero la mujer, aun conmovida le dijo:

—Querido Bavon, es necesario instruirte mucho; mástarde en la vida principiarás á comprender cuán hermoso y cuán útil es saber leer y escribir. El que no sabe leer no es hombre más que á medias, y aunque haya nacido con talento está condenado á ser siempre ignorante. Tú serás mejor y más instruido que yo, Bavon, y por lo mismo más feliz sobre la tierra. ¡Ah, por qué murió tan pronto mi padrino! Sin él yo sabría leer y escribir perfectamente; pero no había quien pudiera protegerme, necesitaba ir á la fábrica. Todavía me intruí un poco á mí misma; pero cuando se ha trabajado tanto, uno no siente bien de la cabeza. ¡Bavon, si tú puedes aprender a leer, ¡qué bien te irá!

que todo el que sabe leer sabe que es hombre y se respeta á sí mismo. Desgraciadamente, pocos hijos de obreros tienen ocasion ó medios de instruirse; los padres, ignorantes como son, no comprenden cuán útil y cuán bella es la instruccion. Tú, hijo mio, si Dios sigue concediendo salud á tu padre, podrás aprender muchas cosas. Jamás olvides, Bavon, que deberás esa felicidad á tu padre que trabaja desde la mañana hasta la noche para educar honrosamente á sus hijos, que no va á la taberna y que, por decirlo así, se lo quita de la boca, á fin de que tú puedas ir á la escuela. ¡Jamás lo olvidarás, no es cierto?... Siempre continuarás respetando y queriendo á tu padre, suceda lo que quiera en tu existencia?

— Siempre, siempre, y á tí tambien, querida madre! dijo el muchachito acariciándole las mejillas.

En este momento abrióse la puerta y entró un hombre. Su traje, cubierto de algodón y polvo, era usado y parecía sucio en un sitio tan limpio. La expresion de su semblante revelaba cierto pesar y él parecia tener muy mal humor.

Mas hé aquí que la palabra «Padre! padre!» resonó en todos los tonos á sus oídos, y antes de que diera dos pasos por la estancia, le asieron de las manos y dulces voces infantiles le saludaron con las más tiernas palabras. Bavon corrió á su encuentro agitando un pedazo de papel por encima de su cabeza:

—¡Querido padre! ¡querido padre! gritó, ¡veinte premios! ¡Dos besos para mí y dos besos para mi alcancía!

Y, al pronunciar estas palabras, el muchacho había dado un salto, y se había colgado del cuello de su padre, para recibir la recompensa de su aplicación.

En tanto, la mujer se hallaba ocupada en poner la mesa y servir la cena. Sonrió amistosamente á su marido y le dirigió asimismo algunas palabras cariñosas.

—Sentaos, sentaos, Damhout, dijo ella. Debeis tener apetito y las patatas se enfriarian pronto. He comprado para vos un excelente lenguado, barato y vivo de puro fresco. ¡Ea, hijos míos, á la mesa, á la mesa!

Querido Damhout, no te preocupes

á las pruebas de cariño de sus hijos; las arrugas desaparecieron de su frente y una tranquila sonrisa iluminó su semblante. Dió á su hijo los dos sueldos y tendió su paga á su mujer, quien, sin contarla, dejó caer el dinero en su bolsillo.

Entónces todos tomaron asiento en la mesa, puesta con tanta limpieza y coquetería, como si estas pobres gentes fuesen á comer manjares exquisitos en platos de porcelana y cucharas de plata. Y con todo, no iban á comer sinó patatas guisadas en platos ordinarios, con tenedores de hierro, sin contar el pequeño lenguado, frito, que esparcía un olor apetitoso y ocupaba el centro de la mesa como una prenda de honor, ó mejor dicho, un regalo de amistad.

Todos á un tiempo hicieron la señal de la cruz y dieron gracias á Dios en silencio; despues de lo cual se pusieron á comer con apetito. Solo se turbó el silencio un tanto, ántes de dar principio al pescado. Damhout no podía decidirse á comer solo el lenguado, por pequeño que éste fuese; queria compartir el frito con su mujer y sus hijos; pero la mujer pretendia sólo haberlo comprado para él y que la disgustaría insistiendo por más tiempo. Aunque los niños, avisados por la madre, insistieron con ella, la discusión terminó amistosamente con la repartición del pescado entre todos los individuos de la familia.

Inmediatamente despues de cenar, se doblaron los manteles y todo desapareció de la mesa en un abrir y cerrar de ojos.

La mujer se sentó á la derecha de su marido y principió á hablar con él del trabajo de la fábrica; las dos hijas pequeñas treparon hasta las rodillas de su padre. Bavon permanecía á su izquierda, con el libro en la mano, y aguardaba á que sus padres hubiesen acabado de hablar.

Era un espectáculo sencillo y conmovedor el del obrero, con sus vestidos malos y manchados por el trabajo, teniendo entre sus rodillas á dos angelitos tan aseados y risueños, entre una mujer amada y un hijo aplicado que elevaba hasta él una mirada respetuosa y suplicante.

—¿Puedo leer querido padre? preguntó finalmente el niño. Hoy nos

han dado una lección tan bonita!... Ignoro si la sé bien, pero la diré lo mejor que sepa.

—Sí, Bavon, lee tu lección en presencia de tu padre, dijo la mujer.

El niño abrió su libro y leyó con cierta dificultad y algunas interrupciones, pero bastante claro para ser comprendido:

«Hijos míos, si quereis la bendición de Dios sobre la tierra, honrad á vuestro padre y á vuestra madre. Ellos os aman como á la luz de sus ojos; ellos trabajan para vosotros desde la mañana hasta la noche; vuestra feicidad es el único objeto de sus esfuerzos, de sus cuidados y de sus oraciones. Amadle con ternura, sed obedientes y agradeced sus beneficios; sed el apoyo y la alegría de su vejez, y recompensad así el amor paternal, esa abnegación pura y casi divina.»

Esta lectura pareció impresionar malamente la imaginación de Damhout; le recordaba cuanto Wildenslag le había dicho y daba nuevas fuerzas á los temores que su amigo, por vigésima vez, había despertado en él. Su semblante se puso serio y meneó la cabeza con aire pensativo.

—¿Bavon, comprendes lo que acabas de ler? preguntó despues de un instante de reflexión.

—Sí, querido padre, respondió el niño. Eso significa que vos trabajais para mí, y que yo debo quereros siempre á vos y á mi madre.

—Hasta en nuestra vejez, Bavon.

—Sí, padre, hasta en vuestra vejez, todo lo que durara mi vida.

—¿Y lo harás, hijo mío?

El muchacho miró á su padre con asombro, pero no contestó, cual si no concibiera la duda de éste.

—Está bien, Bavon, dijo Damhout; eres bueno. Continúa siempre así y jamás olvides lo que está escrito en tu libro; de lo contrario, Dios te castigará.

Reinó un momento de silencio; la mujer espiaba la fisonomía de su marido, quien parecia abismado en sombrios pensamientos.

—¿Adriano, murmuró ella, qué te pasa, amigo mío? ¡Pareces tan caviloso! Lo he notado desde que entraste. Algo te preocupa. ¿Sufrés acaso?

—No sufro, Cristina, respondió él; y sin embargo, hay algo que me molesta.

ta. Los amigos van á veces á beber juntos un azumbre de cerveza; rien, hablan y se divierten un poco despues del largo trabajo de la semana. Yo me quedo siempre en casa, cual si perteneciera á otro mundo, y los amigos se burlan de mí. Acaso sea una sensatez la de sacrificar toda una vida, sin conocer sus consecuencias para lo porvenir.

Apesar del asombro que estas palabras le causaron, la mujer sacó de su bolsillo una moneda de plata y se la dió á su marido sonriendo cariñosamente.

—Querido Damhout, dijo, por mí no debes privarte de ello: ahí tienes el dinero. Si deseas pasar algunas horas en compañía de tus camaradas, satisfice tu deseo. Vé, me alegrará saber que te diviertes.

Pero el hombre, como avergonzado de su queja, rechazó suavemente la mano de su mujer.

—No, no, guarda el dinero, dijo, mi deseo ha pasado... Con todo, Cristina, esta noche celebran los amigos la jubilación de Leon Leroux, porque hoy cumplen veinticinco años que es hilarior.

Wildenslag me ha suplicado la asistencia; yo se la he prometido á ser posible.

—Pues bien, Damhout, es posible, debes cumplir tu palabra.

—Sí, pero no sé, me parece que preferiria quedarme en casa con los niños.

—No, no, Damhout, mañana es domingo, día en que permanecemos juntos desde la mañana hasta la noche. Hazme este favor y toma este dinero; vete á la *Cabra azul* y diviértete con los amigos. Te esperaré contenta y de buena gana; permanece allí todo el tiempo que quieras. Ve, te lo suplico.

Continuó suplicándole por algunos momentos y hasta cierto punto le violentó para obligarle á levantarse. Entonces ella le acompañó hasta la puerta deseando una alegre velada. Volvió á la mesa y tomó de nuevo su labor.

Algunos momentos despues se abrió la puerta suavemente y entró una niña.

—Bavon, ahí tienes á Godeliva, dijo la madre.

—El muchachito se levantó de un salto, corrió hacia la niña, la asió de

la mano y la condujo junto á la mesa, diciendo con grande alegría:

—¡Ah, Godeliva, bien hecho de venir ahora! Estoy cansado de estudiar; juguemos un poco. ¿Quieres jugar á tiendas como ayer?... ¡Es tan divertido!...

—¡Oh, no, Bavon, pongamos una escuela! preguntó la niña.

—¡Sí, sí, una escuela! añadieron las dos hermanas menores, batiendo las manos.

Bavon fué en busca de algunos libros que habia conservado desde los primeros meses de su asistencia á la escuela; colocó á Godeliva en un banco y en otro á sus hermanitas; tomó el baston dominguero de su padre, y principió á pasearse arriba y abajo, con la cabeza erguida y una seriedad cómica, gritando de cuando en cuando con irritado acento:

—Silencio en la clase, de lo contrario os envío al calabozo. Todos los que no sepan la lección comerán pan duro. Godeliva Wildenslag, atención! ¿Qué letra es esta?—Bien! Y esa? Y aquella? Sabe V. su lección. Pasará usted á otra clase. Vuelva V. la hoja. ¿Qué es lo que hay escrito en la segunda línea?

—Da, de, di, do, du, dijo Godeliva en alta voz.

—Sí, lo sabeis de memoria, lo conozco; pero allí, en la otra página, allí?

La niña hizo un violento esfuerzo para pronunciar la palabra que le señalaban, pero no pudo conseguirlo.

—Animo, prestad mucha atención, dijo Bavon. Estas dos vocales O y U forman el sonido...

—¡Ou, ou! dijo Godeliva con alegría triunfante.

—¡Muy bien, hija mía, eso es! dijo el maestro con satisfacción. Godeliva Wildenslag ha ganado diez premios.

La madre habia contemplado esta escena sonriendo y con placer.

—Hijos míos, dijo con emoción estais jugando en serio. ¿Quereis creer que Godeliva acabará por aprender á leer sin asistir á la escuela?...

El muchachito y la niña la contemplaron con asombro.

—Como lo oís, ¿Qué os extraña? Mirad, Godeliva sin saberlo conoce ya todas las letras y aprende á pronunciarlas. Si Bavon quisiera tomarse un

poco de molestia, no lo dudes, Godeliva, muy pronto aprenderías á leer.

—¿Eso lo decís en broma, verdad, señora Damhout? murmuró la niña con aire de duda.

—¿Hablais de veras, maíre? preguntó Bavon, en cuyos ojos brillaba una chispa de resolución.

—¿Que si hablo de veras? ¿Pero hijo mio, no lo ves?

—¡Ah, ah, Godeliva, jugaremos á la escuela! ¡Aprenderás á leer!

—¡Aprenderé á leer! prosiguió Godeliva, con mal contenida alegría.

—Aprenderás, exclamó Bavon. ¡Dios mio, qué placer cuando podamos leer ambos en el mismo libro.—Con que, señorita, volvedos a sentar en el banco y atended... de lo contrario os obligo á aprender de memoria dos lecciones muy largas de catecismo!

Bavon continuó representando su papel de maestro de escuela, cada vez con mayor celo. Aunque al mismo tiempo señalaba las letras á sus hermanitas y con fugida impaciencia las pronunciaba, ocupábase de Godeliva con mayor frecuencia. La alentaba con tan dulces palabras y hacía para instruirla tan grandes esfuerzos, que este sencillo juego de niños llegaba á ser un trabajo sério, un verdadero beneficio.

Esto duró tanto, que al fin las dos hermanitas cabeza contra cabeza, se habian dormido sobre el banco.

Entónces la clase se dió por terminada. La madre desnudó y acostó á las dos dormidas pequeñitas.

Bavon y Godeliva volvieron á la mesa y hojearon un libro lleno de grabados.

En tanto la señora Damhout continuaba su labor, los dos niños conversaban en voz baja acerca de la esperanza de que Godeliva aprendiese á leer, aún sin poder asistir á la escuela; luego hablaban todavía de otros bellos asuntos. Una dulce sonrisa permanecía, por decirlo así, en sus labios: los ojos resplandecían de cariño y satisfacción, y algunas veces se apretaban la mano afectuosamente.

Finalmente, se oyó una voz infantil llamar á Godeliva desde fuera, y la niña se disponía á marcharse despues de dar las buenas noches á Bavon y á su madre; pero la señora Damhout tomó un cántaro y dijo:

—Ven, Godeliva, debo ir por agua á la bomba; iré contigo.

Cuando se halló de vuelta en la estancia, encontró dormido á Bavon, y en fin depositó un ardiente y prolongado beso en esta compacta frente, cual si la buena mujer creyera á un beso maternal capaz de inflamar y hacer fructificar los gérmenes de la inteligencia en el cerebro de su hijo.

Apenas habia tomado de nuevo su labor, cuando entró su marido.

—¿Ya de vuelta, tan temprano? preguntó ella con asombro. ¿No vuelves por causa mia, verdad, Adriano? lo sentiría.

—No, Cristina, respondió él, en tanto tomaba asiento cerca de la mesa. Ya no me gustan esas diversiones bulliciosas. Los amigos son unos guapos muchachos, lo reconozco; pero sus maneras brutales y sus palabras ordinarias ya no son para mí. Se está mejor aquí en casa, entre tú y tus hijos. Figúrate tú, ahora en la *Cabra azul* todos se hallan próximos á reñir.

Seguramente y todavía Leon Lérout se batirá esta noche con Jacobo el mercader de arena. Se están echando en cara cosas capaces de hacer erizar los cabellos. Siento muchísimo haber estado hoy en la *Cabra azul*.

—Lo creo, Adriano; pero tú no podías adivinar que hubiese allí riñas é insultos.

—No es por eso; mi corazón está triste.

—¿Cómo? ¿te ha ocurrido algo?

—Wildenslog me ha dado miedo, me lo da siempre... y tal vez no le falta razón; tal vez no obramos bien al querer dar á nuestro Bavon una educación superior á la de sus padres.

—¿Todavía ese mal pensamiento!

—¿Mal pensamiento, Cristina? Quién puede saberlo? Si nuestro Bavon asiste á la escuela comunal durante años enteros, y llega á instruirse, nos costará mucho más dinero que otro hijo cualquiera, y además, nunca traerá un céntimo al hogar; y cuando sea crecido y gane dinero, lo gastará en ricos vestidos y se avergonzará del pobre obrero que á costa de su sudor hizo de él un caballero.

—¡Ah! ¿cómo puedes hablar así con los ojos fijos en tu inocente hijo? suspiró la madre. ¿Bavon ingrato y desconocer á sus padres?... Jamás, jamás,

en su corazón sólo hay amor y gratitud.

—Es un buen hijo, lo sé, prosiguió Damhout. Todos son buenos, Cristina, cuando pequeños; pero apenas llegan á ser hombres viven á su modo y no se preocupan ya por sus padres. Sí, cuando se han elevado un poco en el mundo, alguna que otra vez bajan con desden su mirada hasta los seres que imprudentemente se sacrificaran por ellos.

—Eso, Damhout, no suceder con nuestro Bavon, respondió la mujer, comprimiendo su dolor. Su corazón es puro, yo velaré para ello. ¿Tú temes que nuestro hijo tenga más tarde mejor destino que nosotros? Pero, si así sucediera ¿no latiría de alegría tu corazón paternal? ¿No dirías con orgullo: «Es hijo mío, por él he trabajado con gusto: su felicidad es obra mía?»

Todo eso es muy bello, Cristina; pero, si mi hijo permaneciese obrero como yo, no abrigaría el temor de que más tarde se avergonzara de su padre.

—¿Y quién te dice que no será obrero?... ¿No existen acaso obreros excelentes que saben leer...?

—Al menos no muchos hiladores.

—Pero existen otros oficios, Adriano. Los de mecánico, albañil, carpintero y otros ciento, en los cuales, con instrucción y buena conducta, se puede hacer carrera.

—¿Lo ves, Cristina, ves como has resuelto que Bavon no vaya á la fábrica?

—Irá donde él querrá ó podrá, dijo la mujer con creciente energía. Nada podemos predecir. Ello depende de su aplicación, de nuestro amor y de la voluntad de Dios. Tus amigos te asustan, porque dicen que pretendo hacer de Bavon un caballero. Lo que yo quiero es que mi hijo se haga hombre y no se vea condenado por la ignorancia á la impotencia y la esclavitud eternas. ¡Si llega á ser un caballero, mejor que mejor!

—Cristina, Cristina, suspiró el obrero, si supieras cuánto me entristecen tus palabras! El orgullo es un perverso consejero.

—¿El orgullo? exclamó indignada la mujer. ¿Con que crees que me asusta la felicidad de mis hijos? Necesitaba para ello no tener corazón. ¡Ah! tal vez no me comprendas, pero yo te

aseguro Damhout, que si más tarde nuestros hijos pudieran bajar sus miradas hacia mí, yo daría gracias á Dios por haberlos elevado al mundo. No menees la cabeza. Si á costa de mi vida pudiera hacer de Bavon un rey ó un emperador, moriría contenta ante el trono de mi hijo!

Ella estaba muy conmovida y al parecer temblaba; había algo indescriptible en su ademán y en su mirada: el sentimiento maternal había hecho á esta humilde mujer impotente y bella.

Adriano Damhout experimentó la influencia de sus palabras entusiastas: inclinó la cabeza, cual si estuviese vencido, y guardó un momento de silencio. Luego prosiguió:

—En el fondo, tal vez tengas razón, Cristina; pero reflexiona con calma. Hoy por hoy no andan tan mal las cosas, hay mucho trabajo y bueno. Nuestros hijos restantes son pequeños todavía. Más tarde querrás que las niñas vayan asimismo á la escuela.

La mujer hizo un signo afirmativo.

—¿Podremos continuar soportando esta carga, sin la menor ayuda de nuestros hijos? Eso me parece imposible.

—Trabajaré un poco más, Adriano.

—¿Trabajar siempre como esclavos, sacrificar toda la vida!

—¡Ah! sólo entonces comprendo que soy madre, cuando sé que me sacrifico por la felicidad de mis hijos:

—¡Bien! pero, si un día faltase el trabajo por mucho tiempo; si uno de nosotros cayese gravemente enfermo, ¿qué haríamos entonces?

—Entonces Adriano, procuraríamos arreglarnos según la voluntad de Dios. El imposible no está en nuestras manos.

—¿Y si fuese necesario que Bavon ganara algún dinero, le permitirías ir á la escuela?

—¿Por qué no, si lo exigiese la necesidad?

—¿Y en ese caso, de qué le serviría la instrucción?

—¿De qué le serviría? ¿Cómo puedes preguntarlo, Adriano? Al menos sería un hombre, un excelente obrero, apto para todo, y con un poco de fortuna, tendría la seguridad de llegar á capacitaz.

—Lo ves, Cristina, dijo el hombre con cierta satisfacción, desde que se

gun dices, no te opones á que Bavon sea un artesano, me siento más tranquilo.

—Adriano, jamás he tenido otras ideas; pero si es su destino hacer carrera en el mundo, mi egoísmo no servirá de obstáculo á su felicidad.

Después de un momento de silencio prosiguió con dulce afecto:

—Amigo mío, no nos demos por eso malos ratos. ¿Por qué entristecemos á causa de un temor prematuro, cuando gozamos de cabal salud y no carecemos de lo necesario? Si la adversidad nos hiere, nos ajustaremos á ella. De todos modos, suceda lo que quiera, si nuestros hijos saben leer y escribir, les habremos legado una preciosa herencia, por más que seamos tan sólo unos pobres obreros: No pueden decir otro tanto los que te censuran. Pon la mano sobre tu corazón, Adriano, y dime si no te sientes orgulloso y feliz al saber que ante Dios y los hombres, cumples con tu deber de padre. Conténtate y no des oídos á los malos consejos de personas ignorantes. Ven, amigo mío, tomaré á Bavon en brazos. Vamos á acostarnos.

Y Adriano Damhou tomó el candil y alumbró á su mujer, que tras él subía la escalera con su hijo entre sus brazos.

IV

Desde que Bavon había adquirido la convicción de que podía enseñar á leer á Godeliva, no había dejado pasar un solo día sin ejercitarla á deletrear muchas horas. Había algo sorprendente en la insistencia y el celo del muchacho. A veces fatigaba tanto á su amiguita, que la cabeza de ésta se iba á paseo y solicitaba descansar.

Además del bondadoso genial que inducía á Bavon á hacer que Godeliva participara de los beneficios de la instrucción, que su madre le había hecho considerar como un verdadero tesoro para el hijo de un obrero, un motivo especial le excitaba á ello. Sabía que en cuanto fuese posible, su compañera de juegos se vería obligada á concurrir á la fábrica, y temía que entonces le faltaría tiempo para aprender; tal vez sólo ya raras veces podrían jugar juntos.

En efecto, el pobre Wilenslag era enemigo de la instrucción. En su opinión, (bastante generalizada por desgracia entre muchos obreros ignorantes), los hijos sólo han venido al mundo para procurar á sus padres alguna ventaja pecuniaria, y es una necedad sacrificarlo por ellos, desde el momento en que puede evitarse. Aunque Godeliva era su hija predilecta, no le gustaba verla sentada en casa con un libro sobre las rodillas y pareciéndose á una señorita por su aseo y sus maneras distinguidas. Era, según él, un mal ejemplo en una familia cuyos individuos estaban destinados á trabajar desde la cuna hasta el sepulcro, sin esperanza de mejorar.

Godeliva era aún demasiado joven y demasiado débil para ir á la fábrica; pero existía una casa en la vecindad, en donde se enseñaba á las niñas á hacer encajes. Ella podría ganar allí algunos sueldos diarios y esto habría de mas en la familia. Además, comprendería que había nacido para trabajar como las otras, y la pereza, la *señoría*, como decía él, no tendrían el tiempo de crecer en ella. Mas de una vez había hablado de sus proyectos á su mujer; pero la señora Wilenslag le había siempre decidido á demorar la ejecución de aquellos, dándole á entender que Godeliva estaba todavía débil y enferma.

Con todo, este motivo perdió su fuerza al cabo de algunos meses, porque Godeliva parecía gozar de más cabal salud y se había fortalecido sensiblemente en poco tiempo.

Una tarde se le notificó la decisión y se le dijo que iría al día siguiente, á la seis, á la fábrica de encajes.

La niña se hubiera sometido á ello sin la menor dificultad, pues ignoraba cuanto le aguardaba en esta nueva condición; pero el padre le dió á entender lo peor de su suerte, cuando le dijo:

—Con que, Godeliva, has acabado de aprender á leer. Sabes ya demasiado para la pobre hija de un artesano. Procura olvidarlo, de lo contrario, más adelante podrias concebir ideas que te separasen del buen camino. Basta de libros en casa: no pienses más que en trabajar.

Godeliva salió en silencio de la casa y permaneció á la puerta con la cabeza baja, reflexionando algo rato. Ya

no podría aprender á leer! Esta idea le arrancó lágrimas y se dirigió lentamente y como extraviada á casa de la señora Damhout.

Se presentó en la estancia con el delantal en los ojos. Adriano Damhout había salido ya para la fábrica; pero, siendo jueves, día de asueto, Bavon se hallaba aún sentado á la mesa, al lado de su madre.

El muchacho saltó de la silla, tomó á la niña de la mano y le preguntó:

—¡Godeliva, lloras! ¿quién te ha ofendido?

Pero Godeliva se echó á llorar más fuerte; parecía inconsolable.

—Y bien, Godeliva, habla, ¿qué es lo que te ha pasado? No será cosa grave, dijo la señora Damhout.

—¡Ah! ¡ya no puedo aprender á leer! suspiró la niña.

—¡Cómo! ¿Por qué? ¡Eso es imposible!... balbuceó Bavon con expresión de incredulidad y rebeldía al mismo tiempo.

—No, ya no puedo leer, nunca, jamás! Bavon, ya casi sé leer y ahora debo esferzarme en olvidarlo.

—¿Quién dice eso? exclamó el muchacho.

—Lo dice mi padre y no tiene remedio, respondió con tristeza Godeliva.

—¿Tu padre? prosiguió Bavon con espanto.

—Sí, mañana á las seis debo ir á la fábrica de encajes, y jamás podré abrir un libro sin permiso de mi padre. ¡Dios mío, qué desgraciada soy!

Principió á llorar de nuevo: las lágrimas corrían á través de sus dedos. Bavon, compadecido, dejó caer su cabeza encima de la mesa, y prorumpió igualmente en llanto.

Por algun tiempo, la señora Damhout se esforzó en consolar á los dos niños; pero no lo consiguió. Con objeto de animarles un tanto, prometió ir á hablar á la señora Wildenslag, y manifestó la esperanza de que tal vez podría cambiar esta triste resolución.

Arregló la casa y despues dijo á la niña:

—¡Estás bien segura, Godeliva, de que tus padres han decidido colocarte en una fábrica de encajes?

—Segurísima, señora Damhout, desde mañana por la mañana.

—¡En ese caso no saben qué cosa es una fábrica de encajes?

—Yo creo que sí lo saben. Eso no vale nada, señora Damhout; no me disgusta ir á la fábrica de encajes, haré todo lo que pueda; pero no poder ya aprender á leer, eso es lo que me pone triste.

—Pues bien, espérame aquí: voy á casa de tu madre. No llores más: tal vez traeré buenas noticias.

Pasados algunos momento, la señora Damhout entró en casa de Wildenslag.

—Buenos dias, Cristina; ¿qué felicidad mia os trae por acá? dijo la madre de Godeliva. ¿Vais á paseo? No acostumbrais á hacerlo con frecuencia. Precisamente he principiado á hacer café para aprovechar el fuego. Vamos á tomar juntas una excelente taza de él... Y vosotros, idos abajo, súcios bribones, largo de aquí hasta que os llame, sinó lloverán palos sobre vuestras espaldas!.. Ahora sentaos, Cristina, estamos solas y podemos hablar con todacomodidad.

—A hablar con vos he venido, respondió, sentándose, la señora Damhout. ¿Es cierto que habeis resuelto colocar á Godeliva en una fábrica de encajes?

—Es verdad, Cristina. En cuanto á mí, la hubiera dejado algun tiempo más en casa: la niña no es de las más fuertes; pero mi marido no cesa de reñir y acaso tenga razon. A los niños jamás se les acostumbra al trabajo demasiado pronto. Entónces en breve traen algo á casa. Extraña cara poneis, Cristina. ¿Os asombra por ventura que enviemos á nuestra Godeliva á la fábrica de encajes?

—Me entristece eso.

—¡Pero por qué?

—Voy á decíroslo, Lina, y puesto que sois madre y tenéis buen corazón, me comprendereis, así lo espero al menos. ¿Tal vez no sepais qué cosa sea una fábrica de encajes? Yo lo sé, yo que he pasado en ella un par de años clavada en una silla, y hubiera tal vez hallado allí una muerte prematura, si mi difunto padrino, que en paz descansa, no me hubiera sacado para enviarme á la escuela. Mirad, Elena, en una fábrica de encajes, las pobres niñas permanecen encorvadas desde la mañana hasta la noche sobre un telar de encajera. No se las permite tomar un momento de reposo. Ni

Ni nunca levantar los ojos, ni moverse nunca; trabajar siempre, con los miembros encorvados y el pecho aplastado, eso hace palidecer y enfermar á los niños. Muchos de ellos se vuelven contrahechos, algunos hasta jorobados, y lo peor de todo es que, hundiéndoles el pecho lentamente se les hace contraer los gérmenes de la tisis. ¡Oh, Lina, si supierais cuántas jóvenes son enterradas, habiendo recibido el golpe mortal en la fábrica de encajes!

—¡Cielos! ¡Me asustais! suspiró la señora Wildenslag. ¿Es cierto cuanto acabais de decir?

—A lo ménos en gran parte, Lina. Lo sé, existen niños robustos que no han enfermado, á pesar de haber estado en la fábrica de encajes; pero si yo tuviera una niña tan débil como Godeliva, no me arriesgaría á alterar su salud y ser quizás la causa de su muerte. Soy madre...

—Pero, yo también, soy madre, exclamó la señora Wildenslag.

—Lo sé, Lina, respondió la otra con dulzura. Si hubiera dudado de vuestro amor hacia vuestros hijos, no me veríais aquí hoy. Godeliva ha venido á decirme que habíais resuelto enviarla mañana á la fábrica de encajes. La cosa no me comierna personalmente; pero, perdonadme si quiero á vuestra hija. ¡Es tan amable y tan inteligente, posee un corazón tan bueno y puro! Me da pena pensar que la pobre oveja tendrá el pecho hundiéndose y morirá de resultas.

—Pero, Cristina, mi hija no irá á la fábrica de encajes! dijo con una especie de indignación la señora Wildenslag. Soy pobre é ignorante, lo reconozco; pero abrigó también un corazón de madre. Ni por un montón de oro consentiría que mi hija perdiese la salud.

—Eso os honra á mis ojos, Lina, dijo la señora Damhout. A más de veras á vuestra pobre Godeliva... ¿Pero vuestro marido?

—¿Mi marido? ¡qué tiene que ver con eso? Godeliva es una niña, y en cuanto á las niñas, sólo la madre puede disponer de ellas. Que haga lo que quiera de sus bribones de muchachos. Nada temais, Cristina, aun cuando revolviese cielo y tierra, nuestra Godeliva no iría á la fábrica de encajes.

Es cosa decidida: ignoro si teneis razón en todo; pero gracias al miedo que habeis sabido inspirarme, no retrocedería ante el mismo rey.

—Las dos mujeres se estrecharon la mano; la señora Wildenslag parecia muy halagada por los elogios y la amistad de su vecina, y con franca alegría la obligó á tomar otra taza de café.

Al fin dijo con aire pensativo:

—Ciertamente, Godeliva no irá á la fábrica de encajes; pero tampoco puede pasearse. Su padre riñe todos los días sobre este particular, y no le falta razón. Es demasiado joven todavía para enviarla á la fábrica. ¿Qué hago de la niña, Cristina?

—Si yo pudiera daros un buen consejo... —Es lo que os pido.

—Si me hallara en vuestro lugar, permitiría á Godeliva ir á la escuela, durante un par de años.

—¿Ir á la escuela? nuestra Godeliva á la escuela? En qué pensais, pues, Cristina? exclamó la señora Wildenslag estupefacta. ¿Nosotros, pobres obreros, poseemos los medios de hacer de nuestra hija una señorita, que ya no querría, ni podría trabajar?

—No me comprendéis, Lina, replicó la señora Damhout. Godeliva, por decirlo así, sabe ya leer; si fuese á la escuela por espacio de dos años, le instruiría mucho y sabría escribir y calcular muy bien. Entonces, yo la colocaría en casa de una costurera ó de una modista. De consiguiente, aprendería á trabajar, pero no se vería irrevocablemente condenada á permanecer simple obrera y servidora de los demás. Con su instruccion llegaría á ser seguramente oficiala de mostrador, y más tarde podría tal vez poner tienda por cuenta propia y ser á su vez dueña. ¿Os asombra eso? La instruccion, amiga Lina, hace al hombre apto para todo. Para nosotros, obreros ignorantes, no hay medio posible: hasta la muerte seremos lo que somos; pero si damos instruccion á nuestros hijos, abrimos á sus ojos el mundo entero, y apartamos de su cabeza la maldita ignorancia que á una vida sin esperanzas les condenaba.

La señora Wildenslag escuchaba abriendo unos ojos tamaños como puños; parecia no acabar de comprender las palabras de su vecina.

—Suponed, Lina, prosiguió ésta, que Godeliva llega á ser oficiala y hasta señora más adelante; que gana mucho dinero y viste como una señorita; ¿os disgustaría eso? ¿Acaso la felicidad de su hijo no es la mayor alegría de una madre? Oh, si llegais á poderos decir con la mano puesta sobre el corazón, que sois la única causa de su éxito en el mundo, ¿no estaréis orgullosa de ello?

—Sí, ¿pero continuaría queriendo á sus padres pobres?...

—¿Por qué no? ¿La gratitud es enemiga del amor? Al contrario, yo tengo la seguridad de que Godeliva no olvidaría jamás este beneficio y se diría hasta en su vejez: «Debo á mi madre mi felicidad y mi fortuna.» Toda la vida bendeciría vuestro nombre y rogaría á Dios que os otorgara en el paraíso la recompensa de vuestra bondad.

La señora Wildenslag estaba conmovida; la emoción humedecía sus ojos.

—Y mirad, Lina, entónces mereceriais la aprobacion y el aprecio de las personas sensatas. Dirían ellas: «Esa señorita, la dueña de ese hermoso almacén de modas es la hija de la señora Wildenslag. La pobre esposa de un obrero ha manifestado valor; ha instruido á su hija y asegurado su felicidad.»

—Es muy hermoso lo que estais diciendo, respondió con un suspiro la madre de Godeliva; pero no siempre salen las cosas á pedir de boca.

—Eh, ¿cuando fuese incierto el resultado, ¿condenaríais por ello á Godeliva á una pobreza eterna, conociendo los medios de mejorar su suerte? ¿Por ventura no vos madre, y la convicción de haber cumplido con vuestro deber no os haría feliz y orgullosa?

—Ir á la escuela, ¿señal es decirlo, murmuró la señora Wildenslag, meneando la cabeza; ¿para el dinero, los gastos?

—Eso nada ha de costaros, Lina. Las hermanas de Nonnenbosch, detrás de la iglesia de Santa Ana, recibirán de buena gana á vuestra hija, y la instruirán y así todo el tiempo que querais. ¿Que haré tan esos dos años? Además, Godeliva, ¿qué gana en la fábrica? ¿Una vez al mes, será mucho fabrica de escayola. Después vas al co-

más apta para ganar un buen salario. Tened la seguridad de que si seguís mi consejo, me lo habeis de agradecer más adelante.

La señora Wildenslag bajó la cabeza sin contestar.

—¿Y bien, qué os parece mi consejo? preguntó su vecina.

—Dejadme reflexionar; se trata de un asunto de importancia. Sí, soy madre, y la felicidad de mi hija...

De repente, se puso de pie, corrió á un armario, se calzó un sombrero blanco y echó una capa sobre sus espaldas.

—Vamos, Cristina, dijo, acompañadme.

—¿Qué es lo que vais á hacer?... preguntó la señora Damhout asombrada.

—¿Qué es lo que voy á hacer?... En este momento se me ocurre una idea luminosa y temo que desaparezca. Soy así: debo obrar en el acto, de lo contrario no hago nada. Vamos á ver á las hermanitas para saber si quieren admitir á Godeliva en su colegio.

—¿No debéis ántes consultar á vuestro marido sobre este punto?

—No os preocupeis por eso. Algunas querellas y reproches no han de acabar con mi salud. Godeliva es mi hija, y una vez la cosa hecha, mi razón prevalecerá sobre la de su padre. Venid, venid, no perdamos tiempo. Vos sabeis hablar cortésmente, Cristina; si tomáis la palabra en presencia de las hermanas, lograremos nuestro objeto, si es posible.

Las dos mujeres salieron juntas y en breve desaparecieron tras la esquina de la callejuela.

En tanto, Bayon y Godeliva aguardaban con febril impaciencia el regreso de la señora Damhout. En un principio se habían consolado mutuamente, con la esperanza de una buena noticia; pero como se prolongase mucho la ausencia de la madre de Bayon, principiaron á desanimarse.

Media hora hacía que lloraban en silencio, cuando de repente se abrió la puerta dando paso á las dos madres. Los niños se levantaron temblorosos. La esperanza y el temor se lán en sus ojos.

—Godeliva, dijo la señora Wildenslag, con grande alegría, no irás á la fábrica. Después vas al co-

legio de las hermanas Nonnenbosch, y aprenderás á leer como Bavon.

La afortunada Godeliva lanzó un grito de júbilo: abrazó á su madre y á la señora Damhout; asió á Bavon de las manos y se puso á bailar con él en torno de la estancia.

—Puedo ir al colegio y aprender á leer como Bavon, exclamó batiendo las manos. ¡Qué feliz soy!

Y se arrojó en los brazos de su madre, le acarició las mejillas con ambas manos y murmuró con el acento de la más tierna gratitud:

—¡Ah! madre querida, madre adorada, qué buena sois para vuestra pobre Godeliva! ¡Oh, cuánto os amo y cuánto os amaré siempre!

La señora Wildenslag enjugó una lágrima. Jamás había estado tan orgullosa, jamás había experimentado una alegría más pura y más sincera. Le pareció que algo noble se había despertado en ella. Tenía al menos ese sentimiento de satisfacción interior que entre nosotros se revela como la primera recompensa del deber cumplido.

—Ven acá, Gadeliva, dijo; volvamos á casa. Es necesario examinar todos tus vestidos y comprarte un par de zapatos nuevos. Todas las niñas van muy aseadas al colegio, y no quiero que tengan nada que decir de tí.

Al salir estrechó con fuerza la mano de la señora Damhout, diciéndole por todo saludo:

—¡Gracias, gracias!

Godeliva fué enviada al colegio de las hermanas. ¡Cuán orgullosa y feliz se sentía la pobre niña al atravesar la calle con sus libritos y su pizarra en la mano! Al fin iba á ser instruida, á ser una criatura privilegiada entre todos los pobres hijos de los obreros que no podían ir al colegio. La seguridad de ser objeto de un favor inesperado y particular, la animaba de un celo extraordinario. Todas las noches repasaba sus lecciones con Bavon. Como quiera que poseía viva imaginación y excelente memoria, en menos de un año hizo tan rápidos progresos, que sus mismas maestras estaban asombradas. Además, era tan obediente, tan agradada, tan cariñosa, que las hermanas la trataban con evidente predilección y estaban orgu-

llosas de los frutos sorprendentes que sus lecciones habían producido en el alma de esta pobre hija de obreros.

El padre Wildenslag jamás había consentido francamente en permitir que su hija fuera al colegio. Refinó aún todos los días contra lo que él llamaba una locura peligrosa; y cuando hablaba con su mujer, no perdonaba palabras amargas. Era idea arraigada en él la de que la instrucción debe infaliblemente conducir á su pérdida al hijo del obrero; porque la instrucción, según él, engendraba la afición al tocador, la vanidad y muchas otras cosas más. El mayor de los males consistía en que los niños, así educados de una manera superior á su posición, miraban á sus padres con desprecio. Por otra parte, mientras se estudia no se gana nada, y es otro tanto arrebatado á los padres, quienes tienen derecho al salario de sus hijos. No era el único que profesaba esta opinión; su mujer podía preguntárselo á todos los vecinos, menos á la señora Damhout: todos opinaban de igual suerte. En un principio, á fuerza de repetir lo mismo, y de hacer siniestras predicciones, había arrojado la duda en el espíritu de su mujer; pero poco á poco sus palabras habían sido impotentes para ella.

Godeliva asistía con frecuencia á las conversaciones en que su suerte se discutía; oía y veía temblando como su madre la defendía y cuanto tenía que sufrir para que su hija pudiese continuar concurriendo al colegio. La niña sabía hallar palabras tan conmovedoras y caricias tan tiernas para consolar á su madre; expresaba su gratitud con tal vehemencia y sentimiento, que la señora Wildenslag estrechaba con frecuencia á su hija Godeliva contra su corazón y la besaba con ternura.

Por gratitud hacía su madre, Godeliva no perdonaba medio de serle útil. Se levantaba al rayar el día, arreglaba, limpiaba y contribuía de tal modo, que la casa de Wildenslag había ido tomando poco á poco un aspecto menos repulsivo. Con frecuencia hablaba con su madre de lo que aprendía en el colegio y de las bellas lecciones de moral y decoro que de las hermanas recibía. La niña principiaba así, sin advertirlo, la educación

de su madre, y deslizo en el entendimiento de ésta los primeros rayos de luz que jamás en él hubieron penetrado.

La señora Wildenslag, á pesar de su ignorancia y grosería, tenía buen corazón y un espíritu recto. Cuando se hallaba á solas con Godeliva y oía á la niña hablar con tanto acierto y sencillez, de cosas que le eran absolutamente desconocidas, de piedad, de moral, de deber, se sentía como transportada á otras regiones, y le parecía que su alma se elevaba y se purificaba al contacto de su hija.

De suerte que con frecuencia decía á su vecina:

—Mirad, vecina Damhout, nosotras, pobres gente, nos creemos estúpidas y malas, y sin embargo, no es así. El bien existe en nosotras, pero nadie le ha visto revelarse. Si mis padres me hubiesen educado mejor y me hubieran enviado al colegio, yo sería otra mujer; porque ahora, lo conozco, no soy tan tonta como yo misma me creía. ¡Ah! ¡si las cosas se pudieran hacer dos veces! Pero ya es tarde, vecina. Al menos tengo el consuelo de saber que Godeliva será instruida. Es un ángel en mi casa; y mi marido puede asustarme cuanto quiera, estoy segura de que mi hija no me causará sino satisfacciones, mientras mi vida dure. En cuanto á sus hermanos y hermanas, grandes y pequeños, nada bueno hay que esperar de ellos: me tiran coces cual si yo hubiera nacido para ser su esclava. He hecho cuanto he podido para conseguir que los más pequeños fuesen igualmente á la escuela; pero Wildenslag salta de cólera hasta el techo, cada vez que trato de esta cuestión.

Tal vez reconocía otra causa la satisfacción de la señora Wildenslag. Había ido al colegio de Godeliva; las hermanas la habían recibido con notable cortesía y evidente gozo, la habían felicitado por los progresos sorprendentes de su hija, y por resolución que había tomado, ella, pobre esposa de un obrero, de enviar á su hija al colegio; pero lo que sobre todo la halagaba, era que las hermanas la habían invitado á tomar café con ellas.

Como es natural, semejante honor y tales elogios le habían trastornado la

cabeza y había salido de casa de la hermanas con el firme propósito de dejar allí á Godeliva todo el tiempo que le fuese permitido.

Sucedió que trascurridos los dos años, imaginó mil medios sutiles y aun resistió abiertamente á su marido, con objeto de que Godeliva pudiese asistir al colegio algunos meses más.

Sin embargo, no todo eran satisfacciones en la vida de Godeliva. Sus hermanos y hermanas, de los cuales ya tres trabajaban en la fábrica, habían concebido una especie de odio contra ella. Parecía una injusticia que clamaba al cielo, la de que Godeliva, sin traer dinero á casa, viviese sin hacer nada. En verdad, injusticia era de los padres la de no haber dado instrucción á todos sus hijos; pero éstos no así lo comprendían. Creían deberse vengar solamente en Godeliva. La llamaban irónicamente *señorita*, la trataban de holgazana y de tragona, la llevaban á mal traer, rompían ó manchaban sus libros y no parecía sino que habían fraguado un complot para atormentar á la pobre niña.

Godeliva lo sufría todo con paciencia angelical; solamente cuando manchaban sus libros ó sus cartapacios, lloraba en silencio, porque temía ser reñida por las hermanas.

Todos los días, después de cenar, iba con sus libros á casa de la señora Damhout. Allí, leía y escribía al lado de Bavon; recibía sus lecciones y advertencias con cariñosa gratitud; luego jugaban un rato; pero con más frecuencia hablaba con su joven amigo de cuanto se proponían hacer en lo sucesivo, y de lo que entrambos esperaban del porvenir.

La señora Damhout trabajaba sin descanso en la confección de blusas y otros vestidos de tela. Como quiera que desde algún tiempo su hija mayor iba también al colegio, debía procurar ganar algún dinero más, para que su marido no advirtiese que la instrucción de los niños, aunque gratuita, exige, no obstante, algunos sacrificios.

Con frecuencia, cuando Adriano Damhout se había hallado en compañía de Juan Wildenslag, regresaba á su casa con semblante sombrío, y entonces se le escapaban observaciones poco agradables que dejaban entrever

su inquietud por la educacion que su mujer daba á sus hijos.

Tal vez la pobre madre no se veía exenta ella misma de dudas y temores, porque no se causaba de enaltecer en presencia de Bavon y Godeliva, bajo todas las formas y en todas circunstancias, el amor y la gratitud de los hijos hacia sus padres, como el más santo de los deberes.

Como si por una inspiracion secreta conociese que la instruccion no basta por sí sola, con la más tierna y conmovedora solicitud depositaba en los corazones de Bavon y Godeliva los gérmenes de las mas puras virtudes y el más puro sentimiento del deber.

Hacia años que se hallaba acostumbrada á la presencia de la pequeña Godeliva; hallaba su felicidad en el afecto mútuo de los dos niños y en su estudiosa aplicacion. Consideraba, por decirlo así, á la buena de la niña como á su propia hija. ¿No se lo debía á ella, si Godeliva iba al colegio, á este beneficio no le daba derecho á quererla como á su propia hija?

Godeliva correspondía á su cariño, no solo con una viva gratitud, sino que tambien con un sentimiento de aprecio y de respeto que profesaba hasta á Bavon; porque, aunque vivía á su lado como hermana y como igual, él se presentaba á sus ojos como un ser superior que le concedía su amistad y su noble proteccion de las cuales ella no era digna.

Finalmente, cuando Godeliva hubo frecuentado el colegio por espacio de tres años, su madre no pudo resistir por más tiempo á su marido, y fué cosa resuelta que á principios de la semana próxima, la joven abandonaría el instituto de las hermanas.

Wildenslag tenía intencion de enviarla inmediatamente á la fábrica, en donde ganaría inmediatamente algunos sueldos diarios, mientras que enseñándole un oficio, se pasarían al menos dos años, antes que trajese á casa más de dos sueldos semanales. El resultado más claro á sus ojos de esta pérdida de dinero consistía en un vaso de cerveza menos para él y un plato menos de carne sobre la mesa. Por otra parte, le mortificaba la idea de ver á su hija ejercer una carrera de señorita y no ser obrera de fábrica, lo mismo que sus padres.

Sin embargo, no pudo triunfar bajo este punto de vista. En la imaginacion de su mujer estaba trazado el porvenir de Godeliva, como se lo había señalado la madre de Bavon; sería costurera, oficiala y al fin dueña de una tienda.

No habia más que hacer y su marido podia refirir y maldecir cuanto quisiera.

Cuando Godeliva llevó á Bavon esta noticia inesperada y le anunció que iba á abandonar el colegio, la primera impresion fué de estupor, seguida de un dolor mudo. Los niños no veían ningún medio de oponerse á ella, y se resignaban; pero sus ojos, cuando se encontraban sus miradas, hablaban con elocuencia, y de cuando en cuando un fuerte suspiro hinchaba el pecho de Godeliva. ¡Se hallaba tan bien en casa de las hermanas! ¡La querían tanto! Parecía duro y cruel dar á sus bienhechoras un eterno adiós. Pero era preciso, ella era pobre y debía aprender un oficio, demasiado lo sabia.

La señora Damhout dijo á su vecina que no podia dispensar de ir á notificar á las hermanas su resolucion y darles mil gracias desde el fondo de su corazon por su bondad.

Como quiera que Lina habia sido acogida en el instituto con especial cordialidad, siguió el consejo de su vecina.

Las hermanas fueron quienes parecieron más sorprendidas y afligidas á causa de esta noticia inesperada.

Godeliva era una alumna de la cual estaban orgullosas, pero todas la querían de una manera especial á causa de su buena conducta y de su celo y, mas aún, tal vez, á causa de su conmovedora gratitud. Por otra parte, hacia algunos meses que Godeliva les era útil para enseñar á leer á las niñas más pequeñas.

Cuando las hermanas habieron oído las razones de la señora Wildenslag, acercaron sus cabezas y se hablaron algunos momentos en voz baja.

Entonces, dijo la de mas edad:

—Señora, sentiríamos perder tan pronto á nuestra mejor discípula. Estábamos orgullosas de ella, y hubiéramos deseado conservarla un año más, para demostrar de cuanto somos capaces cuando nuestras lecciones son

aprovechadas. ¿No podríais dejarla un poco más en nuestro colegio?

—Imposible, hermanas mías, respondió suspirando la señora Wildenslag. Tampoco yo lo deseaba, pues no tengo sino un hijo que haya podido instruirse; yo quisiera dejarla continuar en el colegio todo el tiempo posible; pero no hay medio de persuadir á mi marido. No podemos vivir así. Los hijos cuestan dinero; yo tengo lo ménos seis, y creedlo, nos comen literalmente. Si los hijos no pudiesen ganarse la vida desde que son mayores, la gente de nuestra clase se hallaría todos inscritos en el registro de los pobres.

—¿Y cuándo creéis que Godeliva, aprendiendo el oficio de costurera, podría ganar su sustento?

—No muy pronto, hermanas mías, bien lo sé, tal vez dentro de dos años, poquito á poco.

—Pues bien, queremos haceros una buena proposición. Permitid que Godeliva continúe frecuentando el colegio, Comerá y cenará aquí, almorzará también si lo queréis. Pondremos todo nuestro cuidado en enseñarla á coser perfectamente, y, cuando tenga trece ó catorce años, y esté bien instruida, nosotras mismas la colocaremos en un taller, en casa de una señora que la proteja y la haga adelantar. Así recobrará con exceso el tiempo perdido. ¿Os acomoda la proposición?

—¡Ah! queridas hermanas, cuán buenas sois pare mi pobre hija! exclamó la madre con las lágrimas en los ojos. ¡Que Dios os premie la caridad!.. Sí, sí, no hay duda, acepto vuestro generoso ofrecimiento con todo mi corazón.

Así Godeliva, á pesar de la resistencia de su padre, permaneció en el colegio de las hermanas.

En cuanto á Bavon, se distinguía entre todos sus condiscípulos de la escuela común. Se hallaba mucho más adelantado que Godeliva: tenía una hermosa letra y es muy aversado al cálculo, y hasta había hecho ya algunos progresos en la lengua francesa. Sus maestros se complacían en ver su aplicación y la vivacidad de su inteligencia, y estaban envanecidos de sus rápidos progresos.

Como quiera que sus padres le destinaban al oficio de mecánico ó de

carpintero, llevaba cinco ó seis meses á las lecciones de la academia de dibujo, y todo hacía suponer que igualmente adelantaría en esta nueva asignatura.

Con todas sus ocupaciones, y á pesar de no regresar á su casa hasta las ocho de la noche, todavía hallaba tiempo de ayudar á Godeliva, mientras jugaban, en sus primeros estudios de la lengua francesa que había principiado á aprender en el colegio.

Así trascurrió todo un año, sin que ninguna contrariedad viniese á turbar la tranquila felicidad de la señora Damhout y de los dos niños. Un solo acontecimiento, (si acontecimiento puede llamarse una cosa tan insignificante) era capaz de grabarse en su memoria.

Hacia algun tiempo que Bavon se mostraba singularmente inclinado á la soledad. Dos veces, durante el domingo, cuando sus padres habían querido llevarle consigo á paseo, según costumbre, había permanecido solo en casa pretestando muchas ocupaciones. Su madre le había sorprendido un día, ocultando algo con una precipitación inquieta.

¿Qué es lo que tanto podía ocultarle? No quería decirlo; evitaba toda explicación sobre este punto, y la señora Damhout no dejaba de sentirse inquieta, aunque no supiese exactamente que es lo que temía.

Cierta noche, Bavon, al regresar de la escuela, apareció completamente alegre. Corría con visible impaciencia de un extremo á otro de la estancia, repitiendo:

—¿No ha venido todavía Godeliva? ¿En dónde está, pues? Si no viniese esta noche!

Y como la señora Damhout le preguntase qué es lo que así le tenía preocupado, respondió riendo:

—Ben pronto lo verás, querida madre, y sabrás entonces lo que te ocultaba. ¡Ah! ¡Ah! ahí viene Godeliva, exclamó.

La joven le contempló con asombro y miró en torno de ella para adivinar que es lo que tanto le alegraba.

—¿A cómo estamos hoy del mes? le preguntó él.

—No lo sé, balbuceó ella. Estamos en el mes de Julio.

—Y bien, consulta ese almanaque. día 6, qué santo es hoy?

—¡Santa Godeliva! dijo la jóven con sorpresa.

—Sí, Godeliva, son tus días, dijo él. Voy á festejarte, tengo un regalo para tí. En él he trabajado en secreto durante un mes. No debes reírte de ello, ni mamá tampoco. He hecho lo que he podido. Abrió un gran cartapacio, sacó de él una hoja de papel, la colocó sobre la mesa y dijo:

—¡Toma, madre! toma, Godeliva! hé aquí mi regalo.

Sobre el papel se veían las figuras de dos niños pintados á la aguada, un muchacho y una jóven, asidos de una mano y sosteniendo cada uno con la otra un libro abierto. En torno habían pintado una cenefa tricolor y la variedad de sus colores le daba mucho brillo. Sin duda, Bavon se había esforzado en hacer su propio retrato y el de Godeliva. Los vestidos poco más ó menos eran los mismos; pero el conjunto era un trabajo tan grosero y tan imperfecto, que difícil hubiera sido adivinar la intencion del autor, si éste no hubiese escrito al pié en grandes caracteres: *Bavon y Godeliva*.

Sorprendido y casi triste porque la niña permaneciese inmóvil y no daba señales de alegría, dijo con acento confuso:

—Sí, Godeliva, no está bien hecho, ya lo sé. Lo he hecho en broma; es un recuerdo de cuando aprendimos á leer juntos.

Godeliva inclinó la cabeza y principió á llorar; las lágrimas caían de sus ojos como perlas.

—¡Qué es eso? murmuró el muchacho con asombro. ¡Por qué lloras?

—No lo sé, respondió ella. ¡Por que eres tan bueno para mí!

—Vaya, vaya, eso no es más que un juego, dijo Bavon. Si hubiese sabido que el pequeño retrato debía hacer te llorar, le habría rotó en mil pedazos.

—¡Oh! ¡romperlo! exclamó asustada Godeliva. ¡No hagas tal! Dame lo si te place.

—Pero si lo he hecho para tí, Godeliva.

—Gracias, Bavon: conservaré preciosamente el recuerdo de tu amistad.

Ella tomó el papel, y con el temblor con que se trabajara el retrato,

se lanzó fuera de la casa, diciendo que quería enseñárselo á su madre.

V

Al fin habia llegado el tiempo en que Bavon iba á abandonar la escuela para ser colocado en calidad de aprendiz en un taller de mecánica. Habia cumplido con exceso los catorce años y su educacion estaba terminada.

Cuando el director del colegio se enteró de esta resolucion, presentóse él mismo en casa de Damhout, para aconsejar á los padres de su discípulo que permitieran á éste continuar en la escuela, al ménos hasta la próxima distribucion de premios. No dudaba que Bavon se llevaria todos los primeros premios de la primera reparticion. Ser el primero de la escuela, seria para él un grande honor y más tarde podia ser un título á la proteccion. El director queria mucho á Bavon, á causa del buen corazon y vivo talento de éste, y ocultó á sus padres que deseaba ver alcanzar á su alumno predilecto el honor y la gloria de un triunfo.

De consiguiente, se decidió que Bavon continuaria en la escuela.

Hacia un mes que Godeliva habia sido colocada por sus profesoras en casa de una buena costurera. Como protegida por las hermanas, ganaba desde el principio un franco semanal. A causa de este salario exiguo, Wildenslag reprochaba con frecuencia á su mujer la necesidad de ésta, y procuraba conseguir de ella que Godeliva fuese á la fábrica.

Allí los niños no deben perder largos años en molesto aprendizaje, sino que inmediatamente ganan más dinero que en cualquier otro oficio.

Con todo, si bien no dejaba de manifestar su arraigada opinion sobre este punto, su mujer no queria oír hablar de ello.

Por la noche, despues de las horas de trabajo, Godeliva iba á casa de la señora Damhout. En su casa sufría demasiado con sus hermanas y hermanas, y su misma madre la inducía á buscar en otra parte la paz y el placer tranquilo que en su hogar no hallaba.

Por costumbre y por cariño, seguía recibiendo las lecciones de Bavon y

juntos se regocijaban del honor y la felicidad que en la próxima distribucion de premios le esperaban.

Sobrevinieron acontecimientos inesperados que sometieron á prueba la industria ganesa y de consiguiente á los obreros. Muchas cuestiones suscitadas por la revolucion de Julio en Francia, y por las jornadas de Setiembre en Bélgica, habian permanecido indecisas. No habiendo podido resolverlas las negociaciones entre las potencias, algunas de ellas amenazaron hacer valer sus derechos por medio de las armas. Todas las naciones, temiendo una guerra europea, reunieron precipitadamente sus fuerzas militares. Esto despertó un pánico general, cuyas primeras víctimas fueron, como de costumbre, la industria y el comercio. La exhuberacion de tejidos en los almacenes, algunas graves bancarrotas en Londres y París, el aumento de algodón en rama, resultado de haber provisto una interrupcion en los trasportes marítimos, todo vino á dar por resultado que los fabricantes no podian dar trabajo, sino con perjuicio propio, y se cerraron la mayor parte de las fábricas.

Solo en Gante, veinte mil obreros quedaron sin trabajo. Como quiera que el operario, hasta cuando gana mucho dinero y no tiene hijos, no piensa por lo regular en el dia de mañana, todos esos desgraciados pasaron repentinamente del bienestar á la miseria más profunda. Al principio todavia hallaron algun crédito en las tiendas y panaderías; pero á los quince dias quedó agotado este recurso, y entónces el hambre y la verdadera indigencia se apoderaron de esos millares de obreros con hijos y mujeres. Se les veia estacionados por grupos numerosos en las plazas, ó bien vagar por las calles, con el semblante pálido y la mirada apagada, murmurando y amenazando, y al parecer dispuestos á salir de la última miseria por medio de la violencia.

Movidos á compasion, esperando que tan grave situacion no duraria, algunos fabricantes ofrecieron á sus obreros trabajar con cierta reduccion de salarios, y así se abrieron de nuevo más de la mitad de establecimientos industriales.

Porque, un gran número de hilado

res y tejedores, re chazaron con indignacion tales proposiciones y reprocharon á los fabricantes el intento de querer por egoismo valerse de las circunstancias para rebajar el salario del trabajo. Despues de dos ó tres dias de excitacion, extraviados por la ignorancia y el hambre, corrieron en bandas furiosas hácia las fábricas abiertas y por medio de la violencia intentaron reducir las á la inaccion. Maltrataron á sus compañeros, que para llevar pan á sus mujeres é hijos, habian aceptado la reduccion; deterioraron los edificios y telares, y se entregaron á actos de violencia que hicieron necesaria la intervencion de la fuerza armada. Estos desórdenes infundieron á los fabricantes gran espanto y profundo pesar; las fábricas se cerraron de nuevo y millares de familias obreras fueron sumidas en espantosa miseria.

Sobre todo en casa de Wildenslag, era donde más se dejaba sentir la necesidad y las privaciones, porque tenian muchos hijos y habia la costumbre de vivir al dia sin preocuparse del porvenir. La señora Wildenslag pasaba una vida amarga y cruel. Toda la pena y el mal humor de su marido y de sus hijos caian sobre ella, y todo el dia no oia más que injurias y reproches, como si fuese la esclava destinada á sufrir en la familia, el descontento de todos los demás.

Godeliva, que participaba tambien de las brutalidades de sus hermanos y hermanas, era el único consuelo de su madre; porque al menos esta niña la queria y derramaba lágrimas de amor y compasion sobre su seno, cuando los demás la habian injuriado y maltratado.

En casa de los Damhout no se hizo sentir tan pronto la miseria. Los tenderos tenian más confianza en ellos y les concedieron mayor crédito, porque gozaban fama de gente económica. Además, la señora Damhout, á quien no escaseaba la costura, trabajaba sin descanso desde el amanecer hasta las once de la noche. Tal vez la heroica mujer poseia un rinconcito. Su celo, su deseo de evitar que su marido pudiese algun dia quejarse de la instruccion dada á sus hijos, permitia suponer que habia guardado algo para las necesidades imprevistas. Al prin-

empezar el mes, nada faltaba en su casa; aún invitaba con frecuencia á la pobre Godeliva, que tal vez tenía hambre, á cenar con ella. Empero, la joven se ruborizaba cada vez al recibir esta invitación, y rehusaba temblando, cual si la idea de recibir una limosna en esta casa la cubriese de horror y de vergüenza.

Los obreros hambrientos continuaban vagando por las calles de Gaute. Acostumbrados desde la infancia á una sola especie de trabajo y á un movimiento uniforme y limitado, eran incapaces de recurrir á cualquier otra faena. Ni siquiera se les ocurrió esta idea, y se habrían dejado morir de hambre con toda su familia, antes que buscar un recurso provisional en otra ocupación.

La larga duración de la huelga acabó por dejar sentir también la necesidad en la familia Damhout. En efecto, cuanto la mujer pudiese ganar con su tenaz trabajo de costura, no era bastante á pagar el alquiler y la manutención de cinco personas, y en las tiendas principiaban á presentar dificultades para seguir vendiéndoles al fiado.

Sostenido por el valor de su mujer, que como él mismo decía, trabajaba hasta gastarse los dedos, Damhout se esforzaba en hallar trabajo con que ganar algo en la ciudad. La primera semana no pudo conseguirlo, porque el temor á la guerra había paralizado más de una industria y centenares de desgraciados buscaban pan y trabajo. No obstante, al fin, por más que le costara, aceptó con otros el trabajo de limpiar y profundizar una letrina.

Su mujer se entristeció profundamente al verle emprender un trabajo semejante y quiso persuadirle á abandonarlo, diciéndole que no faltarían otros medios de vivir hasta hallar una ocupación mejor. Pero el marido, desesperado de su ociosidad y no queriendo que pesaran por más tiempo sobre su excelente mujer los cuidados de la casa, se resistió á ello y desde el día siguiente dió principio á un trabajo tan malo para él.

Lo sostuvo durante la primera semana; en realidad estaba profundamente triste y todos sus miembros quebrantados; pero todo lo disimulaba

y parecía de buen humor en presencia de su mujer y de sus hijos.

A pesar de ello, una tarde regresó á casa, se dejó caer sin fuerzas sobre una silla y dijo que tenía calentura.

En efecto, estaba muy pálido y de vez en cuando un temblor violento recorría todos sus miembros. Una expresión de secreto horror, una alteración de su semblante que nada bueno presagiaba, hicieron temer á la señora Damhout que se había apoderado de su marido una peligrosa y grave enfermedad. Reprimió su llanto para no inquietarle, le obligó á acostarse y le preparó tisana consolándole con la esperanza de una pronta curación.

Empero, el estado de Adriano Damhout empeoraba cada vez más; le dolía muchísimo la cabeza, tosía con un ruido sordo y se quejaba de un violento dolor de costado.

La mujer, inquieta, no sabía qué hacerse; no se atrevía á dejar solo á su marido, y no obstante, convenía llamar al médico precipitadamente. Yendo y viniendo, dijo en voz baja á su hija menor que fuese á avisar á la señora Wildenslag. Cuando, pasados algunos momentos, oyó abrir la puerta, bajó la escalera; refrió á su vecino que su marido había venido enfermo y le suplicó que velase junto á su lecho hasta avisar al médico.

Felizmente la señora Damhout halló el doctor en casa y dispuesto á salir; no necesitó acudir á las súplicas para decidirle viniese á visitar al enfermo prontamente. Después de algunas explicaciones, fué de opinión que se trataba, probablemente, de una pleuresía aguda, enfermedad con frecuencia mortal, cuando no se la combate con presteza.

Su presentimiento era fundado; examinado el enfermo, reconoció una inflamación de la pleura, y en consecuencia, su primer cuidado fué abrir una vena de aquel, y sacarle sangre en tan grande cantidad que el paciente cayó desfallecido.

Al ver la sangre de su esposo, la señora Damhout no pudo contener su dolor; prorumpió en llanto y continuó llorando con el rostro oculto entre las manos, mientras la señora Wildenslag ayudaba al doctor en su ministerio.

Cuando el médico vió al enfermo

volver en sí, escribió una receta y dijo:

—Que vayan por esto á la botica y dése de ello una cucharada de café por hora. No hay que desesperarse así, buena mujer; la enfermedad es grave cuando no se combate á tiempo; pero habeis hecho bien en llamarme al instante. Ahora estoy casi seguro de curar á vuestro marido. Mas pueden transcurrir algunas semanas antes de su restablecimiento. Probablemente deseará dormir, no le molesteis, ni le dirijais la palabra; necesita descansar. Bajad, oireis perfectamente si desea algo. Sobre todo, que no se le dé el menor alimento; eso podría matarle.

Y, cuando hubo bajado con las dos mujeres, dijo todavía antes de partir:

—Mucho valor; esta noche volveré á visitar al enfermo.

La señora Damhout se dejó caer sobre una silla y de nuevo principió á llorar á lágrima viva. A través de sus sollozos sólo se distinguían estas palabras:

—¡Desgraciado esposo! ¡pobres hijos míos!

Su vecina intentó consolarla é infundirla valor. Ora lo consiguiese, ora la conciencia de los deberes de madre y de esposa diese fuerzas á la señora Damhout, ello es que ésta cesó de llorar.

—Sí. Lina, dijo, tenéis razón; no debo entregarme á la tristeza y á la inquietud. Estoy sola, sola en todas partes. ¡Ah! ¡mi pobre Bavon! ¡Cómo decirle que han sacado á su padre tanta sangre! Pero no debo hablar así; procuraré ocultárselo. Hé ahí la receta, Lina; no puedo separarme de mi marido. ¿Tendríais la bondad de ir por la botellita?

—¡Vaya una pregunta! respondió la señora Wildenslag. Sin duda en este momento se murmura y se grita contra mí, porque he salido; pero sufriré cosas mayores para servirlos. No podeis permanecer aquí sola; os enviaré alguno que tal vez os sirva de mayor utilidad que una sirvienta mercenaria.

La señora Damhout, al verse sola, escuchó con el corazón palpitante, desde el pie de la escalera, y aún subió hasta arriba, con objeto de calmar su inquietud. Oyó respirar á su marido, pero él no se movía y parecía

pero el enfermo no se movía y parecía dormir.

Esto la animó, algún tanto; bajó de nuevo la escalera, se sentó en una silla, juntó las manos y principió á rezar alzándolas al cielo.

Godeliva entró en la estancia, llevando en la mano una botellita que depositó sobre la mesa; luego se acercó á la señora Damhout, la abrazó cariñosamente y se puso á llorar en silencio sobre su seno.

La tierna compasión de la niña arrancó nuevas lágrimas á la señora Damhout; pero despues de haber compadecido unos instantes la desgracia de su esposo, se hizo dueña de sí misma y preguntó:

—¿Godeliva, no vas á tu taller, cuando has ido por la botella?

—Mi madre ha ido por ella; se ha presentado en nuestro almacén y ha hablado con la señorita. Puedo permanecer en casa todo el tiempo que quiera; aún más de una semana.

—¿Por qué permanecer en casa? Murmuró la señora Damhout, quien principiaba á sospechar la verdad.

—¡Os hallais tan sola! para ayudarnos á cuidar al señor Damhout y despachar vuestros encargos.

—No, no, hija mía; es demasiada bondad la de las dos; yo haré quedar en casa á Bavon. Tú no puedes interrumpir tu aprendizaje; eso podría perjudicarte.

La jóven juntó las manos en actitud suplicante y dijo:

—¡Habeis sido siempre tan buena y cariñosa para conmigo! A vos es á quien debo haber podido aprender á leer. No rebaseis mis insignificantes sacrificios, os lo ruego. Mi madre y mi señora me han permitido pasar á vuestro lado todo el tiempo que pueda seros útil. Dejad en su escuela á Bavon, de lo contrario no podré obtener los premios. Esto sería para él, para vos y para su padre, un grave disgusto.

Y sin esperar contestacion, colocó las sillas en su sitio y tomó una escoba para barrer la estancia.

La señora Damhout la contempló un momento con entusiasmo, se dirigió hácia ella y la besó murmurando:

—Pues bien, mi pobre Godeliva, acepto tu auxilio durante un par de días, hasta que mejor me podes

marido. Dios premiará tu gratitud y tu excelente corazón.

Por la noche, cuando regresaron á casa Bavon y su hermana Amelia, se les dijo que su padre tenía calentura y no podía turbarse su reposo. El muchacho, por la tristeza de su madre y el silencio de Godeliva, comprendía perfectamente que era grave la enfermedad de su padre. Lloró en silencio hasta tanto que el doctor, que había venido á visitar al enfermo una vez más, bajó la cabeza y dijo con acento risueño:

—Tranquilízalos, buena mujer, la enfermedad no tendrá consecuencias mortales; pero por ahora nada de alimentos y el reposo más absoluto.—No llores, hijo mío, tu padre sanará, no lo dudes.

Esta seguridad infundió á todos valor y esperanza; y desde entonces disminuyeron la pena y la ansiedad.

Bavon y su hermanita iban á la escuela como ántes. Godeliva trabajaba como una verdadera sirvienta; llegaba muy de mañana á casa de la señora Damhout, barria y arreglaba el cuarto, iba por agua, servía el café y desempeñaba todos los encargos, de suerte que la pobre mujer podía consagrar á la costura, su único recurso, las horas que no pasaba á la cabecera de su marido.

En esto, sobre todo, la presencia de Godeliva era un beneficio para la familia; pero á pesar del salario de la aguja, se dejaban vivamente sentir las privaciones, y la infeliz Cristina luchaba con una miseria creciente.

La enfermedad de su marido le ocasionaba gastos extraordinarios: había ya en secreto empeñado sus pendientes y otras alhajas insignificantes. ¡Qué es lo que habría ocurrido, si ella no hubiese podido disponer de un momento para trabajar!

Godeliva comprendía de qué modo podía ser más útil. Trabajaba con una perseverancia asombrosa, y cuando no sabía qué hacer, tomaba el hilo y la aguja y ayudaba á coser la prenda más ordinaria.

En algunos días había mejorado insensiblemente el estado de Adriano Damhout, pero avanzaba muy lentamente su completa curación. Efectivamente, después del primer día, el doctor le había sangrado dos veces;

además, le había prohibido tomar el menor alimento. Nada tenía, pues, de particular que el pobre hombre hubiera enfriado en poco tiempo como un esqueleto y estuviera tan débil que no podía hablar.

Tan pronto como su estado permitió la compañía, la señora Damhout y Godeliva fueron á coser junto á la cabecera de su cama, le animaron y consolaron con todo género de palabras tiernas. Bavon pasaba igualmente parte de la velada junto á la cama de su padre.

Algo extraño ocurría al muchacho. Estaba sombrío y desanimado; los demás, seguros de que el enfermo curaría, manifestaban alegría y sonreían á la esperanza de mejores días; pero ya ninguna sonrisa entreabría los labios de Bavon. Se hubiera dicho que algo le pasaba en el corazón.

Esta disposición de ánimo no hacía mas que aumentar y cambiarse en una especie de despecho secreto. Cuando su madre, en vez de ir á acostarse, continuaba trabajando sola hasta muy avanzada la noche.

Con frecuencia, ella le decía que no podía hacer otra cosa; que pues al padre le era imposible trabajar, ella debía procurar alguna ganancia para luchar contra la necesidad.

El muchacho nada contestaba, pero iba á acostarse descontento y murmurando.

Algunos días después, Bavon había recobrado su alegría. Ya era él quien infundía valor á los demás. Como hacía poco que iba á la escuela mas temprano que de costumbre, suponían que había triunfado en el concurso para los premios, y él no desmentía las suposiciones. Todos, pues, se alegraban con él de su probable triunfo.

Cuando Adriano Damhout se halló completamente fuera de peligro, el doctor creyó que era tiempo de restaurar gradualmente las fuerzas del enfermo. En su consecuencia, un día le dijo á la señora Damhout que debía preparar un buen caldo de ternera, y dar de tiempo en tiempo una taza del mismo á su marido.

Grandes fueron la pena y el rubor de la buena mujer. Debía el alquiler de dos meses; había dado todo su salario de la semana al panadero, como objeto de que le siguiera fando algu-
n

tiempo más. Nada había en la casa de bastante valor para ser empeñado. Y he ahí que se necesitaba carne, buena carne de ternera, para devolver las fuerzas á su marido. ¿Cómo procurársela sin dinero?... Se acordó de la Junta de beneficencia; pensó en implorar la caridad de alguna persona rica; pero estos recursos la horrorizaron y temblaba á la sola idea de pedir una limosna.

Así, reflexionando con tristeza, abrió maquinalmente el cajon de la cómoda, en donde guardaba su dinero, cuando lo tenía. Lanzó un grito de sorpresa: hacia quince dias que el cajon estaba vacío... y ahora brillaba á sus ojos una moneda de cinco francos. ¿Cómo esta moneda se encontraba allí? ¿Era el mismo Dios quien habia compadecido su miseria!

Pero no, aquello no podia ser un milagro.

¿Godeliva? Pero Godeliva no tenia dinero y sus padres se hallaban en la indigencia más horrorosa. En su semblante pálido y sus hundidas mejillas podia verse que el hambre las devoraba. Además, Lina Wildenslagnu ocultaba que con frecuencia pasaban dias enteros sin comer. Y hasta la señora Damhout la habia obligado á aceptar algunos sueldos en calidad de salario de Godeliva. Indudablemente, Lina hubiese rehusado en cualquier otra circunstancia; pero con las lágrimas en los ojos habia dicho que la miseria la forzaba á olvidarse de su corazon.

¿De dónde procedia, pues, aquella moneda de cinco francos?

La señora Damhout, sin buscar por más tiempo una explicacion que no podia hallar, se dijo á sí misma:

Dios bendiga á nuestro desconocido bienhechor sea quien fuere!... ¡Ah, qué excelente sopa voy á poder hacer!... Y si algo es capaz de curar á mi pobre marido, seguramente será este socorro que nos aparece de una manera tan generosa y misterioso á la vez.

Poco tiempo despues el caldo se calentaba en la sarten; un olor apetitoso llenaba la casa, y el enfermo desde su lecho, saboreaba de antemano el anunciado banquete.

La señora Damhout refirió á su marido y á Godeliva la aparicion de aquella moneda de cinco francos que jamás se habia hallado en su cómoda

y que sin duda habia llovido del cielo. No se habló de otra cosa durante toda la velada; nadie pudo indicarle nada que le ayudase á descubrir al bienhechor desconocido. Bavon se devanó tambien los sesos pero sin resultado.

Con todo, recibíéronse noticias más favorables, concernientes al estado político de Europa; decian que no se alteraria la paz y anunciaban que varias fabricas iban á reanudar sus trabajos.

Al domingo siguiente, muy temprano, mientras Bavon habia ido á la primera misa, la señora Damhout, queriendo tomar del cajon algunos sueldos, con objeto de comprar café, vió en un rincon cuatro monedas de á franco, colocadas unas al lado de otras, en evidencia.

Grande fué su asombro; contempló el dinero durante algunos momentos, cerró el cajon y salió lentamente meneando la cabeza.

En la tienda, en tanto le servian el café, le dijo el tendero:

—Los tiempos son crueles, ¿no es cierto, señora Damhout? Esperamos que cambien pronto. Dicen que hay buenas noticias de París y que no tendremos guerra. Vuestro marido está bueno ahora; ¡loado sea Dios! estará curado al reanudar el trabajo. Empero, por una cosa os compadezco, y es que la necesidad os haya obligado á retirar de la escuela á Bavon, antes de la distribucion de premios. Es una lástima: el valiente muchacho hubiera alcanzado un triunfo.

—Os equivocais: nuestro Bavon continúa asistiendo á la escuela.

—Nada de eso; ha dejado de asistir á ella dos semanas hace.

—Pero os equivocais; eso es imposible, exclamó atónita la señora Damhout.

—¿Cómo! ¡ha dejado de asistir á la escuela sin saberlo vos! dijo la tendera. Lo he sabido por un maestro de segunda clase que estaba ayer en la tienda de mi hermano el pastelero. Hace quince dias que no han visto en la escuela á vuestro Bavon. ¡Qué chicos, qué chicos! Aunque se les pusiera un freno, habian de apartarse del buen camino.

La señora Damhout salió de la tienda; tenia el corazon desgarrado y debia violentarse para reprimir las lá-

grimas que hinchaban su oprimido pecho. ¡Bavon había abandonado la escuela tanto tiempo hacia sin saberlo su padre? ¡El pobre muchacho andaba con malas compañías? ¡Había entendido una senda que debía conducirle al mal ó al vicio? Pero eso le parecía imposible. ¡Qué misterio encerraba, pues, esa conducta inexplicable de su hijo? ¡Sería ella víctima de un segundo infortunio? ¡La instrucción había producido en él tan malos frutos? ¡Qué desencanto! ¡Qué pesada responsabilidad la de ella ante su marido!

En tanto era presa de esta cruel incertidumbre, entró Godeliva. La madre comprendió que no podía acusar á su hijo en presencia de la joven; tampoco quería disgustar á su marido antes de recibir la boca del mismo Bavon la explicación de su conducta.

Godeliva notó que la señora Damhout se hallaba triste y agitada, y cuando se hubo informado de que el enfermo seguía bien, no supo qué pensar, ni se atrevió á pedir nuevos informes.

Otro tanto ocurrió á Bavon, quien al regresar de la iglesia, halló algo duro en la mirada de su madre y quiso saber lo que la afligía.

Su madre dió tan sólo contestaciones breves y evasivas, hasta el momento de que Godeliva salió á su vez para ir á mi a. Entonces, asió de la mano á su hijo; lo miró con aire severo y solemne; le condujo á un rincón de la estancia, lejos de la escalera, y le preguntó temblando:

Bavon, ¿es cierto que hace quince días faltas á la escuela?

El niño se ruborizó hasta las orejas y bajó la cabeza.

—Habla, Bavon. No prolongues esta penosa duda. ¿Es cierto?

—Es cierto, madre mía, respondió Bavon.

—¡Desgraciado! exclamó la madre: hace dos semanas que has dejado de ir á la escuela. Tiemblo y no me atrevo á preguntarte en qué compañía has pasado esos diez días. ¡Ah, Bavon! ¡y yo que creía que me amabas! ¡Dios mío! Debo saber la verdad por terrible que esta sea. Habla, hijo mío, dime, ¿qué has hecho durante ese tiempo?

Bavon la miró atrevidamente al

rostro y respondió con cierto orgullo:

—Madre, trabajo en una fábrica.

—¿Trabajas en una fábrica?

—En una fabrica de bujías, hace dos semanas.

Un rayo de luz penetró en la imaginación de la señora Damhout; sus ojos resplandecieron; extendió su mano temblorosa hacia la cómoda, y preguntó:

—¿Ese dinero, esa moneda de cinco francos, esos cuatro francos?...

—Es mi salario, balbuceó él.

—Cristina lanzó un grito de alegría; rodeó el cuello de su hijo con sus brazos; le estrechó contra su pecho y bañó su frente con sus lágrimas.

El niño se esforzó en hacerle comprender que no merecía una recompensa tan grande y que él no había hecho otra cosa que cumplir con su deber. Su única pena consistía en no haber hallado medio de ganar más y librar á su pobre madre de la fatiga de trabajar durante la noche.

Cuando la madre hubo calmado un tanto su emoción, atrajo á su hijo hacia una silla al lado de ella y le pidió que se le refiriera todo.

—Os veía trabajar siempre, siempre, á tí y á Godeliva, respondió él. Cuando me acostaba, después de haber velado contigo hasta después de la media noche, permanecías aún sentada y continuabas consiéndolo. Mi padre estaba enfermo, la necesidad se hacía sentir en casa. Sólo yo nada hacía para ayudarte; mi conciencia no estaba tranquila, mi corazón me reprochaba mi cobarde ociosidad. Pasados algunos días de vergüenza y desesperación, me dirigí al director, mi maestro, y le dije, sin ocultarle nada, lo que en casa ocurría, y como yo había resuelto abandonar la escuela con objeto de procurarme algún trabajo, y ayudar en su miseria á mi pobre padre y á mi buena madre. Igualmente le dije que por algún tiempo te ocultaría mi resolución, convertido como estaba de que si la conocías, me impedirías llevarla á cabo. Yo creía que desaprobaría mi proyecto, más no fué así; me apretó la mano y ensalzó mucho lo que él llamaba mi valor y el sentimiento de mi deber. Cuando comprendí que yo no sabía en donde buscar trabajo, me prometió hablar en persona á algunas de sus relaciones, y

aquella misma tarde me habia encontrado una colocacion en una fábrica de bujias. Yo no tenia otra ocupacion que la de atar las bujias en paquetes, colocarlas en cajas de madera y finalmente marcar algunas letras y cifras sobre estas cajas. Ganaba sesenta céntimos diarios, y al fin de la semana me dieron una gratificacion, porque estaban satisfechos de mi trabajo. ¡Oh, madre mia, cuán feliz me ha hecho esa moneda de cinco francos! Ella debia socorrerlos y consolarlos en vuestra indigencia. No lo habeis advertido; pero, cuando ví á mi pobre padre tomar sonriendo el caldo fortificante, y le oí predecir que esto indudablemente le curaria, bajé y fui á ocultarme al extremo de la callejuela; detrás de una tapia, para djar correr las lágrimas de alegría que henchian mi corazon. ¡El primer dinero que habia ganado trabajando iba á contribuir á devolver la salud á mi padre!... Esta idea me colmaba de felicidad... No me ensalces, pues, madre adorada, porque estoy bastante recompensado.

La señora Damhout, conmovida hasta el fondo de su alma, se levantó y subió pacipitadamente al piso superior, sin hacer caso de las súplicas de Bavon, quien extendia las manos para detenerla.

Poco despues, la voz del padre Damhout resonó con fuerza hasta el pié de la escalera,

¡—¡Bavon, Bavon! gritó; ven ven.

El muchacho no pudo resistir al llamamiento de su padre: subió vacilando, y como viese dos brazos temblorosos extendidos hácia él, abrazó á su padre con frenética efusion.

Damhout dió gracias y elogió á su hijo por su bella y valerosa accion; su mayor alegría consistia en que Bavon se hubiese declarado obrero espontáneamente. Con todo, á fin manifestó cierto pesar, porque su hijo trabajaba en una fábrica de bujias; esto no le parecia precisamente la mejor colocacion.

A esta advertencia, contestó el muchacho que con la intervencion de su director habia obtenido trabajo en la hilandería del señor Verbeeck. Allí, espurgaria el algodón durante algun tiempo y separaria sus diferentes clases; luego seria colocado en la pri-

mera máquina, y así sucesivamente, con objeto de adquirir práctica y adelantarse poquito á poco.

Todo esto llenó de alegría al padre Damhout, porque era en efecto el mejor medio de adelantarse en una fábrica de algodón. Bavon seria un dia capaz, el venturoso padre no lo dudaba.

Cuando se hubo recobrado la calma suficiente para hablar de cosas menos conmovedoras, se decidió que desde el dia siguiente, Godeliva volveria á su taller. En efecto, Damhout ya no tenia necesidad de ser cuidado constantemente, porque en aquel mismo dia podia permanecer levantado algunas horas. Con los cuatro ó cinco francos semanales que ya Bavon ganaba, era posible esperar mejores dias.

Por la tarde, mientras Bavon estaba ocupado en enseñar algo en un libro á Godeliva, subió la señora Damhout, se sentó junto á la cama de su marido y dijo con aire de triunfo:

—Y bien, Damhout, ¿crees aún que la instruccion conduce á los hijos de los obreros al orgullo y la vagancia? ¿Qué niños hay en la vecindad tan cariñosos, tan juiciosos y tan buenos como Bavon y Godeliva?... y todo porque son instruidos y saben distinguir lo bueno del malo.

Los ojos del artesano se cubrieron de lágrimas.

—No, no, Cristina, dijo apoderándose de la mano de su mujer; no es esa la única causa de su buen carácter; es tu corazon que palpita en tu pecho. Una madre como tú es la bendiccion de Dios sobre el hogar.

A Principios de la semana próxima se abrieron algunas fabricas; pero, esperando noticias ciertas sobre la paz europea, no recibieron sino un número limitado de obreros.

Bavon trabajaba en la hilandería de M. Verbeeck; vestia ahora sus peores ropas, y como á causa de la naturaleza de su trabajo estaba constantemente cubierto de copos de algodón, ya no parecia tan aseado como antes. Esto con frecuencia daba que reir á Godeliva, cuando por la noche regresaba de su taller, y se burlaba de él, llamándole el pol de algodón. Pero él, en vez de enfadarse, no hacia sino reir, y estaba envenecido de servir de alguna utilidad y de poder ayudar á sus padres.

A pesar de la necesidad y de la lenta convalecencia del padre Damhout, todo el mundo era dichoso en esta casa. El corazón de la madre, sobre todo, estaba lleno de un sentimiento de orgullo y beatitud.

El padre Wildenslag y sus hijos, aunque llamaban á todas las fábricas en busca de trabajo, no habían conseguido hallarlo. En la última revuelta habían llamado la atención por su violencia y su furor; como ahora los fabricantes sólo elegían los mejores obreros, ninguno de ellos quiso admitir en su establecimiento á los factores de la confederación contra las fábricas.

La industria en Francia había recobrado al parecer más vida y desarrollo, porque se vieron llegar á Gante algunos comisionados, con el encargo de reclutar obreros para ciudades del departamento del Norte.

Wildenslag y sus hijos acogieron con alegría esta favorable ocasión de librarse de la indigencia y aceptaron sus condiciones. Se les pagarían los gastos del viaje y en Francia ganarían un salario más considerable que en Bélgica.

Seguramente, en otras circunstancias la idea de abandonar su ciudad natal, habría asustado y entristecido á la señora Wildenslag; pero en la actualidad consideraba este viaje como una felicidad inesperada.

En efecto, salía del abismo de la miseria más profunda. Además, regresarían cuando el trabajo abundase en Gante. Su ausencia, pues, se prolongaría todo lo más algunos meses.

Lina Wildenslag fué á anunciar con grande alegría su próximo viaje á Francia á todas sus vecinas.

Cuando llegó á casa de los Damhout, iba acompañada de su marido, quien había recobrado su buen humor y hacía gala del crecido salario que se ganaba en Francia.

—¡Ahí, decía, un obrero come carne dos veces al día y bebe cerveza y algunas veces vino, lo mismo que un rico. Será una vida divertida y una continua francacheta!

La señora Damhout recibió esta noticia con tristeza. La apenaba la idea de que Godeliva seguiría á sus padres y ya no volvería á verla en mucho tiempo! Pero como no podía conside-

rar la partida de Wildenslag más que como una cosa muy natural y como un medio de librarse de la miseria, no hizo la menor objeción; únicamente compadecía á Godeliva de verla obligada á abandonar su taller, en donde tan bien se hallaba, y en donde podía esperar un adelanto inmediato.

La señora Wildenslag lo sentía también; pero pensaba que era posible hallar en Francia otro taller apropiado para Godeliva.

En cuanto á ello, Wildenslag respondió:

—Vaya, vaya, con tu taller!.. Godeliva se ha robustecido bastante. Cuando vea á sus hermanos ganar mucho dinero, también ella querrá trabajar en una fábrica.

Cuando hubieron salido sus vecinos; la señora Damhout meditó largo rato acerca de las palabras de Wildenslag. No sabía porque la afligía la idea de ver en una fábrica á Godeliva. En verdad, ella había soñado para la niña un porvenir muy diferente; pero su propio hijo no trabajaba acaso en una fábrica? Con todo, no era lo mismo: Bavon podía llegar á capataz.

Procurando vencer su tristeza, se dijo que la señora Wildenslag probablemente se las arreglaría de manera que su Godeliva continuase en Francia su oficio de costurera; la ausencia de sus vecinos no sería larga, pues todo hacía suponer que el trabajo no tardaría en principiar de nuevo en Gante. Además, la cosa no tenía remedio. Los Wildenslag hacían perfectamente en aceptar con alegría el áncora de salvación que les tendían.

Cuando, por la noche, Bavon regresó á casa, su madre le participó que los Wildenslag habían resuelto partir para Francia dos días después, al rayar la aurora.

Esta noticia impresionó á Bavon de una manera extraña: inclinó la cabeza, bajó los ojos sin pronunciar una palabra y ni siquiera respondió, al preguntarle su madre por qué se afligía de lo que en definitiva era una felicidad para los padres de Godeliva. Al fin dijo con resignación:

—En efecto, madre, para ellos es una felicidad. Estaba tan acostumbrado á encontrar aquí todas las noches á Godeliva... Ahora estaré solo, siempre solo contigo; pero ya no soy niño,

Si Godeliva hace fortuna y es dichosa en Francia, no me causará su ausencia tanta pena. Tienes razon, madre, el hombre debe hacerse superior á la suerte. Además, quien sabe si nuestros vecinos volverán dentro de algunos meses?...

Bavon se dejó caer sobre una silla, permaneció largo rato abismado en profundas reflexiones, con la mirada fija y exhalando de cuando en cuando un fuerte suspiro, cual si oprimiera su pecho una pesada carga.

Era ya tarde, cuando Godeliva apareció en la estancia, con el semblante en los ojos, y anunció, entre lágrimas y sollozos, su próxima partida para Francia.

A pesar de la pena que él mismo experimentaba, y de qué se veía precisado á disimular todos los dolores del mundo, Bavon intentó consolar á la joven. Dambout y su mujer le ayudaron á ello, pero Godeliva estaba inconsolable.

Finalmente, cuando ésta tuvo la fuerza de articular algunas palabras inteligibles, á través de sus sollozos dijo porque esta partida la asustaba y afligía tan profundamente. Recordaba la infinita bondad con que la señora Dambout la había tratado siempre, la amistad que Bavon le había profesado; habló de beneficios, de generosidad y compasion para una pobre niña abandonada; llamaba á la señora Dambout su buena madre y á Bavon su profesor y su hermano. Todo iba á perderlo. El mundo sería un desierto para ella; iba á abandonar tal vez para siempre cuanto más había amado.

La niña tenía palabras tan dulces, tan tiernas y conmovedoras, el amor de su corazon hacía sus bienhechores se revelaba tan ingénua y ardientemente, que todos quedaron conmovidos en el alma.

La señora Dambout estrechó á la niña contra su pecho y se esforzó en consolarla con muestras de viva afeccion.

Bavon había apoyado la cabeza sobre la mesa y lloraba amargamente; su dolor era mudo, su pecho no exhalaba una sola queja, porque sabia que nada existia capaz de resistir á la necesidad.

Continuaron llorando hasta que la

señora Wildenslag vino á buscar á su hija.

Al dia siguiente experimentaron algun alivio. Cansada de llorar, consolada y alentada por las palabras amistosas de la señora Dambout y Bavon, Godeliva habia principiado poco á poco á mirar las cosas con menos desolacion, gracias á la esperanza que conservaba de regresar en breve á Gantes con sus padres.

Cuando la familia Wildenslag, hombre, mujer é hijos, con un paquete en la mano cada uno, abandonaron la callejuela al despertar el dia, para emprender su viaje á Francia, Bavon acompañó á su joven amiga.

Caminaba al lado de Godeliva y llevaba el paquete de ésta. No lloraban y hablaban poco, estaban apesadumbrados; no abrian la boca sino para consolarse mutuamente, porque ambos presentian que esta separacion, por corta que fuese, les causaria mucha pena. Y en su candor, uno otro se comprometian á no acordarse demasiado del tranquilo placer y la apacible ventura que juntos habian disfrutado en los hermosos dias de su infancia.

Llegaron á la puerta de la ciudad, y como ya era hora de que Bavon se dirigiese á la fábrica, no podia seguir acompañando á los Wildenslag.

Bavon y Godeliva, obedeciendo á un mismo impulso, se asieron de las manos, cambiaron una larga mirada, cuya significacion ni ellos mismos comprendian, y murmuraron con voz ahogada:

—Adios, Bavon!—Adios, Godeliva!—Hasta la vuelta!

Brotaron lágrimas de sus ojos; pero la joven, sintiendo desfallecer su valor, exhaló un grito doloroso, y corrió á reunirse con sus padres que se habian adelantado en el camino.

Bavon permaneció inmóvil; seguia con la vista á la pobre Godeliva, que se arrastraba detrás de sus padres, con la cabeza baja y vacilando. Esperaba que volviese una vez más la cabeza hacia él; pero los viajeros llegaron al volver de la esquina y desaparecieron todos á la vista de Bavon.

Entonces le pareció que algo se desgarraba con violencia de su corazon. El vacío horroroso que de repente se habia formado en él y en torno de él,

le cubría de estupor, y meneaba la cabeza, cual si deseara explicarse la turbación de su sentidos.

Des hizo el camino andado y se dirigió hacia la fábrica. La imagen de Godeliva le seguía á todas partes, con la extraña mirada que sus ojos habia visto. La palabra ¡adiós! sin cesar resonaba en sus oídos; pero el trabajo es un bálsamo poderoso; presta al hombre una fuerza extraordinaria contra los fantasmas que le persiguen.

Antes de terminar el primer día, ya el dolor de Bayon habia disminuido, y aunque pensara aún en Godeliva y su partida, la calma y la paz habian penetrado de nuevo en su corazón.

Por la noche, cuando regresó á casa, tomó sus libros como de costumbre, pero más de una vez aconteció que levantaba la cabeza de repente y miraba sin saberlo en torno suyo, cual si buscara á alguno con la vista; á veces se levantaba al menor ruido y se dirigía hacia la puerta. Algo le faltaba, y aunque su propia distracción la hiciere reír, inquietaba á la madre la singular atención de su hijo.

Así, hablaba poco de Godeliva con él, y cuando ésta la obligaba á hablar de la amiga ausente, desviaba la conversación en lo posible. Su amor maternal le decía que no debía alimentar la profunda tristeza de su hijo, bien que ella se acordase de Godeliva más que su hijo mismo.

Así se pasaron quince días. Bayon parecía curado de la ausencia de Godeliva y si todavía hablaba de ella, lo hacía con calma y discreción.

El padre Dambout estaba casi restablecido. Se habia dirigido ya á la fábrica de M. Raemdouck para ser admitido en ella. Una semana más y resaudaría su oficio de hilador.

Un día, un profesor de la escuela comunal se presentó en su casa para invitarles á todos, en nombre del director, á la distribución de los premios, fijada para el siguiente lunes. Era muy cierto que Bayon, no habiendo continuado en frecuentar la escuela, no tenia derecho á los premios; pero los profesores habian decidido que su celo, sus progresos y sobre todo su bella conducta, merecian una recompensa pública. En vista de ello, Bayon seria agraciado con un premio extraordinario. El mismo y sus pa-

dres no podian dispensarse de asistir á la solemnidad de la distribución de premios. Sin duda alguna regresarian á su casa envanecidos y contentos.

VI

La sala en que iba á verificarse la repartición de premios de la escuela estaba llena de bote en bote. Los asistentes eran en su mayor parte padres y madres de los alumnos, y por lo mismo artesanos y gente de modesta posición. Con todo, hacia delante notábanse tambien algunas señoras y caballeros, quienes, inspirándose en un sentimiento noble, iban á honrar con su presencia, la repartición de premios de la escuela gratuita.

Adriano Dambout y Cristina, su mujer, se hallaban sentados en el quinto ó sexto banco, en medio del público; su hijo Bayon se hallaba entre los estudiantes, ocupando el sitio que los profesores le habian designado.

Todo estaba preparado, y hacia un momento que las campanas de la iglesia habian dado la hora, cuando de repente se abrió la puerta con estrépito. El burgomaestre de Gante, acompañado de algunos regidores y consejeros, entró y se adelantó hasta cerca del estrado, en donde grandes sillones estaban reservados á las autoridades. Adriano Dambout murmuró con alegre asombro al oído de su mujer:

— Cristina, no has visto entrar á M. Raemdouck con el burgomaestre?

— M. Raemdouck, el dueño de la fábrica?

— Sí, mira, enfrente de nosotros, en la segunda silla, al lado del burgomaestre, á su izquierda. Es M. Raemdouck en persona.

— Se comprende perfectamente, Adriano, porque hace un año que M. Raemdouck es consejero municipal.

— Sí, debe estar muy ocupado en el consejo, porque ahora no cuida tanto de la fábrica; el decano de los dependientes es quien lo dirige casi todo. Ah, Cristina, ignora la causa, pero me gusta mucho ver aquí á M. Raemdouck.

— Y á mí tambien, Adriano. Así tu aún verá que eres un padre y que has dado instruccion á tus hijos.

El ruido de la campanilla, anunciando que iba á principiar la solem-

lidad, interrumpió esta conversacion.

Uno de los consejeros habia subido al estrado y pronunció un discurso de apertura. Habló de la necesidad de la instruccion para todas las clases sociales, y, sobre todo, aconsejó á los obreros que no dejaran á sus hijos en la impotencia y la esclavitud de la ignorancia.

Dijo al terminar su peroracion:

—Oid, amigos míos, oid como habla á sus compañeros M. Dauby, tipógrafo de Bruselas:

«La instruccion, dice, es actualmente una necesidad para todos, cualquiera que sea la carrera ó profesion á que se dediquen. No ser instruido, cuando otros lo son, coloca al hombre en una situacion muy inferior. Las ventajas de la instruccion no consisten solo en saber leer, escribir y calcular, sino que tambien en desarrollar la imaginacion, desarrollar la inteligencia y formar la razon; ella enseña á observar y comparar; da al hombre luces y fuerzas para llenar sus deberes y defender sus derechos. Bien lo sabeis, compañeros; la industria se trafo ma sin cesar: el obrero debe progresar tambien y seguir á los demás, si no quiere quedarse atrás y que le aplasten. Si la maquinaria le quita su trabajo material y corporal, para no dejarle mas que el trabajo del espiritu, es igualmente un perfeccionamiento; pero sólo con la condicion de que el obrero sepa elevarse á la altura de su nueva mision. ¿Quién le ayuda á á ello? La instruccion, la ciencia, que desarrolla la imaginacion é infunde al hombre nuevas fuerzas, fuerzas mucho más potentes que las de un brazo, porque no temen la fatiga, ni los años; la ciencia, que le abre nuevos caminos, que con menos fatigas físicas le procura mayor salario; la ciencia que disminuye la antigua desigualdad entre los hombres y puede contribuir á hacerla desaparecer enteramente, mucho más que las utopías insensatas de lo que desean la repartition de bienes, cuyo resultado más seguro seria la igualdad de la pobreza. Bendigamos, pues, á fuer de artesanos, el progreso de las escuelas, la difusion de las luces, como la gloria más bella de nuestro siglo. En cuanto á nosotros, consideramos cada escuela como un templo elevado á la

dignidad y al bienestar de la clase obrera!»

—Tales son, amigos míos, las nobles palabras que uno de vuestros compañeros os dirige. Grabadlas en vuestro corazon y seguid el sabio consejo que encierran; porque él os señala el medio de doblar vuestras fuerzas de aumentar el bienestar, y de elevar y ennoblecer el trabajo del obrero en el porvenir.

Este discurso, pronunciado con fuerza y conviccion, habia impresionado profundamente al auditorio. Solo despues de un momento de religioso silencio resonaron los aplausos. Entre los que aplaudian y gritaban bravo, con entusiasmo, sobresalia la señora Damhout. La buena de Cristina habia oido justificar elocuentemente su manera de pensar, y sentia que las palabras del consejero eran un elogio de su propia conducta hacia sus hijos.

—¿Y bien, Adriano, preguntó con aire triunfante, tenia yo razon, si ó no? Ese caballero sabe más que Juan Wilhelmslag, no es cierto? Y tu has olvidado que existen obreros inteligentes que piensan como yo acerca de la instruccion de sus hijos?

Damhout hizo con la cabeza un signo afirmativo; pero no tenia tiempo de contestarle, porque los ejercicios de los escolares principiaron inmediatamente y se prolongaron sin descanso.

Recitáronse algunos versos y fábulas y áun se representó una divertida comedia, entre los aplausos repetidos de los espectadores, quienes se abanotonaron y envenecidos de la instruccion de sus hijos.

Finalmente, se procedió á la repartition de los premios. Un gran número de muchachos de todas edades, los pequeños antes, fueron llamados alternativamente y recibieron uno ó varios libros.

Muchas madres derramaron lágrimas de felicidad y de orgullo; algunas estrecharon públicamente á sus hijos contra su corazon, haciendo redoblar con esta sencilla expansion de amor y júbilo, los aplausos de los conmovidos espectadores.

Cuando le hubo llegado el turno á los alumnos de primera clase, y Bignon vió los libros desaparecer de la mesa uno tras otro, un ligero temor

se apoderó de él. Si hubiera continuado asistiendo á la escuela, seguramente habria obtenido la mayor parte de aquellos premios. Hubiera compartido todo el honor que acababan de tributar á sus antiguos compañeros! Ese triunfo público, en presencia del burgomaestre y de los demás magistrados, cuán felices hubiera hecho á su buena madre y á su pobre padre!... Ahora solo recibirá un premio, un premio insignificante, una vez que ya no quedaban libros grandes sobre la mesa.

Bavon se entristeció todavía más, cuando vió desaparecer igualmente el último premio; pero vino á sacarle de sus sombríos pensamientos la aparición del director, quien se adelantaba sobre el estrado, con objeto de dirigir la palabra al público.

El orador era un hombre de cabeza cana; habia en su hermoso é imponente rostro una expresion de bondad, de convicción y de amor, que hacia suponer que aquel anciano consideraba la instruccion de los niños como una especie de sacerdocio.

Principió su peroracion con acento tranquilo, pero profundamente tranquilo. Sus primeras palabras asombraron y llamaron especialmente la atencion de todos, porque refirió una anecdota de artesanos; un padre y una madre, que á costa de grandes sacrificios habian dado instruccion á su hijo, y que aun en medio de la miseria, de las enfermedades y de toda suerte de privaciones, habian preferido sufrir el hambre á retirar á su hijo de la escuela. Elogió mucho á estos padres, les llamó ciudadanos nobles y dignos y les citó como ejemplo á cuantos le escuchaban.

Como no nombraba á nadie, creyó que sería invención suya; pero á pesar de ello, el valor y los sacrificios de aquellos padres imaginarios arrancaron lágrimas de admiracion á los ojos de todos los circunstantes.

Cristina Dambout permanecía con la cabeza baja, para ocultar su emocion. Su corazon latia con fuerza y parecia avergonzada.

—Dios ha recompensado á esos padres excelentes, prosiguió el viejo orador, y en el hecho que voy á referiros hallareis una prueba de que la instruccion, unida á la educacion mo-

ral, ennoblece el corazon del hombre y le da asimismo la conciencia de su deber, el valor y la fuerza de llenarlo. El hijo de esos padres era discípulo nuestro. Era el mas aplicado y el mas instruido de la primera clase y habria obtenido seguramente todos los primeros premios. Nadie dudaba de ello, ni nosotros sus profesores, ni sus discípulos, ni él mismo. Esperaba el día de la reparticion de los premios, no para él, sino para sus padres, á quienes debía envanecer su hermoso triunfo. Entonces vino la huelga de las fabricas; su padre cayó peligrosamente enfermo; la miseria y los sufrimientos abrumaron á sus pobres padres. ¿Qué es lo que hizo el muchacho? Renunció á todos sus triunfos, al honor tan deseado, para llenar un deber imperioso. Abandonó la escuela, sin atreverse á participárselo á sus padres; buscó y obtuvo trabajo en una fabrica; depositó en secreto su salario en la cédula de su madre, y así, como un bienhechor invisible, salvó á sus padres de la miseria mas profunda.... Al abandonar la escuela antes de tiempo, el buen hijo ha perdido su derecho á los premios; pero no otros, sus profesores, con la aprobacion del señor burgomaestre y el apoyo de un generoso protector de las escuelas populares, hemos resuelto reconocer su celo, su instruccion y sobre todo su noble conducta, con una recompensa particular.

Tomó detrás de una cortina un enorme libro en un cuarto y una corona de laurel. El libro estaba encuadernado en cuero encarnado, y dorado el corte. El profesor le abrió y se le vió lleno de grabados. Se titulaba: *La Mecánica aplicada á la industria*.

Todos los espectadores estaban de pie y abrian desmesuradamente los ojos, para adivinar á quien podia estar destinado aquel magnífico libro.

El director se volvió hácia donde se hallaban los alumnos y dijo con profunda emocion:

—Venid, Bavon Dombout, amigo mio; recibid esta prueba de la estimacion que os tienen vuestros profesores; sea para vos un precioso recuerdo y un estímulo para continuar avanzando en el camino de la virtud y el deber. Sois obrero; pero en esa útil carrera, el porvenir es vuestro. Servid

de modelo á vuestros compañeros, y mostradles durante vuestra existencia, en vuestra conducta y en vuestros triunfos, los resultados inapreciables de la instruccion!

Bavon estaba pálido y temblaba; parecia sin fuerzas para subir al estrado, de tal modo le conmovia este honor inesperado en presencia de sus padres. Uno de los profesores, asiéndole del brazo, le ayudó á subir. Su viejo profesor le abrazó; ciñóle la corona de laurel y le entregó el hermoso libro.

Una tempestad de bravos atronó la sala; muchos espectadores se enjugaban las lágrimas; sobre todo las mujeres, llevaban el pañuelo á los ojos.

Enfrente del estrado se hallaban el burgomaestre y los magistrados dispuestos á felicitar al jóven laureado; pero Bavon, sin notarlo, desde que se vió en posesion de su premio, se volvió, levantó en alto el libro y la corona con ambas manos y prorumpió con exaltacion:

—Madre !madre !madre!

Luego se precipitó como un loco, ó como un ciego, por entre el público y los bancos, arrojó el libro y la corona sobre las rodillas de su madre, le saltó al cuello y la abrazó con efusion. De igual modo abrazó á su padre.

—Habeis trabajado y padecido para darme instruccion, dijo. Padre, padre, yo trabajaré por vos. Oh! que Dios me proteja! ya lo vereis, ya lo vereis!...

Aquellas gentes sencillas, en medio de su felicidad, de su emocion, habian olvidado el mundo entero, y no parecia notar que una multitud de personas, con las lágrimas en los ojos y palabras de admiracion en los labios, les rodeaban, y contemplaban las expansiones de su alegria.

Dambout se levantó el primero y dijo á su mujer:

—Ven, Cristina, ver, todos nos miran. Ha terminado la fiesta: el burgomaestre ha salido ya. Vámonos á casa.

Ante la simulada frialdad de estas palabras, cualquiera hubiese creido que el padre Dambout era menos sensible al triunfo de su hijo; pero se habria equivocado por completo. Su corazon rebosaba de orgullo, porque, apenas hubo salido de los bancos, era fácil verle hacer esfuerzos extraordi-

narios para permanecer al lado de Bavon, á fin de que supieran que é era el padre de aquel jóven.

Hacia un instante que Bavon parecia presa de un sentimiento de confusion; tenia la cabeza baja y caminaba vacilante entre sus padres.

Ya inmediatos á la puerta de la sala. Cristina cijo á su hijo:

—Querido Bavon, no debes avergonzarte; al contrario, levanta la cabeza, todos quieren verte la cara, es por amistad...

El muchacho, cual si despertara sobresaltado, exhaló un suspiro y murmuró con singular emocion, al oido de su madre:

—¡Ah! ¡si Godeliva hubiera podido ver estol...

Las oleadas del gentío les empujaron fuera de la puerta y se encontraron en la calle.

—Cristina, dijo el padre Dambout, allá bajo está M. Raemdouck: nos mira y parece que desea hablar conmigo.

—En efecto, Adriano, es natural: querrá felicitarte. ¿Qué honor, no es cierto? Tu propio amo! ¿Quién era capaz de esperar semejante honra?.. Este excelente y querido Bavon!..

M. Raemdouck llamó á Dambout por señas. Mientras Bavon y su madre permanecian en medio de la calle, rodeados de una turba de curiosos, Adriano se dirigió á su amo con la cabeza descubierta. Este le estrechó amistosamente la mano y le dijo:

—Os felicito, Dambout. Poneos vuestra gorra, os lo suplico. Que erais un obrero bueno, honrado y celoso, lo sabia hace mucho tiempo; pero haber, cual un padre prudente é ilustrado, dado instruccion á vuestro hijo, hasta hacerle aprender todas las asignaturas de la instruccion primaria, eso os honra grandemente á mis ojos.

—¡Ah! ha sido mi mujer, señor, respondió el obrero conmovido.

—¿Vuestra mujer?

—Sí, señor. Por eso debo agradecer á Dios haberme dado la esposa mejor y más sensata de la tierra.

—Concedo, amigo mío; vos sin embargo habeis contribuido con vuestro trabajo. He prometido al burgomaestre hacer algo por recomensaros, si es posible. Decidme; que os proponeis hacer de vuestro hijo?...

—Trabaja en la fábrica de M. Verbeek.

—¿Qué es lo que hace allí?

—Señor, la semana próxima será colocado en el primer *diablo*.

—Sí, no es mala colocación; con el tiempo podrá ser capataz. Damhout, quereis hacerme un favor! prosiguió M. Raemdouck. Enviadme á vuestro hijo; también yo quiero premiarle, hacerle un regalo. Volved á vuestra casa con vuestro hijo, y cuando haya guardado su libro y su corona, y haya descansado un poco, enviadle á mi casa, le esperaré.

Damhout fué en busca de su mujer y le refirió con alegre asombro cuanto su amo acababa de decirle. Le había hablado de una manera tan amistosa, y hasta le había estrechado la mano!...

Los Damhout, observados, elogiados y envidiados por todo el mundo, llegaron al fin á su pequeña callejuela, frente á la casa que habían habitado los Wildenslang. Bavon pareció querer detenerse, y hasta por un movimiento involuntario, levantó su premio y su corona, cual si quisiera presentárselos á una criatura invisible; pero exhaló un suspiro y siguió á sus padres á la mansion paterna.

Después de haberles abrazado de nuevo, Bavon salió para dirigirse apresuradamente á casa de monsieur Raemdouck, en donde le esperaba un nuevo ofrecimiento. Qué ofrecimiento sería éste? Un libro, tal vez otra cosa!

Bavon llamó á la puerta de M. Raemdouck. La criada le condujo al despacho. Un hombre ya entrado en años, el dependiente principal sin duda, se le acercó sonriendo amistosamente.

—Os felicito, muchacho, dijo estrechándole la mano. Se os ha tributado un honor bien merecido. Yo os hallaba presente y me he sentido profundamente conmovido. Será una felicidad para vos la de querer así á vuestros padres.

Bavon pronunció el nombre de M. Raemdouck.

—Sí, lo sé, dijo el dependiente; el señor os ha mandado llamar; pero se halla en la fábrica con un comerciante y os solicita esperarle un poco. Sentaos, amigo mío, M. Raemdouck quisiera favoreceros, si es posible. Qui-

siera conocer cuanto sabéis y hasta qué punto estais instruido; me ha encargado examinaros, si lo consentís.

—Se lo agradezco mucho y haré cuanto gustéis, respondió Bavon.

—Y bien, colocaos enfrente de ese pupitre; ahí teneis la minuta de una letra, ponedla en limpio como mejor sepais y sin equivocaros. No os turbeis. Ahí teneis un modelo para la forma de la letra. Principiad, entre tanto yo seguiré trabajando.

Un silencio completo reinó en el despacho hasta el momento en que Bavon, levantando la cabeza y volviéndose, dió á entender que la letra estaba escrita.

El dependiente se acercó á él; miró el papel un instante y dijo con admiración:

—¡Oh! ¡oh! muchacho, ¡qué mano tan firme! ¡qué hermosa letra!... ¡y ni una falta! ¡Bavon! no esperaba tanto. Eso alegrará á M. Raemdouck, porque siente hacia vos un verdadero interés, puesto que sois el hijo de uno de nuestros mejores y más antiguos obreros. ¿Sabéis igualmente sacar cuentas?...

—En aritmética era el más adelantado de la clase, señor, así al menos lo decían mis profesores.

—Y bien, ahí teneis una columna de cifras: sumadlas primero, multiplicad el total por 365 dias y dividid el producto por 514.

En pocos minutos Bavon sacó la cuenta, y el dependiente vió, con verdadera satisfaccion, que no se había equivocado.

—Esperad aquí otro poco, amigo mío, dijo; voy á avisar vuestra llegada, á M. Raemdouck.

Dió á Bavon solo en el despacho; abrió una puerta y entró, al extremo de un corredor, en una sala en donde el propietario de la fábrica se hallaba sentado frente á una mesa y hojeaba papeles.

—Y bien, Vreman, ¿qué tal está instruido el joven? preguntó. Podriais emplearle?

—Es un fenómeno, respondió el dependiente. Apenas tiene quince años y posee una letra tan firme y tan hermosa como la de un escribiente consumado. Sabe bien de cuentas, tiene una inteligencia viva y es capaz de todo, al menos de todo cuanto puede

tener que hacer en el despacho, bajo mi dirección.

—No pretendéis, no es cierto, que pueda sustituir al dependiente que habeis despedido antes de ayer?

—No, señor; no me atrevería a afirmarlo, aunque estoy convencido de que ese alumno de la escuela comunal me sería más útil; pero es demasiado joven y no hay que envapecerle desde el principio, con honorarios demasiado crecidos.

—En efecto, el otro dependiente tenía mil francos. ¿Qué podríamos dar al hijo de Damhout? Ya sabéis que quiero recompensar á sus padres.

—La tercera parte, señor; trescientos francos, por ejemplo. Eso sería lo bastante para principiar. Yo ayudaré al joven y le pondré al corriente. Si continua celoso y fiel, podremos ir aumentando los honorarios.

—Está bien, Vremaus, muchas gracias. Envidiame al joven, pero no le digais una palabra.

Algunos minutos despues entró Bavon y permaneció de pie, con la gorra en la mano, en presencia de M. Raemdouck.

Este, despues de haberle contemplado algunos momentos con benevolencia le dijo:

—El de hoy ha sido un hermoso día para vos amigo mio! Habeis adquirido muchos protectores, y si continuais como hasta aquí, probablemente hareis carrera; pero sea lo que fuere de vos, no olvideis jamás que vuestros padres, pobres obreros de fábrica, se han sacrificado para educaros.

—No lo olvidare, respondió Bavon con acento conmovido, pero con una sonrisa espontánea, cuya expresion admiró á M. Raemdouck.

—Ah! está bien, dijo, que os halleis penetrado de cuanto vuestros padres han hecho por vos; vuestro padre sobre todo, no es cierto?

—Sí, señor, mi padre ha trabajado para mí; por mí es por quien ha enfermado. Mi madre ha pasado noches sin dormir para permitirme asistir á la escuela.

—Y vos les amareis, y si os es posible les recompensareis en su ancianidad?

—Sí, señor; lo que durare mi vida.

—En la actualidad trabajais en la fábrica de M. Verbeeck y la semana

próxima os colocarán en el *diablo* en calidad de auxiliar. Es un buen medio de llegar á ser algo. Pero eso va muy despacio, amigo mio. Con vuestra instruccion tal vez sea posible hallar un camino mas breve.

—Llegaré á capataz, señor.

—Y entónces?

—Entónces, señor, mi padre ya no trabajará, ni mi madre tampoco.

—Sois un excelente muchacho, dijo conmovido M. Raemdouck. ¿Cuánto ganais ahora? Cuatro ó cinco francos semanales, no es eso? Es poco. Quiero ayudarlos á alcanzar el noble fin que vuestro corazon os marca, abriéndoles una carrera en la cual con vuestra instruccion y vuestra buena voluntad, se puede adelantar, con mucha mas prontitud. Tenia intencion de daros un libro; pero todos los de mi biblioteca se hallarán á vuestra disposicion. Quiero haceros otro regalo. ¿Quereis ser dependiente en mi despacho? Si continuais en esa buena disposicion, os ascenderé y os trataré como hijo mio.

—Oh, señor! tanta bondad! exclamó Bavon, levantando las manos hacia él. Qué contenta estará mi madre! —¿Con que aceptais?

—Apenas puedo hablar..... Oh! si, si, lo haré lo mejor que sepa.

—Pero no preguntais lo que vais á ganar. Si sois útil y trabajais con celo, en breve aumentaré vuestros honorarios; eso depende de vos. Ahora, y por de pronto, peribireis cuatrocientos francos; es lo menos el doble de vuestro salario actual.

Bavon se deshizo en lágrimas; balbuceó algunas palabras entrecortadas, bendijo á su bienhechor, y habló de su padre y de su madre; pero estaba demasiado conmovido para pronunciar frases enteras.

M. Raemdouck abrió un cajon de su pupitre, tomó de allí algo, se acercó á Bavon átirólo, y le dijo:

—Venid mañana al despacho general; el primer dependiente es un bello sujeto y un noble corazon; será amigo vuestro y os protegerá. Quiero dros arras. Tomad esto; llevádselo á vuestro padre ju to con la buena noticia, y procurad o continuar mereciendo mi proteccion; así asegurais vuestra propia felicidad y la de vuestros padres. Adios, amigo mio, y hasta mañana.

Bavon ya no veis; la cabeza le daba vuelta; se encontró en la calle sin saberlo. Cuatrocientos francos! Iba á ganar cuatrocientos francos! Qué riqueza! Y cuán admirada y venturosa iba á ser su madre con esta noticia! No podía creerlo; soñaba tal vez? No, no, era muy cierto.

Solo entonces sintió algo en su mano y la abrió. Dos monedas de oro, de veinte francos cada una, brillaron á sus ojos.

Lanzó un grito de alegría, y sin hacer caso de los transeúntes, que le miraban con asombro, echó á correr con todas sus fuerzas hasta la casa de sus padres, levantando la mano por encima de su cabeza.

—Madre, padre, exclamó, soy dependiente en el despacho de M. Raemdouck. Gano cuatrocientos francos, muy pronto ganaré más. Hé aquí mis arras, Padre, padre! seremos ricos: vivireis sin trabajar; mi madre ya no se verá obligada á coser de noche. No ahora, pero eso llegará; sí, sí, con el tiempo llegará, aunque me mate el trabajo.

Y, agotado bajo el peso de tantas emociones, se dejó caer sobre una silla, riendo y llorando á un tiempo.

Los padres contemplaban atónitos las dos monedas de oro que su hijo había arrojado sobre la mesa; también ellos parecían dudar de ello.

De repente, Damhout se arrojó al cuello de su mujer; la estrechó contra su corazón y balbuceó con las lágrimas en los ojos.

—Oh, adorada Cristina! que Dios te bendiga! A ti, á ti sola debemos esta felicidad. Eres más que una madre para tus hijos; más que una esposa para mí; eres nuestro ángel tutelar.

Bavon se levantó repentinamente y se puso á gritar, corriendo hacia la puerta:

—Oh, Godeliva, Godeliva!

Su madre corrió tras él lanzando un grito de angustia.

—Cielos! pobre hijo mío, ¿qué te pasa? dijo.

Pero Bavon, rojo de vergüenza, se arrojó en sus brazos y respondió:

No es nada, madre mía, un sueño; la alegría me trastorna la cabeza.

á su despacho: estaba tan alegre y lleno de entusiasmo, que su nuevo trabajo le absorbía enteramente. Por la noche, llevó trabajo consigo y permaneció sentado, con la pluma en la mano, hasta el momento en que sus padres le recordaron que ya era hora de acostarse. Ni siquiera habló de Godeliva, ni del pesar que sentía porque esta no había podido presenciar su triunfo.

Empero, pasados algunos días de exaltación, su espíritu recobró la calma. El recuerdo de su amiga ausente se le apareció con tanta fuerza como antes, y encarecidamente suplicó á su madre que escribiese á Godeliva. La pobre joven se alegraría de su felicidad, y esto sin duda alguna serviría de consuelo á sus penas.

Se consagró á la redacción de la carta una velada entera; porque, á cuando Bavon sirvió de secretario á su madre, derramó en ella toda la alegría de su propio corazón y describió complacidamente la repartición de premios y la visita á M. Raemdouck. Godeliva debía saberlo todo, absolutamente todo, cual si se hubiera hallado presente. Tampoco olvidó felicitarse por el hermoso porvenir que le esperaba, y por la protección divina, que de no abandonarle, le permitiría hacer á sus padres ricos y venturosos. Ella debía contestar á vuelta de correo y decir cuando su padre regresaría á Gante; todas las fábricas se habían abierto y no faltaba trabajo; porque ella debía pensar que, á pesar de su satisfacción, sus padres y él estaban desolados de no verla.

Se echó la carta al correo y Bavon esperó la contestación con impaciencia febril. Transcurrió una semana, dos semanas, todo un mes. Todas las tardes y todas las noches, cuando Bavon salía de su despacho, corría precipitadamente á casa y sus primeras palabras eran:

—Y bien, y bien, madre, hay contestación?

—Todavía nó, hijo mío, respondía la señora Damhout, con un suspiro.

Bavon se fué volviendo triste y desanimado, y con frecuencia, por la noche, para una sentada duranta largas horas, con la cabeza en una mano, ó discurría con su madre acerca de los motivos probables del silencio

de Godeliva. ¿Estaba enferma? ¿La había ocurrido alguna desgracia? ¿Habían equivocado la dirección? Pero esto no era posible, pues la misma Godeliva, antes de partir, les había dado esta dirección.

Felizmente, el trabajo distraía á Bavon de sus tristes pensamientos. En efecto, el sentimiento del deber era en él muy poderoso. Mientras se hallaba en su despacho, tendía todas las fuerzas de su voluntad y luchaba victoriosamente contra el pesar que devoraba su espíritu, y por su trabajo era imposible adivinar que agudos cuidados le atormentaban á todas horas.

Una tarde, el antiguo dependiente le dijo con dulzura paternal:

—Bavon, hijo mío, no debéis trabajar con tanto esfuerzo; acabareis por enfermar. Desde algunos días á esta parte os encuentro triste y melancólico. Nada temais, haceis mas y mejor de lo que de vos era de esperar. M. Raemdouck está muy contento, ya lo sabeis. Vaya, vaya, cuando uno cumple concienzudamente con su deber, puede tener el corazón alegre y des-cuidado; sin eso el trabajo se hace molesto y penoso.

El pobre muchacho regresó á su casa muy contristado; consideraba esta exhortación amistosa como un reproche indirecto, pues ella demostraba que el primer dependiente había notado las sombrías disposiciones de su espíritu, y tal vez había visto una falta en sus escritos. Por otra parte, Godeliva no contestaba.... Habían ya transcurrido seis semanas largas. ¿Dejaría para siempre de recibir noticias suyas?... Tal vez se hallaba peligrosamente enferma! tal vez muerta!... porque, después de tan corta ausencia, no se atrevía á dudar de su gratitud; de la fidelidad de su recuerdo.

Cuando, triste y suspirante entre en la callejuela, lanzó de repente un grito de sorpresa y alegría. Vió á lo lejos, en el dintel de la puerta, á su madre teniendo en la mano un papel que al parecer le mostraba.

Se precipitó de un salto hacia adelante, arrastró á su madre dentro de la casa y exclamó:

—Una carta de Godeliva?

—Sí, de Godeliva ó de sus padres. Viene de Francia.

—¿Y qué es lo que dice, madre?

—Ya sabes, Bavon, que no sé leer los manuscritos,

—Dame, dame, la leeré por tí... Es de la misma Godeliva. Oye, madre. Ah! tiemblo de impaciencia.

«Mi buena señora Damhout....»

—Toma, por qué me llama señora? exclamó Cristina, asombrada.

—Y bien, es el respeto, madre. Además, en Francia llaman así á todas las mujeres. Pero déjame leer, no me interrumpas, te lo ruego.

«Mi buena señora Damhout.

«Perdonadme, si antes no he contestado á vuestra carta. Mi padre la había recibido en su fábrica y olvidado en su bolsillo. Cuando mi madre quiso remendar su traje, la encontró. Desde lo más íntimo de mi corazón os agradezco, lo mismo que á Bavon y al señor Damhout, la amistad que continuamente dispensando á la pobre Godeliva. Vuestra carta nos ha hecho tan venturosos, que mi madre y yo hemos llorado de alegría y bendecido á Dios por su bondad hacia nosotros. En cuanto á mí, tengo mucha pena, porque sin cesar me acuerdo de todos vosotros; lloro, porque ya no os veo, y aún no sé si volveré á veros en la vida. Mi padre dice con frecuencia que jamás volverá á su país natal; porque aquí abunda el trabajo y el salario es muy crecido. Mi madre no ha podido aún encontrar un taller para mí. Trabajo en una fábrica y gano seis francos semanales. Ah! si mi madre pudiera encontrarme un taller! La gente que trabaja en la fábrica es tan grosera y está tan mal educada! Blasfeman y se insultan, y como me repugnan estas groserías, se burlan de mí y me hacen sufrir. De resultas he llegado á enfermar casi; pero ahora me encuentro un poco mejor. Mi hermano Bautista ha perdido el ojo izquierdo en una pendencia entre obreros flamencos y franceses. Aquí se baten casi todos los días. Cuando aún era niña, estaba convencida de que Bavon haría carrera en el mundo y todos llegarían á ser ricos; pero en medio de vuestra felicidad os acordareis alguna vez de Godeliva, no es cierto? Sea de mí lo que fuere, obrera de fábrica ó costurera, recordaré vuestras bondades hacia mí, con una gratitud mezclada de respeto. Pero vivid en la seguridad de que si Godeliva viviera cien años,

pronunciaria aun, sobre su lecho de muerte, el nombre de quien ha enseñado á leer á la pobre niña enferma, y de la que, como una segunda madre, la ha llevado al colegio.

«Vuestra humilde servidora.

«Godeliva Wildenslag»

Bavon dejó caer su cabeza sobre la mesa y se echó á llorar; tambien la señora Damhout tenia las lágrimas en los ojos. Con todo, intentó dar á entender á su hijo que no tenia razon de adigirse tanto. ¿Qué desgracia habia, pues, en la suerte de Godeliva? Estaba triste porque debia vivir lejos de su país natal y lejos de sus amigos. ¿Esto por ventura no era natural? Además, Bavon podia estar seguro de que los Wildenslag regresarian algun dia á Gante.

Pero otra era la causa de la trizteza del jóven. Le horrorizaba saber que Godeliva trabaja en una fábrica, entre gentes groseras y brutales, y esto le ponía inconsolable. Temia que Godeliva, con el contacto de aquellas gentes ignorantes, perdiese su modestia y la pureza de su corazon; lo cual, segun él, seria la mayor de las desgracias. Quizás su desolacion envolvia un sentimiento de egoismo; pero lo ocultaba bajo la compasion por la compaÑera de su juventud, y varias veces suspiró con profunda desesperacion.

—Pobre Godeliva! pobre Godeliva!

Adriano Damhout entró en su casa.

Bavon refrenó su pena, porque en presencia de su padre, no se atrevia á espaciar tan libremente las emociones de su corazon.

Despues de haber conversado algun tiempo acerca de la carta de Godeliva, se resolvió escribirle aquella misma noche para consolarla y animarla. Además se incluiría en la carta dirigida á ella, para su madre, instigándola á buscar cuanto antes un taller para su hija.

Cuando hubieron escrito estas dos cartas, Bavon se tranquilizó un poco. Al fin habia hallado un medio de hablar con Godeliva; hasta cierto punto era como si estuviera presente todavia; la prueba de su gratitud, la seguridad de que ella pensaba aun en su dulce amistad, aliviaban su corazon. El jóven se acostó con estos pensamientos consoladores y durmió tranquilamente.

Durante meses enteros, esperó una segun la carta de Godeliva; pero no vino de ella la menor noticia. Se escribió otra carta y una tercera aun; pero todo fué en vano.

Bavon dedujo de ello que el padre Wildenslag destruía las cartas. Como quiera que se las dirigian á la fábrica por ignorar las señas de los Wildenslag, él las recibiria siempre en medio de su trabajo. La carta en que Damhout instaba á Godeliva que abandonara la fábrica, habia probablemente decidido á Wildenslag á romper toda relacion entre su familia y la de Damhout. Quizás las gentes mal educadas, en medio de las cuales Godeliva estaba condenada á vivir, habian ya ejercido en ella su pernicioso influencia! Quizás se habia oscurecido su memoria y no se acordaba ya de sus amigos! Pero esto era imposible, en tan breve tiempo al menos!

Una noche en que Bavon habia con su madre, se le escaparon algunas palabras tristes que parecieron sorprender á la señora Damhout. La contestacion, que con objeto de consolarle, ella le dió, hizo ruborizarse á Bavon hasta las orejas. Balbuceó algunas excusas y continuó reflexionando en silencio; luego tomó un libro, evitando así la conversacion, tan pronto como notó que su madre le observaba atentamente.

Amor?... Seria amor su compasion?... Querria á Godeliva mas que como á una compañera de juego, mas que como á una hermana? Su madre no habia dicho tal cosa; pero á qué hablar entonces de una secreta inclinacion del corazon, de un sentimiento que deba iprocurar dominar y vencer?

Desde este momento, Bavon se hizo discreto con su madre en todo lo concerniente á Godeliva. Cada vez que ella pronunciaba el nombre de la jóven, lo cual no sucedia con frecuencia, él desviaba la conversacion. Ello no impedia que estuviera triste en lo mas íntimo del alma y echara de menos á su amiga ausente.

Cada vez que entraba en casa, esperaba que su madre le mostraria una carta; pero trascurrian los meses y no se oía hablar de Godeliva.

Cierto dia el padre Damhout se habia encontrado con un obrero proce-

dente de Francia, el cual le habia dado noticias de los Wildenslag. Empero, sus palabras no eran las más apropiadas para contentar á Bavon ni á su madre. Al decir del obrero, los Wildenslag ganaban mucho dinero, muchísimo, porque se les conocia por los primeros bebedores y despilfarradores de la ciudad. Sin cesar disputaban con todo el mundo, y parecian complacerse en riñas y pendencias. Seguramente no regresarian á Gante, ya que para ello vivian demasiado bien en Francia. En cuanto á Godeliva, no la conocia; pero sabia que todos los Wildenslag, padres é hijos, trabajaban en la fábrica.

A pesar de la tristeza constante que devoraba su espíritu, Bavon cumplia tan bien con sus deberes en el despacho, que obtenia cada vez más el favor de M. Raemdouck y su primer dependiente. Ya se habian elevado sus honorarios á seiscientos francos, y como quiera que su padre seguia trabajando y que su madre no habia cesado en la confeccion de blusas, en breve hubo en la casa tal desahogo, que resolvieron abandonar la callejuela y trasladar su domicilio á otra calle menos oscura.

Lo hubieran verificado mucho antes, si Bavon no se esforzara en retardar esta resolucion. No ocultaba que con pesar se alejaria de los lugares en que se habia mecido su cuna y se habian deslizado los hermosos dias de su infancia. Acaso ellos no le decian, no le repetian á todas horas cuanto su madre le habia querido, cuanto le habia alentado con sus esfuerzos para que aprendiera á leer? Acaso todos los recuerdos de su vida no se encerraban en aquella humilde habitacion?

Con todo, al fin no pudo resistir á su madre. Se alquiló una linda casita y se principiaron á trasladar los muebles. Bavon se hallaba sentado á la mesa entre sus dos hermanitas, enfrente de sus padres. No pronunciaba una palabra; estaba muy triste; á veces sus ojos vagaban en torno de la estancia, cual si quisiera dar un adios á aquellas paredes que con tanta frecuencia habian oido las alegres voces de los niños.

De repente, un hombre entró en la habitacion y gritó á alguno que se hallaba fuera:

—Sí, sí, voy! Espérame sólo algunos minutos. Ve á la *Cabra azul*, á casa de Pedro Lambin. Allí iré á reunirme contigo.

Y acercándose á la mesa, el hombre asió la mano de Damhout y dijo:

—Buenos dias, Adriano. Hubiera sentido venir á Gante sin verte. Eres feliz, lo sé y me alegro, porque te lo mereces.

—Qué veo, Estéban Geerst!... exclamó Damhout. Lo menos hace cuatro años que te ví por última vez. ¿Qué ha sido de tu vida?

—Vengo de Francia. Allí se encuentra siempre mucho trabajo.

—¿De Francia?

—Sí, de Wazemmes, cerca de Lille.

—¿De Wazemmes? exclamaron con alegre sorpresa los padres y Bavon.

—¿Por qué os estraña eso? preguntó Estéban.

—¿Y qué tal están los Wildenslag? Residen tambien en Wazemmes, no es cierto? preguntó la señora Damhout.

—Es decir, respondió el otro, han residido allí algun tiempo, segun he oido á los amigos; pero de allí se han trasladado á Douai. Pero, una semana despues de mi llegada, los Wildenslag partieron de improviso. Los amigos dicen que han aceptado trabajo en una ciudad del centro de Francia, Rouen tal vez; pero con seguridad no lo sé.

—Y los Wildenslag seguian siempre bien?

—Bien? Sí, demasiado bien. Hubiera sido preferible que sufrieran un poco de miseria. No existen en el mundo mayores bribones que los Wildenslag. Adriano, si os fuera posible verlos ahora! No hacen mas que beber y emborracharse la mitad de la semana, y además, los amigos evitan su compañía, porque tienen un carácter muy brutal y no se cansan de buscar camorra á todo el mundo.

Adriano y su mujer sacudieron tristemente la cabeza, sin pronunciar una palabra. Viendo que Geerst asia la mano de su marido para despedirse de él, la señora Damhout preguntó:

—Estéban, no podrias decirnos que tal está Godeliva Wildenslag? Tal vez no la conocéis?

—Es una jóven flaca y delicada, rubia, de vivos ojos azules?

—Sí.

—Ah! la conozco perfectamente; al ménos la he visto demasiado! Todavía es peor que las otras. Todos los Wildenslag, grandes y pequeños, son gente grosera.

—Cielos, qué quereis decir?

—Figuraos que voy á la callejuela en donde habitan los Wildenslag, no por ellos, sinó por un amigo, pues no queria tratos con aquellos brutos. ¿Sabéis lo que veo? Un coro de mujeres, en medio de las cuales se hallaba la madre Wildenslag en actitud de disputar con rabia. De repente, Godeliva, zueco en mano, se arroja fuera de la casa y principia á descargar golpes á diestro y á siniestro con tal violencia, que hubo necesidad de asirla entre cuatro para apoderarse de ella. Las palabrotas que pronunciaba me avergonzaron, aunque no me asusta una pendencia tan significativa. Me sublevaba ver á aquella jóven delicada y débil, de rostro lindo y fresco, hablando un lenguaje tan grosero, que me venian tentaciones de dar algunos cachetes á aquella jóven mal hablada.

—Godeliva? Pero eso es imposible! dijo la señora Damhout con un profundo suspiro. La habeis visto realmente?

—Con mis propios ojos. Quizás se hallase fuera de si, porque atacaban á su madre... Con que, Adriano, pasadlo bien, y vos tambien, señora Damhout, hasta mi vuelta á Gante.

Salió el obrero. Un momento de profundo silencio siguió á su partida; los Damhout se miraban, luego miraban á su hijo con dolorosa estupefaccion. Bavon parecia irritado. Un fuego sombrío brillaba en sus ojos y temblaban sus labios.

Como su madre se dispusiera á dirigirle algunas palabras, con objeto de consolarle y disculpar á Godeliva, el jóven se levantó y dijo con ímpetu:

—Madre mia, padre mio, jamás volvais á hablarme de Godeliva. Quiero olvidarla, olvidar mi infancia toda, para no acordarme más de ella. Se comprende que una persona ignorante deje hasta ese punto de respetarse á si misma: pero sabe leer, es instruida, de vos, madre, no ha recibido sino lecciones de virtud y de moral. Vuestra bondad, nuestros favores, nuestra amistad, todo lo ha olvidado. Es doblemente culpable. Oh! ahogará con fuerza su recuerdo en mi corazon. Madre,

manda venir obreros enseguida, que lo trasladen todo á nuestra nueva habitacion. Ya no quiero dormir aquí, ya no quiero poner un pié en esa calle. Te lo suplico, que todo esté arreglado cuando vuelva á casa; me harás feliz con ello. Adios; voy á mi despacho, no puedo estar más aquí. Esta noche llamaré á la puerta de la otra casa.

Iba á salir; pero notando que su madre se hallaba inquieta y queria detenerle, le dijo con voz menos conmovida:

—Tranquilizate, madre, esto es un momento; mañana, ya no me acordaré de nada. Todo ha concluido; tenia mucha pena, pero ahora estoy curado, curado para siempre.

Estrechó tiernamente las manos de su madre y salió á la calle.

Estas malas noticias de Godeliva parecieron haber librado á Bavon de una preocupacion secreta, y bajo este punto de vista le habian sido realmente provechosas. Cual si este acontecimiento hubiera hecho desaparecer en él el último resabio de la niñez, su talento se hizo más serio, y como nunca tomó el aspecto de una persona reposada que no se ocupa más que de cosas útiles.

Desde entonces trabajó con más celo en su despacho, y todos sus esfuerzos se dirigian á familiarizarse con la industria y la direccion de la fábrica.

M. Raemdouck y su anciano dependiente se complacian en hacerle progresar. El último, sobre todo, le queria mucho y descargaba en él una gran parte de sus quehaceres, á fin de enterarle de todo. Ni aun le ocultaba que lo hacia con una intencion particular.

—Puedo caer enfermo, decia el primer dependiente; puedo obtener otro destino: mi tio el curtidor puede fallecer. En ese caso heredo una fortuna y voy á vivir á mi país natal. Quiero haceros capaz de reemplazarme en mis trabajos, si se da el caso de que tengais bastante edad para desempeñar mi empleo en casa de M. Raemdouck.

Esta perspectiva fué para Bavon un nuevo estímulo. Con el consentimiento de su amo, se llevó á su casa libros de la biblioteca estudió la mecánica, se puso al corriente de la,

Nuevas invenciones, dibujo, medido, y había ya contribuido á introducir en los instrumentos de trabajo de la fábrica una mejora que reportaba considerables beneficios.

Sus honorarios se elevaban á la cifra de mil francos, al cumplir los diez y nueve años.

Ya no hablaba de Godeliva, ni de su infancia, y parecia no dar importancia á sus recuerdos. Con todo, habia momentos en que la imagen de Godeliva aparecia á sus ojos y en que pensaba con placer en la compañera de sus primeros años. No en Godeliva la obrera de fábrica, que se habia dejado arrastrar por los malos ejemplos hasta la grosería y el envilecimiento moral; nó, sinó en la gentil y pequeña Godeliva, en la pura y sencilla criatura que habia crecido con él y que con él habia compartido todos sus placeres y todas sus esperanzas. En su trabajo tenaz, en sus constantes estudios, oía á veces una voccecita argentina murmurando su nombre; y su dulce rostro, con ojos muy brillantes, se le parecia en momentos, tal como por última vez la habia visto en la puerta de la ciudad. Esos no eran, y él lo sabia, nada mas que sueños que nada tenian de comun con la realidad.

Mas de una vez el padre Dambout habia instado á su hijo á tomar informes de los Wildenslag por conducto de M. Raemdouck á su primer dependiente; pero Bavon habia rechazado con horror estas tentativas y su madre le daba la razon.

En efecto, qué podia haber en sucesivo de comun entre él y Godeliva? El se sentia llamado á elevarse hasta la clase media y á vivir entre las gentes *comme il faut*. Si los Wildenslag, regresaban á Gante, no se avergonzaria de haber vivido como amigo y como hermano, con gentes que merecian antes el desprecio que la estimacion del mundo? No, no, ya no era posible hablarle de los Wildenslag, le habian herido en su sensibilidad y estaba agriado contra ellos.

Las mismas reflexiones, por decirlo así, inducian á su madre á sofocar sus propios recuerdos. Cinco ó seis años antes, muchas veces habia pensado en que Bavon y Godeliva estaban quizá destinados á unirse en ma-

trimonio. Este pensamiento le habia aun sonreído como una cosa posible; pero ahora existia tanta distancia entre Bavon y Godeliva, que ya no podia pensar, sin un secreto sentimiento de vergüenza, en la pasada intimidad con los Wildenslag.

En vista de ello, acabaron por no hablar absolutamente de Godeliva, aunque en el corazon de Bavon y el de su madre, sin cesar se despertara un nuevo sentimiento de tristeza y de compasion hacia la desgraciada niña.

Bavon, que se iba acercando á su mayor edad, se familiarizaba sin descanso con todo lo concerniente al comercio y fabricacion del algodón. Con el consentimiento del primer dependiente, pasaba gran parte del dia en la misma fábrica, no solo para conocer la práctica del trabajo, sinó para vigilar á los obreros y cuidar de los intereses de M. Raemdouck. Llenaba este último deber con tanto celo é inteligencia, que el primer dependiente, orgulloso de su discípulo, decia con frecuencia á M. Raemdouck:

—Tened la seguridad de que Bavon Dambout aumenta todos los años en muchos miles de francos vuestros beneficios. Los obreros le quieren y le consideran, y tiene cuidado de no desperdiciar nada, sólo para complacerle.

En efecto, Bavon era muy afable y cariñoso con todo el mundo, y su saber y sus progresos asombrosos le aseguraban la consideracion de todos los obreros; pero no era esta la principal razon del cariño que le profesaban.

El propio padre de éste, su viejo y excelente compañero, estaba empleado en hilar, y con frecuencia el jóven debia darle como á ellos mismos, órdenes ó indicaciones. Podia tener algo de penosa la situacion de un anciano tejedor que en su propia fabrica recibe órdenes de su jóven hijo. Pero Bavon no se acercaba á su padre sinó con la cabeza descubierta, le dirigia la palabra con el mayor respeto le sonreia y le estrechaba la mano con tal ternura, que todos los obreros se sentian conmovidos. Poco le costaba, pues, obedecer al hijo de un obrero que por su experiencia habia adquirido el derecho de mandar, y que se conquistaba el respetuoso cariño de

tades por su dulzura y respeto hacia su anciano padre.

Bavon no se contentaba con lo que podía aprender en la fábrica de M. Raemdonck. Había conseguido que su amo se suscribiera á las publicaciones mas notables sobre la fabricacion y la industria; asistia á los cursos públicos que por la noche daban profesores sabios en esta materia. Siempre que se le presentaba ocasion para ello, visitaba las mejores fábricas de Gante!

Asi fué adquiriendo insensiblemente un profundo conocimiento de todo lo concerniente á la industria del algodón y medios de perfeccionarla.

Era feliz, porque á su alrededor todos le apreciaban y le querian... Con todo, su cielo no carecia de nubes. Su padre seguia trabajando en la fábrica. El sueño del jóven no se habia, pues, realizado aún; el objeto de su vida distaba todavia lejos de ser alcanzado. Bien hubiese querido que su padre dejara de trabajar; pero en la actualidad sus padres y él estaban acostumbrados á cierto bienestar en su nueva habitacion. No era posible abandonar esta posicion por una vida menos cómoda y sus solos honorarios no bastaban á cubrir todos los gastos de la casa. Estas reflexiones le causaban á veces una pasajera melancolia... y además, cuando se hallaba solo, abandonado á sus meditaciones, sus pensamientos le traspasaban con frecuencia á los bellos dias de su infancia. Entonces, sentia un vacío en su corazon, una tristeza insoportable, un gusano que le roia lentamente, es cierto, pero que no podia extinguirle.

Una mañana en que Bavon habia entrado en su despacho y se habia puesto á escribir en ausencia del primer dependiente, una criada vino á avisarle que M. Raemdonck deseaba hablar con él y le esperaba en el salon.

Cuando se presentó al propietario de la fábrica, éste le hizo tomar asiento y le dijo:

—Señor Damhout, cuando por recomendacion del señor burgomaestre y mi propia iniciativa, os he admitido en mi despacho, esperaba que agradecerais mi proteccion con vuestra aplicacion y vuestro celo.

No me he equivocado; al contrario, habeis plenamente satisfecho mis deseos y aun habeis procurado grandes

beneficios á mis negocios. Vuestro cariño hacia vuestros padres me ha inspirado además una profunda estimacion y una verdadera amistad hacia vos. En una palabra, sois un guapo jóven, y estoy contento de vuestros servicios. Sé que vuestro ideal, el objeto de todos vuestros esfuerzos es librar á vuestro padre del trabajo y recompensar á vuestra madre de sus sacrificios pasados, con el bienestar y la comodidad de hoy. En este momento se presenta el medio de realizar vuestro ideal, y si bien sois aun muy jóven, quiero demostraros, no obstante, cuanto fio de vuestra experiencia. Ayer ha fallecido el tio de mi primer dependiente. El señor Vremans presenta su dimision y se retira á su país natal. Os sentís capaz de desempeñar la plaza vacante?

—Oh, señor! balbuceó Bavon, si no fuese capaz de ello, procuraria serio por gratitud á vuestra sin igual bondad.

—Es que se trata, amigo mio, al aceptar este puesto, de unos honorarios que ascienden á mas de tres mil quinientos francos; si, de cuatro mil francos y algunos beneficios. Es mucho para un jóven de veintidos años. Este aumento considerable no os será funesto? Os hallais en la edad mas peligrosa.

Ponedme á prueba, seño, os lo suplico, aunque sea durante todo un año, dijo Bavon. Lo que me ofreceis es la felicidad que soñé para mis padres. Oh! si alguna vez me muestro indigno de esa generosidad, echadme de vuestra casa, despreciadme; pero no, no, emplearé en ello todas mis fuerzas y si es posible os demostraré que mi gratitud las ha redoblado.

—Os creo, amigo mio; el amor filial será vuestro Angel salvador. Sad, pues, mi primer dependiente y vease cumplido el noble sueño de vuestra existencia. Podéis ver si algun escribiente para las cartas, hasta encontrar quien os sustituya.

M. Raemdonck se levantó y estrechó la mano del jóven, diciéndole:

—Os felicito, señor primer dependiente; dirijid os ahora á la fábrica, porque sin duda os devora la impaciencia de dar esta buena noticia á vuestro padre.

Bavon no se movia; permanecia de

pié y pensativo en presencia de su principal.

—Y bien, teneis todavía algo que decirme? preguntó éste.

—Señor, quisiera dirigiros una súplica.

—Hablad, amigo mío.

—Es bastante singular; pero sois tan bueno para mí! Deseo que durante algunos meses nadie se entere de mi posicion, ni aun mis padres. Al menos que crean que mi sueldo es el mismo.

—Qué singular idea es esa? exclamó asombrado M. Raemdouck. A qué viene ese misterio?

—Señor, es porque quiero dar á mis padres una sorpresa, y para ello necesito ahorrar durante algun tiempo, sin que ellos lo sepan.

—¿Qué sorpresa?

—No lo sé todavía, señor; un regalo, algo que de una vez haga felices á todos. En cuanto me decida sobre este particular, os lo comunicaré y solicitaré vuestro buen consejo... Y, si me viera en el caso de pedirlos algun adelanto á cuenta de mis honorarios?

—Ah! para ese noble objeto no hay que usar reticencias; pongo mi caja á vuestra disposicion, al menos mientras useis de ella con cordura.

Bavon, despues de expresar calurosamente su gratitud, salió del salon y se trasladó á su despacho. Llamó en su ayuda á un escribiente del despacho secundario y le puso al trabajo inmediatamente. Principió á pensar en cuanto habia dicho á M. Raemdouck y en la sorpresa que intentaba dar á sus padres. Su proyecto estaba bien definido desde muchos años; pero no se habia atrevido á comunicárselo á su principal, temeroso él mismo de cambiar su idea. No obstante, despues de largas reflexiones, insistió en su primera resolucion.

A la hora de comer, cuando se sentó á la mesa con sus padres y hermanas, refirió que el anciano y antiguo primer dependiente habia presentado su dimision, porque su tio acababa de fallecer, y le legaba una herencia considerable. M. Raemdouck se hallaba completamente dispuesto á dar á Bavon el empleo de aquel; pero á causa de su juventud, queria antes ponerle á prueba algunos meses.

Así hizo brillar á los ojos de sus padres la esperanza de verle obtener en

breve un aumento de sueldo considerable; y no les ocultó que si alcanzaba esta felicidad, no permitiria un instante que su padre continuase trabajando. Entónces hallaba en el aumento de su crecido sueldo, los medios de procurar á su madre todo el posible bienestar y permitirla vivir como una verdadera propietaria. Estaba tan alegre y satisfecho, que asoció á todo el mundo á su felicidad.

Finalmente, refirió que el sobrino de M. Raemdouck, quien habia residido mucho tiempo en Paris y acababa de contraer matrimonio allí. Iba á trasladar á Gante su residencia. M. Raemdouck buscaba una casa para su sobrino. La casa no debia ser muy grande, pero sí hermosa y cómoda: queria amueblarla con bonitos muebles y queria adornarla enteramente antes de la llegada de su sobrino y la jóven esposa de éste. Bavon hablaba de ello, porque su principal le habia suplicado que buscara, entre las casas para alquilar, una que pudiera convenir á su sobrino, y el jóven, á quien no sobraba el tiempo, suplicó á su madre que fuera á dar un paseo por las calles mas hermosas, inmediatas á la fábrica, con objeto de ver si existian casas apropiadas para alquilar.

Aquella misma noche, al regresar de la fábrica, su madre le manifestó que habia bonitas casas para alquilar en la calle Magnelonne, en la calle Lange-Meere y en la calle de la Cruz, junto á la iglesia de San Bavon. Esta última era quizás algo pequeña, pero era en cambio de construccion moderna y el cartel anunciaba que tenia jardin.

A los dos dias Bavon dió á su madre las gracias en nombre de M. Raemdouck, quien habia elegido la casa situada en la calle de la Cruz junto á la iglesia de San Bavon y la habia alquilado inmediatamente.

Durante algunos dias aun Bavon habló con frecuencia de esta casa; elogiaba el lujo que los muebles que su principal mandaba colocar en ella y el órden lleno de gusto que en toda la casa reinaba. M. Raemdouck le habia conducido allí dos veces y le hacia el honor de consultarle acerca del mueblaje y la disposicion del jardin.

Las repetidas descripciones del jóven despertaron hasta tal punto la cu-

riosidad de su madre, que expresó el deseo de ver la hermosa casa en su interior. Bavon prometió solicitar este permiso de su principal; pero era necesario esperar todavía algunas semanas, hasta que se hallara arreglada enteramente la vivienda de los recién casados.

Finalmente, un sábado por la tarde, mostró con grande alegría una enorme llave y manifestó que M. Raendouck les permitía visitar la casa hasta el último rincón, y aun pasar toda la tarde en el hermoso jardín: en él hallarían dispuesta una botella de buen vino é invitaba á Bavon á beberla en compañía de sus padres y á su salud. El día siguiente era domingo: después de comer se trasladarían á la casa de la calle de la Cruz, con objeto de pasar en ella una ó dos horas. Sería una verdadera fiesta.

En efecto, al día siguiente, comieron con gran prisa, tal era la impaciencia de las hermanas. Salieron conversando alegremente acerca de lo que iban á ver en las inmediaciones de San Bavon. Llegados á la calle de la Cruz, se detuvieron enfrente de la casa para contemplar la fachada. Tenía un balconcito en donde flores de diferentes colores se entrelazaban á manera de guirnalda. Había también flores delante de las ventanas, la cual hizo observar á la señora Dambout que ella había tenido siempre una especie de predilección por esas campanillas rojas como el coral.

Cuando la puerta estuvo abierta, Bavon dijo á sus hermanas que querían abrir enseguida las puertas de las habitaciones:

—No, no es eso! dejemos para lo último lo más hermoso, de lo contrario gozaríamos poco en la visita. Vamos primero al jardín; le gustan tanto las flores á nuestra madre!

—Y á mí no me gustan ménos, interrumpió Adriano Dambout; cuando yo era más jóven, mis padres residían en Ludeberg. Teníamos un jardincito por el cual me olvidaba de comer y de beber. Trabajaba en él todas las tardes y tenía los alleles más bellos y los claveles más hermosos del vecindario.

Entraron en el jardín; no era muy extenso, pero los senderos serpenteaban en él graciosamente; el sol derramaba sus benéficos rayos sobre una

parte del piso, y era tal la abundancia de flores, que las niñas se lanzaron hácia adelante con las manos extendidas y gritando:

—Ah! qué bien se está aquí, qué frescura y qué olor!

Bavon, al parecer mas tranquilo, recorría con sus padres los senderos; les mostraba las flores; cogía para ellos las mas olorosas, y así les condujo bajo nn toldo de verdura; ¡en donde se sentaron, riendo, para disfrutar cómodamente un momento de la vista del jardín.

Allí había sobre la mesa una olla de porcelana llena de tabaco, y al lado cuatro ó cinco largas pipas holandesas.

Toma, murmuró asombrado Adriano, sabía que M. Raendouck fuma alguno que otro cigarro; pero es cierto que según dicen muchos señores usan la pipa en su casa.

—No lo comprendéis, padre, observó Bavon; M. Raendouck ha mandado poner aquí el tabaco y las pipas para que podáis fumar como os plazca.

—Imposible, Bavon.

—El mismo me ha dicho, padre. Debeis fumar para complacerle.

—Cuanta bondad! En ese caso, me atrevo á ello, porque el tabaco parece excelente. Dos ó tres bocanadas... lo necesario para contentar á nuestro amo.

Encendió su pipa, arrojó el humo en nubecillas hasta la verdura de la bóveda, y entonces dijo sonriendo con aire satisfecho:

—¡Excelente tabaco! Qué felices son los ricos! Mirad, así, sobre este banco, mirando este hermoso jardín y con la pipa en la boca, me gustaria pasar la vida.

—Os equivocáis, querido padre, prosiguió Bavon. Algo más deseariais.

—Si, pescar, no es cierto? En efecto, me gusta mucho eso; sería una variación en mis diversiones.

Entretanto las niñas se complacían en comparar las flores unas con otras, y discutían acerca de su belleza y perfume.

El padre Dambout dejó su pipa, diciendo que mas tarde volveria á hacer uso de ella; porque su mujer ardía en deseos de visitar la casa.

Bavon les condujo primero á un par de habitaciones muy bien adornadas,

pero no ofrecían nada de particular. En la cocina la señora Damhout admiró la hermosa y resplandeciente horni-lla y los brillantes calderos, las ollas y sartenes colgadas á lo largo de las pa-redes.

En la cueva había un tonel de cer-veza sobre sus codales; una arca fa-bricada contenía cierto número de o-tellas de vino y aun se veía allí un gran bote de piedra que seguramente contenía una provision de manteca.

Esto hizo decir á los Damhout que M. Raemdouck había pensado en todo y que si sobriño lo hallaría todo pre-parado, cual si fuera antiguo habitante de la casa.

En el granero, sobre cuerdas para secar la ropa, se habían extendido al-gunas redes de pescar de formas diver-sas y cuidadosamente fabricadas. El Damhout, que era perito en la mate-ria, las tomó en la mano, probó la solidez del hilo y murmuró para su capote:

—Qué gente tan feliz, tiene siem-pre cuanto desea!

—Ahora, al salón, á la habitacion más hermosa de la casa, gritó Bavon. Allí vereis bellezas de otro género, y beberemos á la salud de M. Raem-douck, la excelente botella de vino que nos ha regalado.

Cuando Bavon abrió la expresada estancia, todos dejaron escapar un grito de admiracion. Todos los mue-bles eran de madera de *mahoni* maci-zo; grabados en marcos dorados pen-dian de las paredes; sobre el pavimen-to un blando tapiz de flores encarna-das; sobre la chimenea un péndulo do-rado y variedad de candelabros; mue-ble silleria y sillones con respaldo que tenían sus anchos brazos como di-ciendo: «Soy tan cómodo, venid, des-cansad en mí.» Esto hicieron las ni-ñas primero, y enseguida los padres; pero Bavon asió del brazo á su madre y le mostró una mesita cuya tabilla podia levantarse. Debajo de esta tabi-lla, en un cofrecillo, veíanse brillar una multitud de objetos destinados á la costura y al bordado que deslum-braron los ojos de la señora Damhout y de sus hijas.

—Ahora, el vaso de vino á la salud de... de... ya lo veremos de quien... A la mesa!

Abrió un armario, sacó de él una

botella y vasos y escanció el vino. To-dos quisieron tomar su vaso para be-ber en honor de M. Raemdouck; pero Bavon les detuvo.

—Esperad un momento, dijo, hay tambien algo que comer. Ahí va una torta de almendras que M. Raemdouck nos ha dado, y no es tampoco á su sa-lud á la que vamos á beber primero...

—¿Qué es eso? exclamó Amelia, la hija mayor; esas letras de azúcar so-bre la torta? Sabes lo que dicen madre?

—Ahí ahí! viva Cristina, nuestra ex-celente madre! exclamó Bavon alzan-do su vaso. Hoy son sus dias! Que sea por muchos años, muchos años!

Y todos repitieron en coro:

—Que viva muchos años, muchos años!

—Singular idea de Bavon la de fest-tejarte en esta casa, exclamó Amelia. Es un pícaro.

—Y ahora, madre, dijo el jóven con acento solemne y los ojos preñados de lágrimas de enternecimiento, ahora, quien te lo debe, su instruccion, su fe-licidad, su porvenir, va á hacerte un regalo con el cual ha soñado desde su infancia, á ti y al pobre obrero de fá-brica, que ha sufrido y se ha sacrifica-do por su hijo! Has visto esta casa, es-te jardín, estas flores, estas redes? Pues todo ello te pertenece. He alquilado la casa, he comprado los muebles. Habi-tarás aquí; mi padre no trabajará ya; fumará su pipa, cuidará las flores y se dedicará á la pesca. Somos ricos, soy primer dependiente, gano cuatro mil francos! Bendito sea Dios que me ha permitido recompensar tu amor. Pa-dre, madre, poneos con comodidad, os hallais en vuestra casa!

La señora Damhout se hallaba tan profundamente conmovida, que se apoyó en la mesa para no caer; pero se levantó de nuevo, saltó al cuello de su hijo y con ternura febril le es-trechó contra su seno maternal. Dam-hout, mudo de estupor, derramaba lá-grimas de alegría; las niñas batian palmas y danzaban frenéticas.

Por la noche, Bavon, sentado al la-do de su madre, estaba triste y silen-cioso. Le dijo que se sentía muy can-sado; pero la señora Damhout com-prenió que era otra la causa de su tristeza.

Al fin murmuró con voz reprimida:

—Bavon, tú te acuerdas de alguna

Yo también, hijo mío. Cuando uno es feliz, no es cierto, desearía que cuanto amó lo fuesen con él...

—Sí, madre, respondió; no siempre el hombre logra dominar sus pensamientos; pero no es nada. Es un recuerdo de mi infancia que surge en mi corazón á pesar mío.

VIII.

Un domingo, á la caída de la tarde, una mujer, ya entrada en años, y una jóven, salieron de la estrecha callejuela en donde los Damhout habían habitado en otro tiempo. Sus vestidos andrajosos, su paso incierto y su temor visible, todo revelaba en ellas, no solo una gran miseria, sino un profundo desaliento. Caminaban lentamente, silenciosas y con la cabeza baja, á lo largo de las casas, como dominadas por un sentimiento de vergüenza ó de secreto horror.

Existía, con todo, en su aspecto una notable diferencia. Mientras que la mujer como persona acostumbrada desde mucho tiempo á la pobreza, estaba, por decirlo así, cubierta de andrajos, la jóven probablemente había puesto todo su cuidado en ocultar en lo posible, las señales exteriores de la miseria. Sus vestidos, aunque usados, estaban sumamente limpios; y su gorro, aunque remendado y recosido, era blanco como la nieve.

Cuando por casualidad levantaba la cabeza para no tropezar con un transeúnte, se la miraba con sorpresa, cual si se asombrara uno de hallar tales facciones bajo tan miserables vestiduras.

En efecto, la pobre jóven era muy linda; en sus ojos azules, bien que empañados por la pena, brillaba un rayo de inteligencia y sensibilidad; sus mejillas eran lozanas y blanca su frente como la azucena. Además había en el corte de su vestido, en la elegancia de sus formas y en la modestia de su porte, algo de particular que no permitía poner en duda que la jóven había recibido una buena educación.

Algun doloroso acontecimiento había precipitado á estas desgraciadas de una posición más elevada á una miseria tan profunda, que debía tomárselas á ella y á su compañera, por

mujeres mendigando el pan de puerta en puerta.

Sin cambiar una palabra, habían llegado al bajo Escant y se acercaban al puente de la Vigne. La mujer dijo con voz alterada:

—Ten valor, hija mía. Andas tan despacio, tienes miedo?

—Sí, madre, yo no sé, mi corazón late angustiado, suspiró la jóven.

—Oh cielos! Temes que los Damhout desoigan nuestra súplica? Esta idea me estremece. Ay de mí! Que sería entonces de nosotros?

—La señora Damhout nos socorrerá madre; no hay que dudarlo. Un corazón como el suyo no puede permanecer insensible á nuestra desgracia; y, cuando con las lágrimas en los ojos invocaré su cariño de otros tiempos hacia la pobre Godeliva...

—Sin duda alguna; y, una vez que son aún más ricos de lo que nos habían dicho en Lilla... Ah! Godeliva, lo que vamos á intentar es bien penoso, sobre todo para tí, lo sé; pero el hambre no tiene entrañas, es una necesidad imperiosa.

—Los Damhout son ricos, muy ricos! repitió la jóven con voz sorda, cuyo temblor extraño sorprendió á su madre.

—Pero tanto mejor, Godeliva, dijo ésta. Alabado sea Dios que les ha parado medios para socorrernos!

—Madre, ir á pedir limosna á los Damhout! yo, la pequeña Godeliva á quien han querido con tanta ternura que con ellos asaba formar proyectos para el porvenir! Oh, bella infancia mía, con que reproches te presentas á mis ojos! Mendiga! Godeliva una mendiga!

—No, no, hija mía, no seas tan severa contigo misma. Venimos á pedir auxilio, es cierto; pero no somos por ello unas mendigas.

Pasaron frente á la iglesia de San Bayon. La jóven parecía empujada por una fuerza secreta hacia la puerta pequeña del templo y se había vuelto á medias, tal vez sin saberlo.

La mujer la detuvo y dijo:

—Pero, Godeliva, qué es lo que haces? Debemos ir siempre de frente; la calle de la Cruz está allá abajo.

—La vergüenza, el temor, madre; mi alma quiere rezar y pedir fuerzas; porque, á medida que nos acercamos

al sitio en donde tenderé mi mano suplicante á... á la señora Damhout, to-dó mi valor me abandona.

—La noche llega, Godeliva; no podemos esperar á que haya oscurecido enteramente. Ven, hija mia, es un momento penoso, en efecto; pero será breve. Vendremos aquí, junto al santo sepulcro á dar gracias á Dios por su misericordia, ó... á derramar lágrimas de desesperacion sobre el mismo banco en donde tantas veces nos hemos arrodillado. Ven ahora, eso durará poco.

Prosiguieron su camino hasta la calle de la Cruz, en donde principiaron á mirar en derredor, con objeto de reconocer la casa, cuyas señas les habian dado. Como iba oscureciendo, no consiguieron hallar enseguida lo que buscaban. Al fin, dijo la mujer:

—Ahí es, Godeliva. Esa hermosa puerta redonda, ese balcón! Qué hermosa casa! Qué venturosos deben ser los Damhout! Tambien lo merecen, no es verdad? Ah! dignense oír nuestra súplica! Hay ya luz en la estancia del piso bajo. Godeliva, valor, hija mia; échate á los piés de la señora Damhout conjúrala por sus bondades hácia nosotros; nos salvará no lo dudes.

—Sí, madre, la lucha ha terminado, siento que he adquirido alguna fuerza

Como quiera que se acercaban á la casa, Godeliva á través de los cristales vió á un hombre, un caballero, en el aposento iluminado. Aunque estaba de espaldas á la calle, su vista causó en ella un terror incomprensible; pero, en el mismo instante, el caballero hizo un movimiento y se volvió de cara á la ventana, de suerte que la jóven pudo reconocer su semblante.

Ahogó un grito, temblaron sus piernas y se apoyó contra la pared para no caer.

Vió á su madre extender la mano hácia la campanilla. Se arrojó hácia delante, alejó de la puerta á su madre atónita, por una especie de violencia febril la condujo al lado sombrío de la calle, y ocultó llorando su rostro en el seno de la señora Wildenslag, mientras exclamaba:

—Madre, madre, e-tá ahí.

—¿Quién!

—Bayon.

—Y bien, slabado sea Dios! Exhor-

tará á su madre á que tenga compasion de nosotros. Ven, vence tu vergüenza.

—Imposible, madre mia, sollozó la jóven. Oh, ahórrame este sufrimiento esta humillacion, esta desesperacion; pedir limosna en su presencia, á él, ¡ay de mí, mi corazon estalla, perderé el sentido á sus piés, moriré quizás!

—¿Quiéres, pues, que vaya sola?

—Te bendeciré y lo agradeceré toda mi vida, madre adorada. La sola idea de tenderle la mano me llena de angustia mortal.

—Pero ellos te quieren más que á mí; y si desoyen mi súplica, porque no te hallas conmigo?

En ese caso, respondió la jóven con extrema agitacion, en ese caso, sabré ahogar en mi corzon toda vergüenza y toda sensibilidad. Me presentaré á él, abrazaré sus rodillas, las regaré con mis lágrimas. Oh! nos dará más de lo que necesitemos, pero algo habrá muerto dentro de mí! Lo mismo dá, me resignaré, me sacrificaré para recobrar la vergüenza y poner á salvo nuestro honor.

—Y bien, yo soy más fuerte que tú contra la vergüenza; probaré.

Godeliva juntó las manos y dijo con acento suplicante:

—Oh, madre mia, ten piedad de mí. No pronuncies mi nombre en su presencia, ocúltale mi venida contigo, absolutamente no le hables de mí. Voy á arrodillarme ante el santo sepulcro en la iglesia de San Bayon. ¡Con qué fervor rezaré! Dios te protegerá! En su infinita gracia, me perdonará tal vez el fatal sacrificio de mi dignidad, el único bien cuya conservacion me daba fuerzas y me permitia luchar contra las horribles amarguras de mi vida. Ve, madre, aguar-daré con angustia ante el santo sepulcro. No me nombres, no me nombres. Murmurando estas últimas palabras, se alejó rápidamente hácia San Bayon.

La mujer la siguió un momento con la vista, sacudió la cabeza y se dijo en voz baja, al atravesar la calle:

—Lo temía. Pobre Godeliva! Es dos veces desgraciada. Comprendo que su corazon mane cruelmente sangren... Sin ello, no me permitiría ir sola, ella, que por amor, por bondad, sacrificaría su vida por evitarme el dolor de una humillacion. Y bien, tendré valor para

las dos. Afrenta, rubor, salud ó alegría, que es lo que me aguarda ahí, dentro, oh cielos?

Llamó y dijo á la sirvienta, cuando la abrió, que deseaba hablar con monsieur Damhout.

La sirvienta á causa de la oscuridad no reparó sin duda en sus andrajos, porque abrió la puerta de la estancia que daba á la calle y la introdujo en presencia de un joven caballero que leía sentado enfrente de una mesa.

Levantó la cabeza y contempló con ingrata sorpresa á aquella mujer mal vestida. Sin levantarse le dijo;

—¿Venís á pedir trabajo en la fábrica, señora? Presentaos mañana por la mañana en el despacho, veré si hay empleo para vos. En este momento no puedo asegurarlo.

—Quisiera hablar á M. Damhout, balbuceó la mujer.

—M. Damhout soy yo mismo.

—No, á vuestro padre ó á vuestra madre, caballero.

—Han ido á pasar la noche á casa de unos amigos, al extremo opuesto de la ciudad. No podéis verles hoy; volved mañana antes de mediodía.

—Ay! suspiró la mujer, yo que llego de Francia y debo partir mañana al amanecer.

—¿De Francia? Venís de Francia? murmuró Bavon, mirando á la mujer cara á cara, con creciente agitación.

—No me conocéis, caballero? En efecto, erais joven aún y la constante adversidad envejece á la gente antes de tiempo.

—¿Señora Wildenslag! Seriais la madre de...? la mujer de Juan...? Lina Wildenslag? Imposible!..... Habéis, pues, estado enferma?

—Enferma y desgraciada, caballero.

El joven con dificultad podía contenerse, se había levantado y había hecho un movimiento para tenderle la mano; pero una nueva mirada sobre aquellas miserables vestiduras, el recuerdo de la conducta de los Wildenslag, le detuvieron, y se dejó caer sobre una silla.

—Debeis esperar hasta mañana, á menos que no queráis confirmarme á mí mismo lo que tenéis que decirles, respondió.

—Venia arrojarle á sus pies y á implorar su socorro, caballero. Nos

hallamos en una terrible indigencia; ya no nos queda otro recurso que la generosidad de vuestros padres. Sin duda, en nuestra miseria, no tenemos derecho á acordarnos de la amistad que en otro tiempo nos concedieron y que nosotros no merecíamos; pero perdonarán á gentes profundamente desgraciadas, si nos atrevemos á esperar algo de la caridad de vuestra buena madre.

—¡Una limosna! exclamó Bavon perificado.

—Más que una limosna, caballero, la salvación de nuestra vergüenza.

—No os comprendo, dijo él con desconfianza. En donde están, pues, vuestros hijos, vuestras hijas, vuestro marido? Ganabau mucho dinero.

—Mi marido ha muerto, caballero. Mis hijos... uno es soldado en África, otro reside en Rouen, un tercero en Mulhouse. Tiene hijos y no se acuerdan ya de su pobre madre. Uno solo, el más joven, se halla con nosotros... conmigo, en Lille. Por él, caballero, es por quien vengo á implorar auxilio de vuestros padres. Había conseguido trabajo en el almacén de una fábrica. Ayer, le enviaron á llevar un paquete á la estación del ferro-carril. El desgraciado se detuvo en una taberna; se descuidó con sus camaradas, y perdió el paquete que se le había confiado. El dueño de la fábrica pretende que mi hijo ha robado el paquete y lo ha vendido. Quiere mandarle prender por los gendarmes, y que como un ladrón le condenen á cinco años de presidio. Ah! caballero, tal vez hemos merecido nuestra miseria con una vida de desorden y disipación. Así me lo dice la desgracia; sin embargo continuamos siendo honrados y mi pobre hijo es solo culpable de un grave descuido. En realidad, es un buen muchacho, posee un corazón sensible, respeta á su madre. Sea la pobreza nuestro patrimonio, yo la sufriré resignadamente como justo castigo; pero la deshonor de una condena! mi hijo en presidio! Soy madre y no sobreviviré á semejante golpe, y mí... Oh, caballero, podeis salvarnos con tan poca cosa, al menos para vos que sois rico!... El dueño de la fábrica consiente en olvidarlo todo y en aceptar su justificación, si mañana, antes del medio día, le devolvemos el paquete ó cien fran-

—¿Para vos, es casi nada; para nosotros, es más que la vida. Muévase a compasión mi llanto, tened piedad de unas personas que a pesar de la ausencia y la adversidad, no han pasado un solo día sin acordarse con gratitud de vuestros padres.

Cayó de rodillas en medio de la estancia y tendió al joven sus manos temblorosas.

Este, por más que lo intentaba, no conseguía dominar su emoción. Se dirigió á ella y la levantó diciendo:

—Calmos, señora; comprando vuestra ansiedad y vuestra desgracia. Decís que cien francos pueden salvaros? Consolaos, los tendréis. Sentaos en esta silla, tengo algo que preguntaros. Hablabais de vuestros hijos... pero vuestras hijas?...

—Mis hijas? balbuceó con embarazo la mujer Wildenslag.

—Sí, vuestras hijas, qué ha sido de ellas?

—Caballero, viven muy lejos, en Francia. Están casadas.

—¿Casadas! exclamó Bavon con profundo angustia en la mirada.

Miró durante algun tiempo con visible descontento á la desfavorida mujer que inclinaba la cabeza sobre el pecho y permanecía silenciosa.

—Sí, os socorreré, nada temais, repitió; pero, si no me hubiese vencido mi compasión hacia vuestro dolor maternal, hubiera permanecido insensible á vuestras súplicas. Mucho más me hubiera vengado en vos, y os hubiera cerrado despiadadamente la puerta; porque vos, señora, vos, sin saberlo, habeis envenenado mi existencia y turbado mi felicidad.

—¿Yo, caballero? Os equivocáis seguramente.

—No, no me equivoco. Mi madre habia depositado en el corazón de vuestra Godeliva los gérmenes de la virtud y del sentimiento del deber. Yo, niño inocente aún; habia compartido con ella las primeras nociones de la instrucción que debia preservar a del relajamiento moral y de la perversidad del corazón. Vos, su madre, qué habeis hecho de vuestra buena y pura Godeliva? La habeis llevado á una fábrica, para que os procurara dinero, habeis expuesto esa tierna flor al rudo contacto de gentes groseras....

—Caballero, caballero, no es ver-

dad! exclamó temblando la señora Wildenslag.

Pero Bavon, completamente fuera de sí, la interrumpió y continuó:

—Dejadme concluir; es la última vez que mis labios pronunciarán su nombre. Lo repito con indignación, que habeis hecho de vuestra pobre Godeliva? Ah! inútil es contestar, pues al cabo de dos años es sorprendida en un callejón de Douai, con el zueco en la mano, batiéndose, profiriendo insultos y palabras que hicieron retroceder de disgusto á un simple obrero de fábrica. Eso habeis hecho de vuestra pobre Godeliva. Ahora, es egoísta, insensible, y no abriga el menor sentimiento de delicadeza; ahora aborrece sin duda á la madre que ha vendido por un puñado de dinero la pureza de su alma.

—Oh; no, no, caballero, tened piedad de mí. Godeliva es la única de mis hijas que todavía me ama sinceramente, mi único apoyo en la desgracia.

—Sea, señora; quizás haya sobrevivido en ella un sentimiento generoso; quizás os ha perdonado el daño que le habeis hecho; pero, yo, no os lo perdono, no puedo perdonároslo. Tomad, ahí teneis los cien francos que me pedís. Salid ahora, y ojalá el cielo no continúe casitgándoos por vuestro fatal error respecto á vuestra hija.

Al pronunciar estas palabras, habia hundido la mano en un cajón de su pupitre y contado sobre la mesa cinco monedas de ora.

La señora Wildenslag contempló el dinero con ojos extraviados y sus lábios trémulos murmuraron:

—Oh, Dios! si pudiera rehusar este socorro! Pero no, el honor de mi hijo, el honor de mi pobre Godeliva! Debo doblar la frente como una esclava, al grito de la injusticia; oír acusar de bajeza, de perversidad de corazón á mi hija angelical... Ah! me falta el valor. Voy á sucumbir.

Dijó caer sobre una silla y se echó á llorar amargamente.

—Una tirana injusticia? repitió Bavon, asombrado de estas exclamaciones. Mis reproches, por severos que sean, no son fundados?

—Son falsos, completamente falsos! exclamó la señora Wildenslag á través de sus lágrimas. Quien ha sido bastan-

te cobarde para venir á deciros que ha visto á mi Godeliva batirse y proferir groseros insultos?

—Es Estéban Geers, quien la ha visto en Donai herir con sus zuecos en la mano.

—Ah! recuerdo ese triste asunto; no era Godeliva, era su hermana Teresa, que en efecto se parecen, al menos en las facciones. Godeliva, caballero; ja más una palabra indecorosa han proferido sus labios; ha sido maestra de escuela; tiene talento, es buena como un ángel, y su corazón permanece todavía tan puro como cuando la enseñabais á leer.

—Cielos! qué decís, señora; balbuceo Bavon, presa de la duda. Y está casada?

—Y, caballero, jamás ha permitido que un hombre la mirara sin respeto. Y no está casada.

—Pero explicaos, me haceis morir de impaciencia. Decidme, os lo suplico, cuál ha sido la suerte de Godeliva durante estos ocho largos años?

—Y bien, comprimiré mi dolor, dijo la señora Wildenslag, levantando la cabeza. Hallaré valor y fuerzas para defender á mi noble hija, á mi buena Godeliva. Escuchad, caballero, vais á saber cual ha sido nuestra suerte y la suya, desde que nos disteis un doloroso adiós á las puertas de la ciudad. Nos dirigimos á Wazemmes, cerca de Lille, y hallamos allí mucho trabajo y un buen salario. Como quiera que mis esfuerzos para hacer admitir á Godeliva en el taller de una modista no dieron el menor resultado, su padre la obliga á ir á la fábrica. La pobre niña no pudo acostumbrarse á ella y enfermó de pena. Necesité mucho tiempo para recobrar sus fuerzas; entónces, con objeto de procurarse alguna utilidad, inauguré en nuestra misma casa una modesta escuela para enseñar á leer á los hijos de los flamencos nuestros vecinos.

—Y vuestras cartas, por qué no habéis contestado á ella?

—Vuestras cartas? No hemos recibido mas que una y Godeliva la ha contestado.

—Además hemos escrito otras tres.

—Lo ignoro, caballero.

—Vuestro marido las recibía en la fábrica. Las habrá guardado ó destruido?

—Es muy posible, caballero; creía que para Godeliva era preferible romper toda relacion con personas mucho mas elevadas que nosotros; porque por un individuo de Gante sabíamos vuestro ingreso como dependiente en la casa de M. Raemdouck y Godeliva decía siempre que no dejarais de hacerlos ricos.

—Y por qué Godeliva no nos escribía para tener noticias nuestras?

—Nosotros, pobres y humildes obreros de fabrica? Y no obstante, muchas veces he instado á Godeliva para que os escribiera. Mas ella no se atrevía á verificarlo, habia demasiada distancia entre nosotros y vuestros padres.

—Continuad, señora, no os interrumpiré ya.

—Ah! nuestra historia es breve, caballero, prosiguió la señora Wildenslag. Mi marido y mis hijos llevaban una vida desordenada. Con frecuencia pasaban la mitad de la semana sin trabajar, de suerte que se vieron arrojados de muchas fábricas. Partimos juntos para Rouen. Allí todavía Godeliva tuvo escuela en casa, instruyendo en ella á los hijos de los obreros franceses, porque, á fuerza de oír hablar francés, habia hecho rápidos progresos en esta lengua. Sufria mucho á causa de la brutalidad de sus hermanos y la envidia de sus hermanas, porque iba siempre decentemente vestida; todos la apreciaban y solían citarla como modelo de cortesía y de buenas maneras. Al fin, una señora de la ciudad le proporcionó una plaza de subinstitutriz en un colegio de señoritas. Allí permaneció dos años enteros, no reteniéndose de su sueldo mas que lo necesario para vestirse, de lo cual no podia prescindir para alternar con las demás institutrices. Con objeto de auxiliarnos, nos daba todo su sobrante, porque su padre habia caído enfermo, y la mayor parte de mis otros hijos, casados ó solteros, habian ido á vivir separadamente, y los dos muchachos que permanecian con nosotras nos daban de su salario menos que costaba su manutencion y otros cuidados. Mi marido empeoraba insensiblemente; era una enfermedad de postracion que agotaba sus fuerzas cada dia y nos hacia temer que fuese imposible su curacion. Entónces, ocurrió un suceso que debia sumergirnos en la miseria,

mas horrorosa. Uno de mis hijos que luego sentó plaza de soldado y ha partido al Africa, un bruto, un penden-ciero consumado, varias veces, con afrenta de la pobre Godeliva, habia ido ya á llamar á la puerta del colegio con objeto de pedirle dinero. Esto disgustaba en gran manera á la directora del establecimiento; con todo, por afecto á Godeliva, lo habia sufrido con paciencia. Pero, un día, el malvado de mi hijo, cegado por la borrachera, penetra violentamente en el colegio y allí, á fuerza de insultos y amenazas, quiere obligar á su hermana á que le entregue una fuerte cantidad de dinero. Atemorizó tanto á las institutrices, inspiró tan profundo terror á las alumnas, que Godeliva perdió su empleo y vino á casa medio muerta de vergüenza y de desesperacion. Su hermano, comprendiendo que á todos nos habia sumido en la desgracia, partió al día siguiente para servir en la legion extranjera de Africa. Godeliva, cuyo valor y fidelidad son inagotables, principió inmediatamente á buscar nuevas discípulas, y obra de costura, pero no lo consigo con la necesaria prontitud. La miseria llamaba á nuestra puerta y estábamos espantados del triste porvenir que nos amenazaba. Quizás mi pobre marido abrigaba el oculto presentimiento de su próxima muerte, porque un deseo irresistible de regresar á Flandes ardió repentinamente en él. Intentamos distraerle de este proyecto; sobre todo Godeliva temblaba, no sé con que motivo, á la sola idea de volver á pisar la ciudad de Gante. Nada tenia que hacer allí, porque nos suplicaba llorando á lágrima viva que no le dejáramos morir en tierra extraña. Los aires de Flandes debían curarle, estaba convencido de ello. Vendí-mos nuestros muebles y cuanto poseíamos, y en una hermosa mañana, partimos para nuestro país natal. De todos nuestros hijos ninguno queria seguirnos, excepto la hija de Godeliva. Mi marido habia medido mal sus fuerzas. Aunque amenazado de sucumbir en la jornada, no queria detenerse; pero llegado al arrabal de Lille, no podia andar más y cayó sin conocimiento en una posada, en donde nos habíamos detenido. Volvió un poco en sí, mediante algunas horas de

reposo. Dos días permanecemos en la posada; pero nuestros débiles recursos tocaban á su fin. Hallamos cerca de allí una casita de obreros que estaba desocupada, la alquilamos y trasladamos á ella á nuestro pobre enfermo. Una mala cama, un par de sillas, una vieja sarten y dos ó tres piezas de batería de cocina, absorbieron, hasta el último franco, todo cuanto poseíamos.... Escuchad ahora, caballero, os lo suplico, y ojalá admireis como se merecen, la fortaleza de alma y la excelencia de mi hija! Cayó sobre nosotros una cruel miseria; casi enloquecí de pena y de desesperacion. Ni víveres, ni el menor socorro para mi marido moribundo; por toda perspectiva el hambre para nosotros y una muerte horrorosa para él. ¿Cómo describir la conducta angelical de Godeliva? Trajo dinero á casa, llamó al médico y pagó las medicinas. Yo no me atrevia á preguntarle de donde sacaba los recursos; pe observé que sus pendientes primero, luego, su cruz de oro, luego uno tras otro, sus mejores vestidos, desaparecian; de modo que no le quedaron sino objetos sin va or. En fin, fué necesario sacrificar igualmente mis vestidos domingueros. Hablé de solicitar que admitieran á mi marido en el hospital; pero él pidió llorando lo contrario y Godeliva no quiso oír hablar de ello. Entonces, escribimos á Rouen pidiendo auxilio á nuestros hijos. Mi hijo menor contestó el único que vendria á trabajar para nosotros; pero se habia herido gravemente del brazo en la fabrica, y llegó demasiado tarde. Esta situacion duró cerca de un mes, caballero, un mes, durante el cual Godeliva pasó casi todas las noches sentada á la cabecera de la cama de su padre, consolándole, hablándole de su inmediata curacion, de la misericordia de Dios, y de la vida mejor que en el cielo nos espera. Jamás salió una queja de sus labios; reía, estaba alegre, para infundirnos valor. Oh! caballero, me faltan palabras para deciros cuanto por nosotros hizo Godeliva en aquellos terribles días. Juzgatz vos mismo. Durante la última semana de su existencia, mi pobre marido, engañado por los tiernos cuidados, por los dulces consuelos de su hija, la tomó por un ángel, y ya no le habló mas que como á una criatura

enviada por Dios para endulzar su agonía y mostrarle el cielo. Y, caballero, no era que la imaginación de su padre se hallara trastornada por la enfermedad; no, yo, su madre, me sentía inclinada al mismo error. Hubo un momento en que sus sacrificios me hicieron caer á sus pies y en que, loca de gratitud y de admiración, me arrojé en presencia de mi hija, como ante la imagen mas pura de la bondad divina. Ah! si hubiérais visto espirar á mi marido, contemplando á su hija con una mirada de bienaventuranza, y besando aún, en señal de despedida la mano de su ángel consolador!..

Prorumpió en llanto y dejó caer la cabeza sobre su pecho.

El jóven había escuchado esta relación con emoción creciente; la expresión de su semblante era una mezcla singular de compasión y secreto orgullo, de dolor y de alegría. No obstante, al fin se dejó llevar por la piedad á la triste suerte de los Wildenslag. Hacía un momento que lágrimas silenciosas corrían á lo largo de su cara.

Se levantó, dirigióse á la señora Wildenslag, la asió la mano y le dijo:

—Pobre mujer, cuánto habeis sufrido! Y yo que os acusaba cruelmente, oh! perdonadme!... Gracias os doy; porque por vuestras palabra, por vuestra emoción maternal, comprendo que habeis contribuido á sostener á Godeliva en el sendero que su virtud y su instrucción le habían señalado. Ea, consolaos; habré de vos á mis padres; os ayudaremos, la miseria al menos no volverá á visitaros.

—¡Bendito seas! murmuró sollozando la mujer; vuestra bondad me arranca nuevas lágrimas. Ah! poseeis el corazón de vuestra madre... un corazón generoso como el de Godeliva!

Bavon dió un paso hácia su pupitre y tomó de él un poco de dinero.

—Con los cien francos que están ahí encima, dijo, podeis pagar el paquete perdido. Ese triste asunto no debe, pues, causaros la menor inquietud. Ah! teneis cien francos más, para atender á vuestras primeras necesidades. Con mi madre buscarémos el modo de asegurarnos una suerte menos penosa. Si pudiéramos proporcionar á Godeliva una colocación de institutriz en Gante! Para vuestro hijo tengo un trabajo ventajoso. Una vez que po-

see un corazón sensible, yo le traeré al buen camino. Ea, tomad el dinero de la señora; no os avergonceis por ello. Os debo mi gratitud; hoy me habeis librado de una pena muy grande y de una profunda tristeza que hacia muchos años me roía el corazón. Si, así es. La idea de que la buena y dulce Godeliva, la amiga de mi infancia, el ángel que ha velado á mi padre enfermo, se había malogrado, esta idea era penosa para mí, y mi compasión se convertía lentamente en un dolor amargo. Ahora, estoy tranquilo ahora de ello. Me alegra saber que ha conservado, además de la pureza, la nobleza y la bondad de su corazón.

La señora Wildenslag, habiendo recogido el dinero de sobre la mesa, juntó las manos y dijo al jóven, con los ojos húmedos de lágrimas:

—Oh! caballero, vuestra bondad, vuestra generosidad me confunden. No sé como expresaros mi gratitud. Mañana por la mañana, ántes de partir, volveremos. Godeliva os dará las gracias de rodillas.

—Godeliva! mañana? exclamó el jóven fuera de sí. Pues donde está Godeliva?

—Caballero, no me atrevo á engañaros por más tiempo; se halla en la iglesia de San Bavon, rezando al pie del santo sepulcro.

—Y por qué no ha venido con vos?

—La pobre jóven ha tenido miedo, caballero.

—Miedo? de mí?

—Está avergonzada, caballero, para pagar los gastos de nuestro viaje á Gante, nos hemos visto obligados á vender los únicos vestidos de alguna valor. Godeliva temía presentarse á vos...

—Y con todo, quisiera verla! exclamó Bavon, muy agitado. Despues de ocho años de ausencia! Qué importa el vestido? No son una prueba de su fidelidad, de su amor hácia sus padres! Ah! si me fuera dado enhejar una recompensa, sería la de consolarla y de infundirle valor.

—Iré por ella, caballero... También á mí, me avergonzaba la prueba á que debía someterse respecto á vos; pero los beneficios de un corazón noble como el vuestro no son humillantes, al contrario. A lo haré comprender á Godeliva, caballero. Vendrá á daros las gracias.

Así diciendo, la señora Wildenslag desapareció.

Bavon, sucumbiendo al peso de sus emociones, se dejó caer sobre una silla y ocultó la cabeza entre las manos. La expresión de su fisonomía revelaba una lucha interior contra ideas que á pesar suyo le turbaban. No obstante, transcurridos algunos minutos, pareció haber vencido la secreta rebeldía de un sentimiento que creía dominado, porque levantó la cabeza y se dijo con una sonrisa un tanto irónica:

—Esos son sueños que disipa la realidad. Nada de sueños imposibles! Si tenemos el deber de reconocer y premiar cuanto la buena niña Godeliva hizo en otro tiempo por mi padre enfermo. Sería una cruel ingratitud abandonarla en la desgracia; nuestro deber es muy sencillo y muy fácil de cumplir. Les auxiliaremos y les protegeremos hasta que Godeliva encuentre una colocación ventajosa en un establecimiento de enseñanza, hasta que posea los medios de vivir tranquila y comodamente. Velaremos por ellos hasta preservarles del infortunio.

Inclinó de nuevo la cabeza y clavó sus miradas en el pavimento. Después de un momento de inmovilidad, prosiguió, suspirando:

—Es extraño, cualquiera creería que el hombre encierra en sí una doble criatura... Pero, no; no siempre se hallan acordes su corazón y su voluntad. Y sin embargo, debo rechazar esta idea, pues un imposible social se ha levantado entre los dos; debo olvidar mi infancia. Su infortunio me prescribe el respeto; no humillemos su corazón sensible. ¡Ah! llaman. ¡Héla ahí! ¡Cómo late mi corazón! Es necesario dominarme... ¡Pobre niña Godeliva, es así como debía volverte á ver!

La señora Wildenslag penetró en la estancia, seguida de su hija.

Godeliva, confusa; llevaba la cabeza baja como un reo, y no se atrevía á levantar los ojos. Temblaba de una manera visible y su madre debió asirla del brazo para que avanzara hasta el centro de la estancia.

Bavon había dejado escapar un grito ahogado y había dado un paso hacia la joven, para tomarle la mano. Pero se detuvo y dijo:

—Godeliva, perdonadme. Deseaba tanto volver á veros! No os mostreis

avergonzada; sé cuánto habeis sufrido y cuánto habeis hecho por vuestros padres. Esos arapos os realzan á mis ojos y el único efecto que en mí producen es un sentimiento de profundo respeto hacia el noble corazón que envuelven.

La joven levantó la cabeza y dijo con voz tranquila, pero con acento solemne.

—Caballero os doy las gracias desde el fondo de mi alma, mas aún por vuestras lisonjeras palabras, que por vuestros beneficios. No solo nos librais de un temor horrible, sinó de la miseria. Bendito seáis! Uniré vuestro nombre á todas mis plegarias y el nombre de vuestros padres, para que Dios os conceda toda la felicidad á que sois acreedores.

Bavon parecía atónito, sus ojos resplandecían de una manera extraña. Su mano temblorosa se apoyaba en la mesa, casi si tuviera necesidad de sostenerse; aquel lindo semblante, aquella frente pura, en que el pudor y la confusión derramaban rosadas nubes!... oh! estaba mas bella aún que la Godeliva angelical de sus ensueños. Qué violenta batalla sostenía contra su corazón! Para eso era necesario dominar el extravío de sus sentidos; el respeto hacia sí mismo, el respeto hacia Godeliva se lo ordenaba. Un suspiro ahogado hinchó su oprimido pecho; se dejó caer sobre una silla y dijo con aparente calma:

—Volveros á ver después de ocho años de ausencia, Godeliva, me causa gran satisfacción. Esto me trastorna. Es natural, no es cierto? Los recuerdos de la infancia viven en el corazón del hombre y se despiertan siempre en él con nuevo brío!... Ah! os dejo ahí, de pie, en medio de la estancia. Perdonadme; sentaos.

—Caballero, balbuceó ella, tened compasión de una desgraciada joven. Vuestra bondad es infinita. Estoy conmovida, me siento enferma, y las fuerzas me abandonan.... Concededme la gracia de salir hoy mismo de esta casa. Mañana estaré mas tranquila y podré expresar á vuestra madre mi gratitud sin límites.

—Queréis partir? Godeliva? exclamó apesadado el joven. Oh! no, un instante mas, os lo suplico.

Impulsada por su madre y por defe-

encia á esta súplica, la jóven se sentó, bajando de nuevo la cabeza. Se hubiera dicho que la mirada de Bavon la causaba espanto, y, en efecto, cada vez que se había encontrado con ella, se había estremecido.

—Decidme, Godeliva, en vuestra penosa existencia, os habeis acordado alguna vez de vuestra infancia? preguntó Bavon.

—Mi único consuelo en este mundo, suspiró la jóven, era el recuerdo de vuestra bondad hacia la pobre niña enferma.

—Y para mí, Godeliva, el único, pero amargo dolor de mi vida, era pensar que la dulce compañera de mis años infantiles vagaba perdida y desgraciada por el mundo.

Hubo un momento de silencio.

—Godeliva, preguntó de repente el jóven, como impulsado por una emoción violenta. Godeliva, os di un recuerdo mío. Le habeis conservado?

No obtuvo contestación.

—La imagen de Bavon y de Godeliva con sus libros en la mano, dijo; sencillo dibujo que costó al pequeño Bavon un mes de trabajo al menos. Me habiais prometido conservarlo.

—Pero, Godeliva, cómo así puedes dejar al señor Dambout sin contestación? exclamó la madre Wildenslag. Si; si, señor, le ha conservado... No me impidas hablar, Godeliva.... Tan bien conservado, señor, que años hace que ese dibujo se halla al pie del crucifijo ante el cual Godeliva acostumbra á rezar.

Ah! gracias, gracias, por vuestro fiel recuerdo! dijo Bavon.

—¿Por qué os extraña eso caballero? dijo la jóven con dignidad. Si queria rogar toda mi vida por la felicidad del que me ha enseñado á leer, podia hacer nada mejor que colocar su imagen en el sitio en que todas las noches me arrodillo para elevar mi alma á Dios?

Bavon le tomó las manos, y, con voz profundamente convevida:

—¡Siempre el mismo ángel!... Venid, Godeliva, consolaos y tened valor, no volveréis á ser desgraciada; nosotros os protegeremos. Os buscaremos una buena colocacion en institutriz. Mi madre os amará de nuevo y os asistirá. Yo seré vuestro amigo como cuando éramos niños todavía... es decir; no sé, mi agitacion me trastor-

na la cabeza; mis sentidos se extravían...

La jóven, atemorizada, desasí su mano con una vivacidad tan febril, que él se sietió herido en el fondo del corazon por este movimiento, y retrocedió un paso con estupor.

Godeliva levantó lentamente la cabeza; unque las lágrimas empañaban sus ojos, había tan virginal altivez en su mirada, y tanta nobleza de expresion en su hermoso semblante, que Bavon la contempló con respeto.

—Caballero, tened piedad de mí, os lo suplico. Ni la misma muerte conseguiria hacerme olvidar cuanto por mí habeis hecho cuando era niña, y cuanto hoy hacéis por librarnos del abismo; porque, aun en el seno de Dios, mi alma recordará todavía vuestra bondad. Pero no me busqueis colocacion en Gante. Pasado el día de mañana no volveré á pisar mi ciudad natal. Conozco toda la nobleza de vuestro corazon. Me comprendéis, estoy segura de ello.

—Pero no os comprendo, murmuró Bavon.

—¡No comprendéis el inexorable deber que me obliga á buscar en Francia una posicion?... prosiguió Godeliva. Ah! si no existieran entre vos y yo, profundos, indelebles recuerdos, por gratitud quisiera ser la sirvienta de vuestra madre y vuestra propia esclava. Ahora, no puede existir entre nosotros más otro lazo que el beneficio por un lado y la eterna gratitud por otro. He sufrido mucho, he sufrido amargamente, sin que mi valor desfalleciera. Si debiera perder por un momento mi propia estimacion, moriria de resultas. Si, si, Bavon, el alma de la pobre Godeliva se halla sedienta de vuestra consideracion y la conservará con su gratitud hasta la tumba. Adios, caballero; hasta mañana.

Y, levantándose, tomó el brazo de su madre y la arrastró hacia la puerta. El jóven extendió la mano para detenerla; pero las palabras solemnes de la jóven le habian recordado tan enérgicamente el sentimiento de la realidad y la conciencia del deber, que permaneció como enclavado sobre el pavimento, hasta que oyó cerrarse la puerta de la calle. Entónces, mudo y con los ojos extraviados, alzó los brazos al cielo murmurando palabras

ininteligibles. Su espíritu estava agitado y eran confusas sus ideas.

—En fin, despues de un momento de reposo, se dijo:

—¡Qué hermosa está! A pesar de sus harapos, me parecia imponente y altiva como una reina. En medio de gentes ignorantes y groseras ha sabido conservar su pureza y la delicadeza de su corazon, á pesar de la necesidad, el hambre y la miseria! Ah! la instruccion! Yo soy quien ha dado á esa alma la luz, la fuerza de resistir á la corrupcion, al envilecimiento moral. Mi madre es quien le ha inspirado el amor á la virtud y al deber. Rosa entre espinas, azucena creciendo en un lodazal! Y la azucena ha permanecido pura y la rosa ha derramado su aroma como un bálsamo, sobre las heridas de cuantos la rodeaban. Es necesario que sea noble entre las mas nobles para no haber sucumbido á tales pruebas. Gracias, Dios mío, gracias á vos que habeis hecho fructificar los gérmenes depositados en su corazon y en su entendimiento por un niño como ella!

Secó su frente y principió á caminar en torno de la estancia para sustraerse al torbellino de sus pensamientos. De repente exclamó:

—Imposible, imposible!.. El mundo, mis padres... sus hermanos, sus hermanas... única felicidad que debe estarme vedada sobre la tierra... Pero es suya la culpa por ventura? Irá lejos de su ciudad natal, sufrirá, morirá tal vez! Sí, sí, no me engaño; su confesion, su pudor alarmado, sus últimas palabras... Tam ien ella ha sufrido; tambien ella lleva en su corazon un gusano que la roe cruelmente.

Se hundió en una silla, se tapó los ojos con las manos y murmuró con desesperacion:

—Ay, ay de mí es imposible; tiene razon, no debo volverla á ver despues del día de mañana. Tambien yo quiero respetar el recuerdo de mi infancia y conservar o hasta la tumba. Ella lo ha dicho: de hoy en adelante no debe existir entre los dos otro lazo que el recuerdo de lo pasado, el beneficio y la gratitud.

Despues de un momento de silencio, se levantó de nuevo.

—La perderé para siempre? exclamó. Esa alma bella, ese corazon

amante irá á consumirse á lejanas tierras? Existe otro lazo, lazo sagrado, eterno. Existe un remedio para su pena y mi tristeza... Oh! no puedo mas; necesito hablar á mi padre, á mi madre, á mi principal. Aunque me censurase el mundo entero, tal es el precio demi felicidad sobre la tierra. Mía, mía la amiga de mi infancia! mía la dulce y pura Godeliva!...

Y así diciendo, salió corriendo como un loco.

CONCLUSION.

Hará cosa de un par de años, se me ocurrió escribir una relacion sacada de la vida de los obreros ganteses. Con objeto de reunir algunos apuntes fundamentales sobre el particular, llamé una tarde á la verja de una gran fábrica de Gante.

Llevaba una carta de recomendacion, la puse en manos del director del establecimiento, hombre de unos treinta y cinco años, cuyo traje, aunque indicando una posicion holgada, se hallaba cubierto de copos de algodón.

Apenas hubo leído mi nombre en la carta, dió señales de alegrarle mucho mi visita, díjome que era grande amigo de la literatura flamenca y se puso enteramente á mis órdenes.

Por espacio de horas enteras me condujo á las vastas salas y talleres de la fábrica, enseñándome y explicándome o todo y contestando á mis preguntas con tanto agrado, que yo no sabia como agradecerle una acogida tan cordial.

Indudablemente, no era un hombre vulgar... Habló de la industria, de sus progresos y de la organizacion del trabajo, no solo con profundo conocimiento de ello, sino con una especie de entusiasmo poético que me asombró.

Ya antes, sin otro móvil que la curiosidad, habia visitado algunos otros establecimientos del mismo género; pero en ninguno de ellos habia hallado tanto orden, ni tanta limpieza. Las salas y los talleres eran anchos y altos; se habian establecido un número suficiente de poderosos ventiladores para echar el polvo; en donde quiera que los rodajes ó correas podian coger y estropear al trabajador imprudente, placas de zinc le preservaban de esta

desgracia; en todas partes había espacio y aire en abundancia, y fácil era notar que con solicitud verdaderamente paternal se había velado por la salud y bienestar de los obreros. Las mujeres, los hombres y los niños, que vi trabajando en gran número, eran otra cosa de lo que yo me había figurado. Nada de vestidos sucios ó rotos; gravedad y comedido; uno no sé que de digno en la mirada; y cuando se les dirigía la palabra, cortesía y propiedad en las contestaciones.

Felicité sinceramente al director y le dije que podía estar envanecido del hermoso establecimiento que dirigía.

En efecto, respondí, estoy ya un poco satisfecho de ello; pero con el tiempo espero introducir algunas mejoras, sobre todo en lo concerniente á la suerte de los obreros. Hay una cosa de la que estoy mas orgulloso...

Miró un reloj y dijo:

Esperad unos minutos más y podreis verla, Mirad, caballero, el trabajador es susceptible de todo lo que se quiera; pero naturalmente, se necesita un poco de paciencia, porque antes es preciso triunfar de la ignorancia, la cual mientras exista, será un obstáculo invencible para el perfeccionamiento de las clases obreras.

Al poco rato sonó una campana. Aquí y allá vi niños de ambos sexos abandonar los molinos de hilar y salir del taller.

—¿Ha llegado para ellos la hora de comer? pregunté.

No, van á la escuela, respondió el director. De cada dos hiladores, uno abandona el trabajo por espacio de una hora. Durante este tiempo, el otro servirá solo el molino? lo cual no le es difícil, si se considera que su compañero, antes de partir, lo ha preparado del mejor modo posible. Lo mismo sucede con los niños ocupados en otros trabajos. Cada uno tiene su turno, y el que durante la semana no puede abandonar su tarea, recibe su instrucción los domingos y los lunes durante el tiempo en que cesan los trabajos. Solo hace ocho años que he fundado esta escuela, con autorización de los propietarios de la fábrica, y ahora puedo vanagloriarme de que mas de la mitad de nuestros obreros, así hombres como mujeres, saben leer y escribir. Bien se deja ver, no es cier-

to, que la instrucción les ha inspirado un sentimiento de dignidad personal? Mi sueño dorado es ver antes de mi muerte, que no queda en la fábrica un solo obrero ignorante. Caballero, podiais creer que los hijos de los obreros carecen de talento y que una hora de clase no puede producir en ellos apreciables frutos; tened la bondad de seguirme, tengo la seguridad de que lo que vais á oír ha de admiraros y complaceros.

Así diciendo, se dirigió hácia una puerta que daba al patio interior, y me condujo un poco mas lejos, hasta una vasta sala llena de hileras de pupitres, tras de los cuales se hallaban sentados unos sesenta muchachos de ocho á quince años.

El director dijo algunas palabras al maestro, y este me suplicó, una vez que los escolares casualmente habían principiado á escribir, que me dignara echar una ojeada á su escritura.

Muchos de ellos, en efecto, tenían hermoso carácter de letra. A algunos les oí leer con una pureza de pronunciación que raras veces había hallado en otras escuelas.

Entonces siguieron multitud de ejercicios, dirigidos esta vez por el mismo director, con objeto de hacerme juzgar del desarrollo de la inteligencia de aquellos pobres hijos de obreros.

Se les dirigieron preguntas acerca de la industria y la división del trabajo, sobre la teoría de tegiles en general y el algodón en particular: sobre los principios de la mecánica y la naturaleza de las fuerzas físicas que el hombre invierte en el trabajo; sobre las cajas de ahorros y las asociaciones de seguros mútuos, y en fin, sobre los deberes del hombre para con Dios; para consigo mismo y sus semejantes, en una palabra, sobre todo cuanto podía contribuir á hacer de aquellos niños hábiles obreros, buenos padres de familia y ciudadanos ilustrados de una patria libre.

Me asombro fué grande, cuando oí á muchos niños contestar á estas preguntas sin vacilar y con admirable claridad; pero sorprendiome todavia mas oírles resolver durante media hora, sobre una pizarra, ó simplemente de memoria, los problemas mas complicados de la aritmética.

Apenas podía creer que había visto á aquellos mismos muchachos atando hilos detrás de un telar de hilar. El director y el maestro estaban envanecidos de mi asombro y de los elogios que les dirigí, lo mismo que á los discípulos.

Después de estrechar cordialmente y con gratitud la mano del maestro, seguí al director, quien me suplicó me diera prisa, porque de lo contrario le faltaría tiempo para enseñarme aún otra escuela.

Cuando hubimos atravesado el patio, abrió una puertecita. Entramos en un jardín cubierto de flores y rodeado de tapias. A lo lejos, justo á un toldo de verdura, vi á tres ó cuatro niños, de los cuales los dos menores se hallaban sentados en un carrito. Habían enganchado á aquel lindo carruaje un par de corderillos. El conductor era un muchachito de unos diez años. A cada lado del carruaje marchaba una señora anciana, para preservar á los niños de todo accidente.

Bajo el toldo de verdura se hallaba sentado un anciano que contaría todo lo mas unos sesenta años. Fumaba en pipa y se ocupaba en componer una red de pescar.

Todos se reían y participaban de la diversion de los niños.

El director, con una sonrisa de felicidad, dirigió una mirada á aquella escena, sin interrumpir por ello su camino.

Pero apenas le hubieron divisado á lo lejos, los niños sentados en el carruaje extendieron las manos, mientras los gritos de «padre! padre!» resonaban en el jardín. El muchachito abandonó los corderillos, acudió brincando y saltó al cuello del director. Este besó al niño y le despidió con la promesa de una pronta vuelta, añadiendo que debía enseñar la fábrica al forastero.

—Mirad, caballero, me dijo el director con cierta emoción, «hí esta cuanto mas amo en el mundo. Ese anciano es mi padre; de esas dos señoras, la una es mi madre y la otra, la otra la madre de mi esposa. Esos angelitos son mis hijos. Dios me ha colmado de felicidad. Mi esposa es la única que falta aquí; sé donde está, vais á verla.

Se dirigió hácia otra salida y abrió en breve la puerta de una sala, en donde se hallaban cincuenta niñas sentadas enfrente de pupitres como en la otra escuela.

Además de la institutriz que se hallaba entre los pupitres, en la extremidad superior de la clase veíase una señora ricamente vestida, ocupada al parecer en dar una lección particular á cuatro ó cinco niñas de las mayores. El director me condujo hasta ella y me la presentó como esposa.

—Líva, dijo, este caballero es uno de nuestros buenos y antiguos amigos. Cien veces, en las largas veladas de invierno, nos ha hecho pasar horas rápidas y agradables. Aún no hace ocho días que nos ha hecho derramar lágrimas de compasión por la suerte de unos pobres quintos.

La señora pronunció mi nombre con sorpresa; sus grandes ojos azules brillaron de alegría; me colmó de pruebas de amistad y me conmovió profundamente por la dulzura extrema de su voz y la afabilidad de sus palabras.

A petición de su marido, hizo hacer á las niñas algunos ejercicios, para demostrarme, que, también allí, la instrucción se halla convenientemente organizada y produce frutos excelentes. Después de lo cual, continué siguiendo al director. Andando le dije:

—Ah! caballero, á qué noble objeto habeis, vos y vuestra esposa, consagrado vuestros esfuerzos! Por qué todas las personas que ejercen alguna autoridad sobre el obrero no comprenden su misión como vosotros?

—Indudablemente, respondió, la instrucción es el único medio de sacar á las clases obreras del envilecimiento moral. El interés bien entendido de los patronos exige que no se deje por más tiempo á la parte más útil y numerosa de la sociedad sumida en las tinieblas de la ignorancia. Pero no son esos los únicos móviles que nos impulsan, á mi mujer y á mi, á derramar entre los obreros, con relación á nuestras fuerzas, la instrucción, la noción del deber y el sentimiento de la dignidad personal. No, señor, así pagamos una deuda, una deuda sagrada á la instrucción popular. Somos hijos de pobres obreros de fábrica. La instrucción de que pudimos aprovecharnos fué el primer lazo entre nues-

tros corazones, y en tanto, niño todavía, enseñaba á leer á la que es hoy la madre de mis ojos, el germen de un cariño puro y duradero nacia en su corazón. Mis excelentes padres me han dado instrucción á costa de numerosos y amargos sacrificios. Mi sueño dorado era recompensarles de su amor, proporcionándoles la felicidad en su vejez. Gracias á la instrucción que me dieron lo he conseguido. En su juventud, mi mujer ha sido puesta á prueba por la desgracia y la adversidad; si hubiese sido ignorante, seguramente habria perdido, en medio de gentes groseras y viles entre las cuales se veia obligada á vivir, la nobleza de su corazón y la delicadeza de su alma; pero la instrucción la ha preservado de la corrupcion moral, y me la ha devuelto pura, noble y fiel como un ángel de amor y de bondad. A la instrucción popular, pues, debemos cuanto somos; y, si desde el fondo de nuestros corazones damos gracias á Dios por todas las felicidades de que nos ha colmado, debemos reconocer que el Señor se ha valido de la instrucción para recompensarnos. No os asombréis, pues, si nos consagramos á la instrucción de los pobres niños de la fábrica. Como os decia, estamos pagando una deuda, una deuda sagrada.

Yo habia escuchado esta larga explicación, hasta cierto punto distraído. Me asediaba la idea de que la vida del director de aquella fábrica encerraba tal vez el asunto de una narración interesante é instructiva; y me ocupaba ya imaginariamente en componerla y escribirla. Pero mi guía, sin dejar de hablar, me habia conducido á un salon de su domicilio, y me dijo presentándose una silla.

—Tened la bondad de sentaos, quiero beber un vaso de vino en vuestra compañía. No refuseis, os lo suplico... Os ofrecélo mejor de mi bodega.

Tiró del cordón de una campanilla y dijo á la sirvienta que apareció en la puerta:

—Traed dos vasos y algunos bizcochos... Yo mismo voy á la bodega, porque ella no daría con el vino que quiero daros á probar.

Desde que habia entrado en aquel salon, cierto objeto atraia mis miradas. Además de los cuadros, se veia colgada en la pared una especie de

estampa pintada, que me parecia grosera é infantil como esa imágenes que divierten á los niños. Con todo, los dueños de la casa debian atribuirle un gran mérito, porque el marco dorado que la rodeaba era extremadamente rico y evidentemente habia costado mucho más que los marcos de los otros cuadros.

Un sentimiento de curiosidad me obligó á levantarme. Me aproximé á la estampa y vi, mejor que ánte, que no podia ser sinó la obra de un niño, quien se habia tomado gran trabajo para dibujar las figuras de un muchacho y una niña asidos de la mano, y llevando cada uno un libro abierto. al pié de la figura se leian en letras de adorno estos dos nombres:

Bacon y Godeliva.

—Esa imagen os hace sonreír, ¿no es cierto? dijo el director que entraba con una botella de vino.

—¿Sonreír? respondí muy gravemente. De ninguna manera; me parece que ese borron infantil encieera toda una historia.

—En efecto, cuando yo era muchacho, intenté un dia dibujar la figura de dos niños cuyos sencillos corazones habian concebido una profunda y duradera afecion, al mismo tiempo que sus espíritus recibian las primeras lecciones. Hoy, se hallan unidos en matrimonio, y su más bello, su más precioso recuerdo, es esa grosera imagen.

—Qué novela tan hermosa podria escribirse con tal motivo! exclamé, aceptando un vaso de vino. Oh! os lo suplico, caballero, referidme vuestra historia.

—Pero mi deseo no es que mi vida se haga pública.

—Se puede escribir cambiando nombres y detalles, de manera que no sean conocidos los personajes.

Mi interlocutor vacilaba. Hice un último esfuerzo, diciéndole que la historia de su vida seria una fuerza y un ejemplo, un incentivo para los unos, estímulo para los otros, y que tal vez ayudaria poderosamente á la fundación de nuevas escuelas.

—Es un asunto grave, dijo; quiero antes hablarde ello con mi esposa. No existe más que un medio, es que os quedeis á cenar con nosotros. No refuseis la invitacion, de lo contra-

rio, es seguro que no llegareis á conocer nuestra historia.

Me dejé persuadir; pasó la velada entre Bavon y Goleiva. Enfrente de mí se hallaban sentados el anciano Damhout, Cristina, su mujer y la madre Wildenslag; al extremo opuesto de la mesa, se hallaban cuatro hermosos niños: dos varos y dos hembras.

Salí de aquella casa con la cabeza cargada de dulces sueños, el corazón lleno de palabras de amistad, de ventura y amor, y llevando en la mente la sencilla y conmovedora historia que acabo de referir en este libro.

FIN.

La Montaña de la Ciencia

ALEGORIA

En esa estación del año en que la serenidad del firmamento, los variados frutos que cubren la tierra, el descolorido follaje de los árboles, y en fin, todos esos atractivos tan dulces como efímeros que ofrece el otoño, abren el alma á la benevolencia y la disponen para la contemplación, vagaba yo por una hermosa y solitaria campiña, hasta que mi curiosidad empezó á dar lugar al cansancio. Entónces me senté en una roca cubierta de musgo, donde el sonido de las hojas secas, el murmullo de las aguas y el rumor de la no muy distante ciudad, dieron á mi alma tal estado de tranquilidad, que el sueño se apoderó insensiblemente de mí: sentí, cuando mas deleitado estaba por el silencio y la tranquilidad, que me inspiraban naturalmente el objeto que me rodeaban.

En un distanciamiento me encontré en una vasta y estensa llanura, en cuyo centro se eleva una montaña mas alta de lo que mi imaginación hubiera podido concebir. Estaba cubierta de una multitud de gente, principalmente jóvenes, muchos de los cuales se apresu-

rabán á subir con sus semblantes llenos de espresion y entusiasmo, aunque el camino era por muchos puntos escabroso y difícil. Observé que muchos que apenas habian comenzado á subir la montaña se creían ya en la cumbre, pero á medida que adelantaban se elevaban continuamente nuevas alturas á su vista, de tal modo, que la cima de la mas alta que podían alcanzar, era solo el pié de otra mayor, hasta que la última se perdía en las nubes. Cuando mas absorto estaba contemplando todas estas cosas, vi aparecer á mi buen génio, que me dijo:

—«Esa altura que ves ante tí, es la Montaña de la Ciencia. En su cumbre se halla el templo de la Verdad, cuya frente se eleva sobre las nubes, y cuya faz cubre un cielo de pura luz. Observa el progreso de sus prosélitos: silencio y atención.»

Entónces vi que la única entrada regular de la montaña, era una puerta llamada de las Lengüas. Estaba guardada por una mujer de aspecto pensativo y cabiloso, que movía sin cesar los labios como repitiendo algu-

na cosa por lo bajo. Su nombre era Memoria. Alentrar por esta primera puerta, me aturdió un rumor confuso de voces desacomodadas, que se aumentaron hasta tal punto, que me confundieron enteramente, pudiendo solo compararlo con la confusión de lenguas de la torre de Babel. El camino estaba cubierto de piedras y abrojos, y mas interceptado aun por los escombros que se desprendían continuamente de la parte alta de la montaña, restos de antiguos edificios que los viajeros se veían obligados á atravesar á cada paso, de tal modo, que muchos, disgustados de un principio tan árduo, se volvían atrás sin pensar en probar de nuevo á subir á la montaña; mientras que otros que habían vencido ya estas primeras dificultades, les faltaba el ánimo para subir mas arriba, y sentándose en los escombros arengaban á los de abajo con señales evidentes de arrogancia y presunción.

Hacia la inmediación del camino, observé una espesa floresta que se extendía á ambos lados de la senda, cubierta de neblinas eternas, cortada en laberintos y cruzada de alamedas y paseos, cubiertos de abrojos y espinas. Este bosque se llamaba del Error y en él se oían voces de algunos que, corriendo de un lado á otro, se llamaban mutuamente, procurando en vano salir de él. Las jomas de los árboles cubrían por muchos puntos el camino y á cada momento cruzaban por él neblinas oscuras, pero nunca tan espesas que impidiesen seguirlo, guiados por una luz vacilante que brillaba en la frente de la Verdad.

En los sitios mas agradables de la montaña estaban colocados los jardines de las Musas, cuya ocupación era animar á los viajeros mas débiles, acompañando sus cantos con sus arpas divinas. No lejos de estos jardines se hallaban los prados de la Ficción, llenos de una multitud de flores silvestres que brotaban con suma abundancia, y cuya fragancia y brillantes colores no había observado en ningún otro clima. A su lado estaba el sombrío paseo de la Alegoría, dispuesto con tal arte, que la luz del mediodía no era nunca mas fuerte que los mas claros reflejos de la luna. Esto le daba un aspecto agradable á la vez que melancólico para los que gustan de la

contemplación. Las varias alamedas y paseos que lo formaban estaban contrabuidos en vueltas intrincadas, y todo terminaban con la estatua de una Gracia, una Virtud ó una Musa.

Después de contemplar todas estas cosas, volví la vista hacia los que subían por el difícil sendero, y noté entre ellos un joven de faz animada, mirada penetrante, y algo irregular y desatentado en sus movimientos. Se llamaba Ingenio y se lanzaba por la montaña arriba, dejando atrás á sus compañeros, que lo miraban con envidia y admiración; pero su progreso era desigual é intermitente por mil caprichos. Cuando el Placer cantaba en el valle, se unía con su séquito. Cuando el Orgullo le señalaba con el dedo el precipicio, se adelantaba hasta su borde espantoso. Le gustaba seguir senderos extraviados y poco frecuentados, y hacia tantas escursiones á ambos lados del camino, que sus mas débiles compañeros pronto lo dejaban atrás. Noté que las musas lo miraban con parcialidad, pero la Verdad fruncía el entrecejo, y volvía su rostro con desden. Mientras el Ingenio gastaba de este modo sus fuerzas en inútiles escursiones, vi una persona de una apariencia enteramente opuesta. Se llamaba Aplicación. Trepaba por el camino con paso lento, pero constante, y sus ojos estaban fijos en la cumbre de la montaña. Separaba con paciencia todas las piedras que obstruían el camino, hasta que conseguía ver detrás de él á aquellos que en un principio se burlaban de su difícil paso y trabajoso progreso. En verdad había pocos que subían con constancia y sin detenerse, pues además de las dificultades del camino, eran solicitados continuamente por una multitud de Pasiones, Deseos y Placeres, cuya impertinencia era tal, que cada vez que consentían se hacían menos capaces de resistirse después, y aunque muchos volvían de nuevo á la senda, las perezas del camino se hacían mas sensibles, la montaña parecía mas escabrosa y difícil; los frutos mas sanos y refrigerantes, eran para ellos duros y de mal gusto; su vista se turbaba, y sus pies tropezaban con el mas pequeño obstáculo.

Noté con bastante extrañeza, que las Musas, cuya ocupación era ani-

mar á los que subian por la senda, se pasaban á menudo á los dominios del Placer, entreteniendo á aquellos á quienes los atractivos de las Pasiones habian sacado del camino; no los acompañaban sin embargo por mucho tiempo, y los abandonaban apenas perdian de vista la montaña. Entonces doblaban los tiranos las cadenas de sus infelices cautivos, y los conducian sin resistencia á los calabozos de la Ignorancia y á las mansiones de la Miseria. En los innumerables Seductores que procuraban sacar á los amantes de la Verdad de la senda del Saber, habia uno tan insignificante en su apariencia, tan tímido y suave en sus atentados, que tal vez hubiera pasado desapercibido á mis ojos, sino lo descubrieran los muchos que insensiblemente habia cargados de cadenas. La Indolencia, que así se llamaba, lejos de obrar en hostilidad declarada, no procuraba separarlos del camino, y se contentaba con detener su progreso, persuadiéndolos á retardar un designio, que no podia obligarlos á abandonar. Tenia un poder semejante al del torpedo, que destruye las fuerzas de cuantos se colocan bajo su influencia. Sus desgraciados cautivos volvian á menudo su rostro hacia el templo, siempre con la esperanza de llegar hasta él, pero la tierra parecia deslizarse bajo sus pies, y se encontraban en lo mas bajo, sin notar que habian cambiado de lugar. La plácida serocidad que en un principio tenia su aspecto, iba cambiándose por grados en melancólica languidez, cada vez mas profunda, á medida que se deslizaban por la corriente de la Inutilidad, cuya agua es oscura y pesada, sin brisa que rize sus ondas, ni murmullo que la haga agradable; participándose por fin en un mar muerto, donde los viajeros sorprendidos por la caída, despiertan para sumergirse en el golfo del Olvido.

De todos los desgraciados que abandonaban el sendero de la Ciencia, á ninguno les era tan difícil volver á él, como á los que seguian á la Indolencia. Los cautivados por las Pasiones ó Deseos, podian con facilidad aprovechar un momento en que sus tiranos estuviesen cansados ó dormidos, para huir de su encanto; pero el dominio de la Indolencia hacia constante é inútil toda resistencia.

Después de contemplar todas estas cosas, volví mis ojos hacia la cumbre de la montaña, donde el aire era puro y vivificador; la senda estaba cubierta de laureles y flores siempre lozanas, y el resplandor que despedia el rostro de la Diosa rodeaba á sus prosélitos con una aureola de gloria.

«¡Feliz!—exclamé,—el que consiga llegar á la cumbre de la montaña.» Apenas hube pronunciado estas palabras, con un ardor no acostumbrado, vi ante mí una imagen de divino aspecto y benigna influencia.—«Mas feliz, exclamó—aquel á quien la virtud conduce á la mansion de la Felicidad.»—«¿Qué!—repliqué yo,—¿tambien se hallaba la Virtud en este valle?»—«Yo me encuentro, contestó, en el valle é ilumino la montaña. Yo animo al aldeano en su trabajo é inspiro al sábio en sus meditaciones. Me mezclo con la multitud de las ciudades, y visito al ermitaño en su celda. En cada corazon tengo un templo, que reconoce mi dominio, y el que me llama, me encuentra siempre á su lado. La ciencia podrá elevarle á la eminencia, yo sola puedo conducirla á la felicidad.» Al oír estas palabras, tendí mis brazos hacia la Diosa, con tal vehemencia, que interrumpí mi sueño.—Una neblina fria caía á mi alrededor, y las sombras de la noche se dibujaban en la llanura; me levanté, y me apresuré á volver á la ciudad, dedicando aquella noche al silencio y á la meditacion.

Aiken.

5
Biblioteca de La Voz de Galicia.

EL REY
DEL MUNDO

POR

EMILIO SOUVESTRE

=====
TOMO I
=====

CORUÑA

Imprenta de LA VOZ DE GALICIA, á c. de Heliodoro Perez,
calle de San Andrés, número 19.

1889





